

A person wearing a blue denim jacket and jeans is riding a brown horse. The horse is standing in a green field with a white fence in the background. The sky is blue with some clouds. The text "Te sientto mío" is written in a white, cursive font across the middle of the image.

Te sientto mío

Serie Texas
Sophie Saint Rose

Te siento mío

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Cuando llegó a lo alto de la colina, Shanaya tiró de las riendas de su caballo y se quedó mirando la hermosa casa de los Woldenberg. Aunque estaba lejos podía ver perfectamente la impecable pintura blanca que renovaban cada cinco años, las ornamentaciones del porche y las que había en los dinteles de cada una de sus ventanas, las cortinas de hilo y las flores en la terraza. Allí estaba el nudo en la garganta de nuevo, como cada vez que pasaba por allí en esos últimos siete años. Habían pasado ya siete años... ¿Algún día desaparecería el dolor? Sin querer pensar más en ello tiró de las riendas de Tornado y le dijo a Billy —Vámonos a casa, amigo. Hay pensamientos que es mejor no tener. —Su perro, un pastor belga, gimió antes de volverse para seguirla.

Subió los escalones del porche haciendo un gesto con la mano a Billy para que no subiera y este obedeció al instante. Su hermana de diecisiete años estaba sentada en el balancín hablando por el móvil. Ni la saludó y ella gruñó tirando de la mosquitera para entrar en casa. Se quitó la cazadora, dejó el sombrero en el perchero mostrando sus rizos castaños recogidos en una coleta deshecha y fue hacia la cocina estirándose su sucia camiseta granate. Su madre sacaba el pollo del horno. —Hola, mamá.

Elizabeth se volvió con una sonrisa en los labios. —Hola, cielo.

—¿Y papá?

—Todavía no ha llegado del antiguo establo. Dice que va a adecentarlo un poco. Se han caído varias tablas en la pared sur y no quiere perderlo, así que está haciendo de carpintero.

—Qué desastre.

Su madre rio por lo bajo. —Sabía que no era perfecto cuando me casé con él. ¿Todo bien en el rancho?

—Sí, como siempre. —Cogió un refresco de la nevera y abrió la lata antes de darle un buen sorbo. Entrecerró sus preciosos ojos azules mirando la lata y gruñó al ver que estaba caducada. Se encogió de hombros antes de dar otro sorbo. —Me voy a duchar.

—Oh, me ha llamado la señora Williams. Me ha preguntado que si la puedes llevar a la ciudad mañana a las once, le duele una muela y tiene cita con el dentista.

—Sí, como no —dijo irónica yendo hacia la puerta.

Elizabeth frunció el ceño confundida y la siguió hasta el hall para ver como ya en el piso de arriba decía por lo bajo —La buena de Shanaya Prescott puede llevarla a donde le dé la gana, que para eso estamos.

Frank entró en casa y al ver la cara de su mujer frunció el ceño. —¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Shanaya?

Su madre apretó los labios antes de negar con la cabeza. Frank sonrió antes de darle un beso en la mejilla. —¿Está la cena?

—Sí, enseguida.

Frank entró en la cocina y preocupada volvió a mirar hacia arriba. —Natasha pon la mesa.

—Jo, ¿otra vez? —protestó desde el porche.

—¡Sí, otra vez y no me calientes!

Cuando terminaron de cenar, Shanaya recogió como de costumbre mientras su madre no le quitaba ojo, pero distraída en sus pensamientos ni se dio cuenta. Empezó a meter los platos en el lavavajillas.

—¿Estás bien?

Levantó la vista hacia ella. —Sí, claro —respondió como de costumbre.

—Has estado muy callada en la cena.

Cogió otro plato y lo metió. —¿De veras?

—Hija, si tienes algún problema, puedes contármelo.

Se tensó. —No ocurre nada, mamá. —Cerró el lavavajillas y dijo —Voy a acostarme, estoy cansada.

—Pero hija...

Shanaya se fue y su preocupación aumentó. Su marido se levantó de la mesa y se acercó a ella. —¿Qué le pasa a la niña?

—La niña ya es una mujer, cielo. Dentro de dos días cumple veintitrés años.

—Y le tengo preparado el mejor regalo de todo Texas. —Al ver que su mujer no sonreía entrecerró los ojos. —¿Qué pasa, Elisabeth?

—Tu hija no es feliz. Y lo peor de todo es que no me he dado cuenta hasta ahora.

—¿Pero qué dices?

—¿Cuándo ha sido la última vez que la has visto reír? Reír de verdad. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha salido con un chico? ¿Cuándo ha sido la última vez que ha salido con sus amigas? ¿Cuántas veces ha salido de compras en el último año?

—A Shanaya le gustan otras cosas, le gusta el rancho y...

—¿Seguro? Era una estudiante brillante, la habrían admitido con beca en cualquier universidad y se ha quedado aquí, con nosotros. ¿Recuerdas cuando tenía quince años? Soñaba con ser veterinaria. La mejor veterinaria del contorno, eso decía. Y de repente ese sueño como mil otros se esfumaron. Pero ella parecía la misma. Nos dijo, no quiero irme, quiero quedarme a trabajar con papá. Echaría de menos esto y no quiero estar años lejos de Mansfield Hills. Y nosotros dijimos, hija, está bien, no te preocupes. ¿No quieres estudiar? No pasa nada. Y lo hicimos por egoísmo, para que nuestra niña no se alejara cuatro años de aquí.

—Era lo que ella quería.

—Eso nos dijo, pero mírala, ¿crees de veras que es lo que más le convenía? Es muy lista, hubiera sido una veterinaria muy buena y sin embargo es ranchera.

—Y también lo hace muy bien, casi no tengo que mover un dedo, la niña se encarga de todo.

Elisabeth levantó una ceja y su marido se sonrojó. —Quería decir... ¡Ya sabes lo que quería decir, mujer! Mi hija haría bien cualquier cosa que se propusiera. Además, no siempre está así de mustia, siempre es cuando llega su cumpleaños. Está rara unos días y luego se le pasa.

A su madre se le cortó el aliento. —Es cierto, el año pasado en esta fecha también estuvo muy callada. De hecho...

—De hecho, sucede desde que dejó de celebrar su fiesta de cumpleaños.

Elisabeth entrecerró los ojos. —Dijo que ya era mayor para eso y que lo celebraría con sus amigos en la fiesta de Navidad del pueblo. Siempre es al día siguiente. —Se sentó a la mesa de la cocina pensando en ello. —Su dieciséis cumpleaños, ese fue el último que celebró.

—Mujer, no le des más vueltas. Está viviendo la vida que ella quiso vivir. Y es feliz, claro que es feliz, sino la cambiaría.

—¿Eso crees? —preguntó esperanzada.

—Claro que sí. Anda, vamos a la cama y no busques problemas donde no los hay. Si nuestra niña estuviera disgustada por algo nos lo diría, siempre nos lo cuenta todo.

Frenó ante la casa de la señora Williams y tocó el claxon. Distráida miró la calle y al ver que la camioneta de Tyler venía en dirección contraria su corazón se sobresaltó sin poder evitarlo. Apartó la mirada a toda prisa para mirar hacia la casa. —Vamos, vamos...

La camioneta se detuvo a su lado. —¿Shanaya?

Mierda. Volvió la cabeza hacia él que sonreía con la ventanilla bajada, pero ella como siempre no respondió a su sonrisa, aunque era tan guapo que le robaría el aliento a cualquier mujer a cien kilómetros a la redonda, con ese cabello negro impecablemente peinado, esos ojos verdes y su sonrisa de programa de concurso. —Hola, Tyler.

—¿Qué tal las cosas por el rancho?

—Bien.

Él perdió la sonrisa poco a poco. —Me ha dicho tu padre que mañana es tu cumpleaños, ¿no lo vas a celebrar?

—No.

—¿Y cuántos cumple?

Abrió la puerta. —Perdona, pero voy a ver si a la señora Williams le ha pasado algo. —Rodeó la camioneta y fue hasta la valla blanca para recorrer el camino empedrado que llevaba hasta la puerta. Tocó el timbre. —¿Señora Williams? ¡Vamos a llegar tarde al dentista!

Miró hacia atrás y vio que él había aparcado la camioneta detrás de la suya y la miraba por la ventanilla. —¿Todo bien?

Sin contestarle gruñó por dentro y se volvió para pulsar de nuevo. —Lo que te faltaba, Shanaya —dijo por lo bajo.

Tyler se bajó del coche. —¿Seguro que está en casa?

—Sí, seguro —dijo exasperada—. Habíamos quedado para que la llevara al dentista.

Él se acercó a la ventana y puso las manos a ambos lados de su cara para mirar a través del cristal. Juró por lo bajo y se puso de

costado para golpear con el codo el cristal haciéndolo añicos.

—¿Pero qué haces?

—¡Está desmayada!

Asustada fue hasta él, que ya tiraba de la ventana hacia arriba después de haber abierto el pestillo. Tyler se metió en la casa y fue hasta la mujer mientras ella sacaba el móvil y llamaba a emergencias. Se apartó los rizos de la cara. —¿Tom? La señora Williams está desmayada en su salón. —Tyler se enderezó y miró hacia ella antes de negar con la cabeza. Sorprendida apartó el móvil. —No, estás equivocado. —Entró en la casa sin darse cuenta de que se cortaba en el muslo y se acercó a toda prisa agachándose a su lado. —¿Mildred? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No, Mildred. —Cogió su mano que estaba fría y sollozó. —Oh, Dios mío.

Tyler cogió el móvil de su mano y se lo puso al oído. —Tom, ¿eres tú? Ha fallecido. Sí, llama al forense. —Le escuchó suspirar. — Es una pena, era una buena mujer.

—Tú qué sabrás —dijo con desprecio—. ¿Alguna vez le has dirigido más de dos palabras en tu vida?

Él apretó los labios. —Deberíamos esperar fuera, por si no ha sido algo natural.

—Estaba enferma del corazón.

—Shanaya, debemos salir.

—¡Pues sal tú! —dijo furiosa. Sollozó acariciando su mano—.

No deberías haber estado sola. Lo siento.

—Esto no es culpa tuya.

—¿Quieres dejarme en paz de una maldita vez? —gritó perdiendo los nervios.

Tyler asintió antes de salir del salón y ella miró a su amiga, la única de verdad que había tenido en siete años. Sollozó y besó su mano. Tenía que despedirse y era desgarrador, pero prefería hacerlo ahora que estaban solas. Estaba segura de que no tendría otra oportunidad de hacerlo a solas. —Sin ti no sé qué hubiera hecho. Gracias por todo lo que hiciste por mí y... Te quiero. Puede que no te lo hubiera dicho nunca, pero te quiero como si tuviera tu sangre. — Las lágrimas corrieron incontrolables por sus mejillas y cuando la tocaron en el hombro se sobresaltó para ver tras ella al sheriff. — Tom...

—Déjame a mí —dijo suavemente—. Tyler te llevará a casa.

—Pero hay mucho que hacer, no tenía familia.

—Tranquila, si tengo alguna duda te llamaré. Ahora ve con Tyler, por favor. No quiero que conduzcas así. —La cogió por los brazos para que se levantara y ella se dejó llevar soltando su mano. —Eso es. ¿Tyler?

Él dio un paso hacia ella, pero Shanaya se tensó y se apartó de Tyler para salir de la casa sola. Tyler la siguió y cuando la vio ir hacia su camioneta corrió hacia ella cerrando su puerta de golpe. —Ni hablar.

—Puedo conducir.

—Estás temblando del shock, no vas a conducir. Sube a mi camioneta.

Furiosa fue hasta ella y la rodeó para abrir la puerta de mala manera. Se subió y él respirando hondo fue hasta la puerta del conductor. Cuando la abrió vio que evitaba mirarle. Se sentó tras el volante y encendió el motor en silencio para salir a la carretera. Al mirarla de reojo vio como intentaba reprimir las lágrimas. —Debes dejar salir el dolor, Shanaya.

—Déjame en paz.

Después de unos segundos preguntó —No te caigo muy bien, ¿no?

—No te conozco.

—Aquí nos conocemos todos —dijo incrédulo—. ¡Eres mi vecina!

—Joder, qué mierda —dijo con ganas de gritar.

Él apretó los labios. —¿Fue por aquella llamada?

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Aquella llamada. Una vez llamaste a mi casa y no pude atenderte.

—No sé de qué me hablas.

—¿No la recuerdas? Nunca me llegaste a decir por qué llamaste.

—Ni me acuerdo —dijo con desprecio antes de volver la cara hacia la carretera.

—Sé que fui un poco brusco.

—Oye, me importa una mierda esa llamada, lo que pasó hace años y lo que pienses de mí. ¿Sabes lo que me importa? ¡Qué se ha muerto una amiga, eso me importa! Así que deja de hablar tonterías, ¿quieres?

Él apretó el volante antes de asentir. Llegaron a la entrada del rancho de sus padres y Tyler entró en el sendero para enfilear el

camino hacia la casa. En cuanto frenó ante el porche Shanaya salió del coche corriendo. Elisabeth salió sonriendo, pero al ver la cara de su hija perdió la sonrisa de la impresión. —¿Qué ha...? —Su hija entró en la casa dando un portazo y sorprendida miró hacia Tyler. —¿Qué ha pasado?

Sentada en la iglesia rodeada de personas vestidas de negro, se preguntó qué diría Mildred de ellas. Se reiría, seguramente. Diría que eran unos farsantes que solo estaban allí por las apariencias. Muy pocos eran los que realmente la apreciaban o la conocían. Volvió la vista hasta la señora Colbert, que no dejaba de llorar. Su mejor amiga no paraba de decir que ya no le quedaba nadie y lo sintió mucho por ella, la verdad.

El cura siguió hablando ante el féretro. Con Mildred se iba la única persona que sabía su secreto, la única persona con la que podía hablar de cómo se sentía. Era irónico que la enterraran el día de su cumpleaños, pero había que darse prisa, porque al día siguiente era la fiesta de Navidad y nadie quería ir a un funeral el día de la fiesta más importante del año. Y así se lo había dejado claro el

cura cuando había hablado con ella y con el de la funeraria mientras decidían los detalles del sepelio.

Suspiró deseando irse de allí, pero tenía que hacer la recepción en casa de Mildred porque nadie se había ofrecido. Qué triste que nadie quisiera encargarse de ello después de tu fallecimiento. Sin marido, sin hijos, se preguntó si a ella le ocurriría eso. Distraída miró a su hermana que se miraba las uñas que se había hecho el día anterior para tenerlas impecables para la fiesta. Ella jamás se había hecho las uñas. No porque no le gustaran, sino porque trabajando en el rancho era poco práctico.

—¿Alguien quiere decir algunas palabras?

Nadie levantó la mano y su madre se acercó a ella para susurrar —Hija, di algo.

Apretó los labios antes de levantarse y caminó por el pasillo mientras la gente sonreía aliviada porque alguien diera la cara. Se puso ante el micro y miró el féretro. Pensando en ella y en como a veces reían sentadas en su sofá de flores mientras bebían un vino dijo —Muchos la conocíais. Era la señora Williams para casi todos, pero para mí y para Clare era Mildred. —Su amiga sonrió con tristeza. —No solo era la viuda de Jeffrey Williams, era divertida, amable, sincera y una gran amiga. —Su voz se emocionó. —Una

amiga increíble, que sabía escuchar, querer y que siempre te llamaba cuando lo necesitabas. —Pensó en ello. —Nunca supe cómo lo hacía, pero lo sabía y siempre decía esa frase que te alegraba el día. —Miró al frente y al ver a Tyler vestido con un traje gris de pie al final de la iglesia sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, así que apartó la mirada. —Siempre decía lo que necesitabas y te daba las fuerzas para continuar. —Sus padres se miraron preocupados, pero ella no se dio cuenta. —Mildred ayudó sin que lo supieran a muchos que están aquí. —Miró hacia el señor Murphy. —A ti te pagó las deudas que tenías en la tienda, como a otros muchos cuando cerraron la fábrica. —Hubo murmullos entre la gente, pero ella miró a la señora Grey. —A usted le pagó la factura en el mecánico. —Esta jadeó llevándose la mano al pecho. —Y así con tanta y tanta gente de por aquí. —Rio por lo bajo. —E incluso buscó libros de segunda mano para surtir esa fantástica biblioteca que tenemos y la llenó hasta los topes. Estaba muy implicada en la comunidad, aunque nadie lo supiera, aunque no se dedicara a hacer tartas para las ferias, aunque todo el mundo la criticara por no asistir a las reuniones de las mujeres los jueves por la tarde. Ella prefería quedarse leyendo un libro, que oír como os despellejabais las unas a las otras. —Varias mujeres se sonrojaron. —No le importaba quien había puesto los

cuernos a quien o si alguien había cortado las rosas del vecino, le importaban otras cosas como hacer felices a los que la rodeaban. — Una lágrima cayó por su mejilla. —Solía decir que una sonrisa era el mejor pago del mundo y ahora me doy cuenta de que tenía razón. Mildred desde donde estés, quiero que sepas que siento mucho no haber llegado antes, porque me he perdido muchas de tus sonrisas y las echaré de menos. Descansa en paz, amiga.

Se alejó del micro sin darse cuenta de que muchas lloraban de la emoción, incluso su madre que cuando se sentó a su lado cogió su mano con fuerza.

—Un bonito homenaje —dijo el padre Benedict—. Muy bonito. Ahora voy a leer unas palabras de Mildred.

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia el cura y vio como rasgaba un sobre. —Me lo acaba de dar su abogado porque fue una de sus últimas voluntades y especificó que debía abrirse durante el funeral. —Carraspeó abriendo las hojas y sonrió. — Querido cura, intenta no fastidiarla con el tono, ¿quieres? Porque cuando lees la biblia la gente se duerme y no quiero que en mi funeral ocurra eso. Sería desastroso.

Varios rieron por lo bajo mientras Shanaya sonreía.

—Lo primero que quiero decir es que me ha encantado vivir en Mansfield Hills, un lugar hermoso, lleno de buena gente en su mayoría. Pero si por algo me ha gustado vivir allí, fue por conocer a una persona que en mi corazón sustituyó a esa hija que nunca tuve. —El labio de Shanaya tembló. —Mi niña, mi preciosa niña Shanaya. Cielo, no llores porque esto tenía que llegar algún día. Sé que si alguien lo siente aparte de mi querida amiga Clare esa eres tú y como te conozco muy bien, quiero que sepas que esto no es culpa tuya. —Sollozó tapándose el rostro con las manos. —El destino es así y ha llegado el momento de separarnos. Ahora estaré con él, ya no estará solo no te preocupes. Tu angelito ya no estará solo. —Se le cortó el aliento para mirar hacia el cura, que frunciendo el ceño seguía leyendo. —No me odies, por favor, lo hago por tu bien. Durante años he pensado en ello cada día y he visto cómo te ibas encerrando poco a poco en ti misma, dejando a un lado a todos tus amigos. Solo te queda tu familia ahora que no estoy y si dejas que esta situación continúe, contribuiré a que arruines tu vida y no puedo hacerlo porque te quiero demasiado.

Se llevó la mano al cuello temiéndose lo peor.

—¿Recuerdas aquel día? Caminabas por mi calle con la mirada perdida y yo estaba regando las plantas de la ventana. En

cuanto te vi, salí de inmediato para ayudarte. Estabas rota, desesperada porque tus padres no se enteraran. Porque rumorearan las chismosas del pueblo y avergonzaran a tu abuelo que aún vivía entonces.

Hubo murmullos a su alrededor, pero ella ni se dio cuenta pues su corazón empezó a palpar con tal fuerza que solo podía centrarse en el sacerdote que seguía hablando. —Me lo contaste y yo voy a contarlo ahora porque te quiero demasiado como para que te sigas torturando por algo que pasó hace ya siete años. Eras muy joven, demasiado joven para pasar por tanto dolor. Y aún eres lo bastante joven para iniciar una nueva vida sin ese secreto, sin esa carga que no deberías llevar porque no fue culpa tuya. Enamorarse no es culpa de nadie, simplemente ocurre.

Pálida se levantó de golpe.

—Hija, ¿qué está pasando? —dijo su madre asustada.

—¡No siga leyendo!

El sacerdote leyendo para sí las hojas, abrió los ojos como platos antes de mirarla. —Niña...

—¡No siga leyendo! —gritó histérica.

—Lo siento, pero era su última voluntad.

—Creo que si se trata de algo que incumbe a la intimidad de Shanaya, no debería ser contado si ella no quiere —dijo Tyler cortándole el aliento por su defensa.

Un hombre se levantó. —Soy el abogado de la señora Williams y he consultado este tema con un juez antes de darle la carta al padre Benedict. —Sacó un papel. —Tengo aquí su consentimiento porque la señora Williams no era ni un confesor ni un profesional del gremio de la medicina para tener que guardar secreto. Cuando la señorita Prescott habló con mi clienta, esta no tenía obligación legal de mantener silencio. Así que esa carta se leerá. Continúe padre.

El sacerdote mirándola a los ojos susurró —Lo siento, niña. — Miró la carta mientras todas las cotillas del pueblo se frotaban las manos de la emoción. —No fue culpa tuya enamorarte de él. Vivía muy cerca, le veías a menudo y es lógico que cualquier mujer se enamorara de un hombre tan apuesto como Tyler Woldenberg. — Varias abrieron los ojos como platos. —Acababas de cumplir dieciséis años y fuiste a la fiesta de Navidad como cada año, pero esa vez esperabas hablar con él, soñabas con un beso, pero conseguiste mucho más.

Tyler asombrado dio un paso al frente. —¡Eso es mentira! ¡Por Dios, si hace siete años era una cría!

—Yo me casé con dieciséis —dijo la señora Parker ofendida—. ¡Ya era una mujer!

El cura continuó y Shanaya sin fuerzas se dejó caer en el banco sintiendo que se desmayaba.

El abogado gritó —¡Silencio! ¡Dejen terminar la carta!

—Conseguiste un baile durante la fiesta y recuerdo como me dijiste que había sido un sueño. Fue la primera vez que te miró a los ojos de verdad y te sentiste unida a él. Por eso cuando uno de sus amigos te dijo continuar la fiesta en la casa de Tyler, convenciste a tus padres ansiosa por ir. Al fin y al cabo, erais vecinos, hasta podrías regresar andando si quisieras. Y ellos te dejaron ir. —Su madre palideció antes de mirar a su padre que muy tenso apretó los puños. —Le viste tontear con unas y con otras, pero de vez en cuando te miraba y sonreía. Creíste que empezaba a sentir algo por ti y no dudaste en esconderte en el piso de arriba hasta que todos se fueron. Querías estar a solas con él y con los ponches que te habías tomado pasaste por alto todo lo que él había bebido. Te metiste en su habitación y te acercaste a su cama a oscuras. Él

alargó la mano y tiró de ti. Estabas tan deseosa de su amor que lo ignoraste todo para poder sentirle.

Tyler asombrado miró hacia ella que solo quería morir.

—Y cuando te diste cuenta de lo que habías hecho, de las consecuencias que podría tener si tus padres se enteraban, saliste corriendo de esa casa antes de que él se diera cuenta de quien eras realmente.

—Dios mío... —dijo con ganas de ser invisible—. ¿Por qué me haces esto, Mildred?

El cura apretó los labios. —Todo eso me contaste ese día, pero no era la razón para que estuvieras en ese estado lamentable, la razón por la que estabas tan desesperada. Estabas así porque una semana antes de esa conversación, habías descubierto que estabas embarazada y no sabías qué hacer.

Se hizo un silencio sepulcral en la iglesia. El cura tomó aire como si le costara continuar. —Le habías llamado esa misma tarde y te trató como si nunca hubiera pasado nada entre vosotros, como si siguieras siendo la hijita de los vecinos y te diste cuenta de que para él aquellas hermosas horas que pasaste a su lado no habían significado nada. Estabas destrozada pues apenas una hora después

de llamarle oíste a uno de los vaqueros Woldenberg decir que Tyler estaba saliendo con una tal Mary y recordaste que durante aquella noche te había llamado así. Pero como tú te llamas Mary Shanaya no le habías dado importancia hasta ese momento. Hasta ese terrible momento. Fue cuando te diste cuenta de que te había confundido con esa mujer. Esos besos, esas caricias iban dirigidas a otra y tú se las habías robado. Y para empeorar las cosas estabas embarazada. La vergüenza podía contigo y no dejabas de llorar. Me suplicaste ayuda, solo querías olvidar. Temí por ti. Temí porque hicieras algo irreparable y quise ayudarte, quise hacer lo que me pedías, así que después de llamar a tus padres para decirles que no me encontraba bien y que te habías ofrecido a acompañarme un par de días, colgué el teléfono y te llevé a abortar al otro lado de la frontera a una mujer que yo conocía.

Su hermana asombrada miró hacia ella y no lo soportó. Se levantó para irse y caminando en el pasillo hacia Tyler escuchó como el cura decía —Aunque cuando llegamos ya sangrabas y la mujer no tuvo que hacer nada, porque ya lo habías perdido. Pero esa culpa que sentías por estar decidida a hacerlo, por el alivio que sentiste cuando te diste cuenta de que el bebé ya no estaba, no desapareció, se multiplicó hasta destrozar todos tus planes, todo lo que habías

deseado en la vida. Y ya no puedes seguir así. No voy a permitir que sigas torturándote. Por eso escribo esta carta para que todo salga a la luz y dejes de torturarte con lo que podía haber sido, porque aún te queda mucho por vivir. Te quiero, mi niña y ha llegado el momento de purgar los pecados y expiar nuestras culpas. —Los ojos de Tyler la miraban fríamente y desesperada echó a correr hacia la puerta deseando huir. Le faltaba el aire, tenía que salir de allí, pero al llegar al exterior solo pudo dar dos pasos hacia los escalones antes de caer desplomada y rodar hasta la acera.

Capítulo 2

Se despertó sobresaltada y al ver a su alrededor a sus padres, al doctor Miller y a Rose, su enfermera, les miró asustada.

—Cielo... —dijo su madre.

—No... ¡No! —gritó al darse cuenta de lo que había pasado. Sollozó angustiada—. Dime que no ha pasado.

Su madre con los ojos llenos de lágrimas susurró —No puedo decirte eso.

Gritó de dolor y el médico le ordenó algo a la enfermera mientras intentaba agarrarla por el hombro para que no se moviera. —¡Shanaya, Shanaya escúchame! ¡Te has roto el brazo al caer, no te muevas! —Miró hacia atrás. —¡Dame el sedante, joder!

—¡Hija, hija cálmate! —gritó su padre por encima de sus gritos.

De repente la puerta se abrió y Tyler entró en la consulta apartando a su madre para agarrarla por los hombros e impidió que se moviera. Cerró los ojos para no verle y él se acercó a su oído para susurrar —No podrás evitarme siempre.

Sintió que el calmante empezaba a hacer efecto y que la tensión desaparecía poco a poco. En la sala solo se escuchaba un gemido tras otro que ni sabía que emitía. Aquello era una pesadilla y de repente sintió un tirón en el brazo, pero ni gritó porque el dolor que tenía dentro era mucho mayor. Sintiéndose laxa abrió los ojos para mirar los de Tyler y susurró —Lo siento.

—Lo sé.

—Creí que sabías que era yo. —Las lágrimas cayeron por sus sienes. —Creí...

—Shusss...

—Te llamé. Intenté decírtelo.

—Lo sé.

—Lo que hice... —Sollozó. —En aquel momento sentí alivio. Soy una persona horrible.

Su madre lloró y su marido la abrazó con fuerza.

—No eres horrible —dijo Tyler—. Estabas asustada y eras muy joven para ser madre. Simplemente ocurrió y no debes torturarte así.

—Lo sabe todo el mundo. —Cerró los ojos de nuevo queriendo esconderse de la realidad. —Jamás dejarán de hablar de ello. —Él acarició su frente haciendo que abriera los ojos. —Lo siento. —Sus ojos se cerraron e intentó abrirlos de nuevo, pero se volvieron a cerrar. —Lo siento.

Se quedó dormida y se apartó de ella para ver como el doctor le enyesaba el brazo izquierdo desde el codo a la muñeca. —¿Se pondrá bien?

El médico apretó los labios. —Recomendaría que fuera a terapia, pero ya sabéis como es la gente por aquí.

—Sí, sé perfectamente como son. Y ella también, por eso quiso hacerlo. —Tyler se pasó la mano por la nuca antes de salir furioso de la consulta.

—Dios mío, esa mujer ha destrozado a mi hija —dijo Elisabeth angustiada—. ¿Por qué?

Frank apretó los labios viendo el rostro lleno de lágrimas de su hija. —Para que se liberara, para que se liberara y pudiera seguir

con su vida.

Semanas después sentada en el porche, miraba el ocaso pensando en todo lo ocurrido y que la terapia era una mierda que no le servía para nada. Sabía perfectamente lo que había hecho y cómo se sentía al respecto, pretender que fuera feliz en su situación, que lo ignorara todo y que siguiera adelante era un consejo de mierda. Esos últimos cien pavos habían sido tirar el dinero. En realidad, las cuatro sesiones habían sido tirar el dinero.

Su hermana llegó del instituto en su coche blanco y frenó ante la casa. Cuando Natasha subió los escalones del porche Shanaya miró hacia ella distraída y se tensó porque tenía la mejilla sonrojada y una herida en la ceja. Se levantó de golpe. —¿Qué ha pasado?

—Nada.

Entró en la casa y Shanaya la siguió. —¿Con quién te has pegado?

—¿Pegado? Con nadie —dijo empezando a subir las escaleras.

Su madre salió de la cocina. —¿Natasha? ¡Ven aquí!

Se detuvo en seco y se volvió lentamente. Al ver el estado de su cara su madre jadeó. —¿Qué te ha pasado?

—Ha sido en el partido de fútbol. Me han dado un codazo.

No se creía ni una palabra. —Alguien ha dicho algo de mí, ¿no es cierto?

—No —dijo como si no tuviera importancia.

—¿Han hablado de tu hermana en el instituto? —preguntó su madre indignada—. ¿Quién ha sido?

Su hermana perdió la paciencia. —¿Quién no ha sido? —gritó—. ¡No dejan de hablar de ella! ¡No dejan de rumorear! ¡Han pintado en el baño del instituto que las Prescott somos unas putas que nos metemos en la cama de cualquiera! —Shanaya palideció dando un paso atrás. —¡Y que los tíos no tienen que preocuparse porque no dudamos en abortar! ¡No se creen que lo perdiera justo en ese momento! ¡Creen que fue cosa de esa vieja para intentar suavizar la situación! ¿Qué quieres que haga, mamá? ¡Pues partirme la cara y lo seguiré haciendo mientras todos hablen así de mi familia! —Corrió hacia su habitación y cerró de un portazo.

Elisabeth la cogió por el brazo. —Hija...

Es que ni sabía qué decir, Mildred les había destrozado la vida a todos. Había ido a abortar por miedo a lo que estaba ocurriendo, para intentar evitarlo, pero como le había dicho su abuelo mil veces los secretos siempre salían a la luz. Salió al porche y miró a las montañas. El sol casi se había ocultado y sintió como la rabia la recorría porque a pesar de todo su sufrimiento no había servido de nada. Su hermana pequeña tenía mucho más valor que ella y se sintió avergonzada de nuevo. Y empezaba a odiar esa sensación. No, no pensaba dejar que le destrozaran la vida a su hermana o que hirieran más a sus padres. Entrecerró los ojos sintiendo que esa rabia le daba fuerzas. —No, no voy a rendirme.

Estaba en el supermercado con su madre y empujó el carrito mientras Elisabeth dejaba caer en él todo lo que necesitaban. Dos mujeres se detuvieron para mirarlas y cuchichearon. Su madre se tensó y sin reprimir su rabia Shanaya cogió una naranja y se la lanzó pasando entre las dos para chocar con unas botellas de vino que había detrás, que cayeron poniéndolas perdidas. Sonrió maliciosa. — Uy, tendréis que pagarlas. Qué pena.

La encargada llegó de inmediato para reprenderlas y ella se alejó con su madre que sonrió orgullosa pasando ante otras que no se cortaban en mirarlas. Una era una antigua compañera suya del instituto y se acercó para susurrarle al oído —Puede que mi mierda haya salido a la luz, pero no querrás que diga cómo se me ocurrió esa idea, ¿no es cierto? ¿Recuerdas a tu amiga Samantha? Os oí hablar en el cuarto de baño del instituto. ¿No fue a ti a quien dio la dirección de una mujer en Houston?

Milly la miró sorprendida mientras se sonrojaba con fuerza. — No digas nada, por favor.

—Pues ya puedes empezar a hacer algo. Yo también tengo mucha mierda que sacar. En aquellos cuartos de baño se escuchaban muchas cosas. —Sonrió a su madre que no podía disimular su sorpresa. —Buenos días.

—Buenos días, Shanaya.

Con la cabeza muy alta se reunió con su madre. —Mamá me apetece lasaña para la cena.

Encantada porque le apeteciera algo para cenar dijo —Pues vamos a por la carne.

Estaba metiendo las bolsas en la parte de atrás de la camioneta cuando vio el mercedes gris de la madre de Tyler, que aparcó justo en la plaza de al lado. Elisabeth preocupada se acercó a ella. —No pasa nada, mamá.

Christine Woldenberg se bajó del coche y Shanaya dejando la bolsa al lado de las otras vio cómo se acercaba con su cabello negro recogido a la nuca y su vestido de boutique. Y realmente parecía tan incómoda como ellas. —Hola Elisabeth, Shanaya...

—Christine... —dijo su madre.

—¿Cómo estáis? —preguntó mirándole a los ojos—. Veo que ya te han quitado la escayola.

—Hace una semana.

—Me alegro de que estés mejor.

—Siento mucho lo que ha pasado, señora Woldenberg. Lo siento muchísimo.

—Hija, deja de disculparte. No...

—Ellos también están sufriendo por mi inconsciencia, mamá.

Christine forzó una sonrisa. —La verdad es que todo esto ha sido un shock, sobre todo para mi hijo.

—Lo siento mucho —dijo sintiéndose avergonzada de nuevo—. Creo que me he disculpado con él, pero...

—Creo que deberíamos hablar las dos familias, si no os importa. Es importante que lo hagamos.

Sonrojada miró a su madre odiando tener que hacer esa reunión, pero era cierto que tenían que hablar.

—¿Qué os parece esta noche? —preguntó Christine—. En nuestra casa. Jazmín hará una cena deliciosa, ya veréis. —Miró hacia la tienda donde dos mujeres las observaban. —Bueno, tengo que ir de compras. ¿Os veo a las siete? ¿Sí? —Ambas asintieron. —Estupendo, pues hasta esta noche.

Se alejó y su madre suspiró del alivio. —Ha sido incómodo.

—Y que lo digas. —Rodeó la camioneta y abrió la puerta del conductor. —¿Qué querrán? Durante estas semanas no se han acercado por casa.

—Hija, creo que lo que ha pasado tiene la suficiente importancia como para que lo hablemos entre nosotros. Tendrán mil preguntas y debes estar preparada.

Giró la llave para arrancar el motor. —Estoy preparada. Creo que estoy más preparada que en los últimos siete años.

Su padre frenó el coche ante su casa y Shanaya apretó los labios al ver a Tyler en el porche con unos pantalones de vestir y una camisa blanca. Se dijo que no debía pensar que estaba guapo, se dijo que no debía pensar nada sobre él porque esos pensamientos ya la habían fastidiado bastante. Salió del coche mostrando su simple vestido azul y después de cerrar la puerta se volvió para mirarle a los ojos.

—Hola, Shanaya.

—Hola —susurró acercándose.

Sus padres forzaron una sonrisa y su padre extendió la mano.

—Tyler, me alegra verte. Tengo entendido que has estado fuera.

—Dos semanas en Alemania con unos clientes.

—Me alegro de que tu rancho vaya tan bien.

La puerta se abrió y Christine salió forzando una sonrisa y detrás apareció Michael, el padre de Tyler, que tenía una cara de cabreo que la tensó de inmediato. Era evidente que no iba a ser una cena agradable.

Los padres se saludaron, pero ella se mantuvo en un segundo plano porque los padres de Tyler prácticamente ni la miraban. Era como si no soportaran su presencia y lo entendía. Lo entendía perfectamente.

Entraron en la casa y Christine como buena anfitriona les preguntó si deseaban algo de beber.

—Me tomaría un whisky —dijo Frank.

—Buena elección —dijo Tyler antes de servir whiskies para todos.

Se acercó a ella y le dio un vaso, pero esta negó con la cabeza. —Tómatelo, lo necesitas.

Al coger su vaso sus dedos se rozaron y sintió un estremecimiento que intentó reprimir como todo lo que había vivido durante los últimos años. Bebió un sorbo y pensó que aquello estaba malísimo. Christine soltó una risita por la cara que puso. —Yo tampoco soporto el whisky.

Dejó el resto sobre la mesa de centro y se preguntó si debían sentarse o no.

—Oh, por favor sentaos. Enseguida pasaremos a cenar.

Tyler se sentó en el sofá ante ella y Shanaya le imitó. —
¿Cómo estás? —preguntó él.

—Bien, gracias —dijo antes de mirarse las manos.

—Bueno, eso es mucho decir —dijo su padre indignado—.
¡Casi ni puede salir del rancho! Ayer mi hija Natasha se metió en
otra pelea en el instituto por defender a su hermana y eso no es
todo, cada vez que vamos al pueblo se detienen para señalarnos.
¡Hace una semana tuve que soportar unas bromas de muy mal
gusto en la ferretería y parece que la gente cada vez se está
envalentonando más! ¡Se creen con el derecho a juzgarnos como si
fuéramos criminales!

—Te entiendo perfectamente, Frank —dijo Michael—. Ni te
imaginas lo que he llegado a escuchar y no pienso repetirlo por
respeto a tu hija.

Fue una sorpresa que Michael fuera tan delicado, porque su
mirada seguía diciendo que estaba furioso con ella. Le recordó la
mirada de Tyler en la iglesia y levantó la vista hacia sus ojos.

—Ni se te ocurra avergonzarte.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? En la iglesia...

—En la iglesia estaba furioso con lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo se le ocurrió a esa mujer hacer tal cosa? —preguntó Michael indignado—. ¿Es que estaba loca? ¡Es que si estuviera viva la demandaría!

Al escuchar eso Shanaya intentó evitarlo, pero rio divertida.

—Hija no tiene gracia. —Elisabeth miró a sus padres que estaban pasmados. —Son los nervios. Han sido unas semanas muy duras.

—Mamá deja de justificarme.

Tyler apretó los labios.

—¡Oh, por Dios! ¡Di lo que piensas de verdad! —gritó Shanaya perdiendo los nervios—. ¡Di que me odias por haberte metido en esto! ¡Di que te asquea que me metiera en tu cama, que fui una caprichosa o lo que sea, pero di la verdad!

—La verdad es que debiste contarme lo que ocurría. —Shanaya palideció. —Tenía derecho a saberlo.

—La decisión era suya —dijo su padre—. Era lógico que no quisiera ser madre tan joven.

—¡Ella no lo hizo por eso! —gritó poniéndose en pie—. ¡Lo hizo por la vergüenza que le provocaba decir la verdad! No supo

enfrentarse a sus actos y decidió borrarlo todo como si nunca hubiera existido. ¡Y existió!

—Tú también pudiste darte cuenta de lo que hacías, ¿no? —preguntó su madre ofendida.

—¡Cómo ha dicho la señora Williams en su carta, mi hijo estaba medio borracho en su cama y a oscuras! ¡Creía que era su novia! —exclamó Michael incrédulo antes de gritarle a Shanaya — ¿Pero en qué estabas pensando?

—Si hubiera pensado que estábamos aquí para juzgar a mi hija, nunca hubiéramos venido —dijo Elisabeth furiosa—. Sabe de sobra que hizo mal.

—¿No te diste cuenta? —Todos la miraron, pero ella solo estaba pendiente de Tyler que se mantenía callado. —¿No te diste cuenta? Su olor, su cabello, su piel... ¿Tan parecida era a mí? ¿No te diste cuenta de nada?

Él apretó los labios provocándole un vuelco al corazón y pálida se levantó. —¡Lo sabías, sabías que no era ella!

Michael le miró pasmado. —¿Hijo?

Tyler miró hacia él. —Sabía que no era mi novia porque la mujer con la que me acosté era virgen, pero nunca imaginé que era

Shanaya hasta que...

—Te llamé —dijo ella sin aliento.

La miró a los ojos. —Cuando escuché tu voz a través de la línea recordé que estuviste en la fiesta, recordé tus miradas y pensé que podías haber sido tú, por eso fui tan cortante cuando te contesté y te dije que tenía trabajo, que debía colgar.

Elisabeth dio un paso hacia él furiosa. —¡Y mientras tanto mi hija de dieciséis años tuvo que hacer frente sola a un embarazo, con todo lo que ello suponía!

—Jamás pensé que pudiera pasar esto. ¡Solo quería que se alejara! —Se volvió llevándose las manos a la cabeza. —Pero semanas después de la llamada me la encontré cuando yo iba en la camioneta. Ella salía de casa de la señora Williams. Vi lo delgada y triste que estaba, quise hablar con ella, pero solo me contestó con monosílabos hasta que se metió en su coche. Pasaron los meses y lo dejé estar porque como no volvió a mirarme como en la fiesta, creí que me había olvidado o que yo lo había imaginado. ¡Me convencí de que no había estado con ella!

Se hizo el silencio en el salón mientras Shanaya impresionada ni sabía qué decir. Recordaba cuando se lo había encontrado y como

muerta de la vergüenza prácticamente había huido a su coche para largarse de allí cuanto antes. Y lo mismo había hecho los últimos siete años. Cada vez que se acercaba, salía corriendo para no tener que hablar más de lo imprescindible con él.

Michael suspiró sentándose en su sillón. —Esto es una locura. ¿Qué vamos a hacer? Estamos en boca de todos y esto no se va a olvidar.

—Por supuesto que se olvidará —dijo Elisabeth—. Bueno, puede que no se olvide del todo, pero si les casamos será una anécdota más de uno de los matrimonios del pueblo.

Asombrada miró a su madre. —¿Qué has dicho?

—Es la única opción —dijo Christine apoyándola—. La boda hará que los rumores de vuestro pasado sean menores y puede que poco a poco se vayan olvidando. Al fin y al cabo, no llegaste a hacer nada malo, el señor intercedió antes de que sucediera. Una boda y asunto arreglado.

Se sonrojó con fuerza y le dijo a Tyler —No les hagas ni caso.

—Hijo, sabes cuál es tu deber —dijo Michael muy serio.

—¿Pero de qué habláis? —Nerviosa rio sin ganas. —Ni que estuviéramos en el siglo dieciocho.

—Aquí como si lo estuviéramos —dijo su padre—. Piensa en tu hermana y en todo lo que está pasando.

—Frank ni se te ocurra presionarla —dijo Tyler muy tenso.

—¡Intento que se dé cuenta de lo que es mejor para ella!

Molesto siseó —Padre, ¿podéis dejarnos solos?

—Iremos pasando al comedor —dijo Christine cogiendo del brazo a su marido para que le acompañara.

—Sí, vosotros hablar —dijo su madre—. Tenéis mucho de lo que hablar.

Cuando llegaron al hall, Christine cerró la puerta. —¡No tengáis prisa!

Incómoda se miró las manos antes de tener el valor de mirarle a la cara. —No voy a casarme contigo para intentar tapar esto.

—Desgraciadamente esto, como tú lo llamas, es imposible de tapar. Jamás se ha hablado abiertamente del aborto en el pueblo por mucho que otras se lo hayan hecho. —Fue hasta el mueble bar y le sirvió un coñac. —Seguro que esto te gusta más. Tómatelo todo, estás a punto de desmayarte y no queremos que te rompas algo más.

Le dio un sorbito y era cierto que estaba mucho más bueno, así que se bebió el contenido de golpe. Tyler cogió su copa y la puso sobre la repisa de la chimenea. —¿Qué piensas hacer?

—Seguir con mi vida y punto.

—¿Tu vida en el rancho? Casi sin salir, sin amigos, sin familia... Menuda vida más interesante.

—Las hay peores, como meterse en un matrimonio infeliz.

—¿Quién te ha dicho que sería infeliz?

—Tyler, no nos queremos. —Incómoda se apretó las manos.

—Nos ha unido una estupidez que no pienso llevar hasta el extremo del matrimonio.

Él apretó los labios. —Muy bien.

Suspiró del alivio.

—No creas que esto me hacía muy feliz. Cuando pensaba en matrimonio, tenía otra idea muy distinta a un matrimonio de conveniencia —dijo molesto.

No le extrañaba que pensara así, la verdad, todo aquello era una locura. Lo normal sería que no pudiera ni verla como para encima casarse con ella. —Pues perfecto, los dos queremos lo mismo.

Asintió. —Tengo entendido que la señora Williams te lo dejó todo.

—No lo quiero —susurró.

—No digas tonterías, Shanaya. Sé de sobra que el rancho de tu padre no va tan bien como quisierais, tienes que pensar en tu futuro.

—Me traicionó.

—Pues yo me alegro de saber la verdad —dijo cortándole el aliento—. Porque al fin sé la maldita verdad. —Fue hasta la puerta y abrió de golpe. —¿No vienes a cenar?

Se levantó a regañadientes porque lo que deseaba era salir corriendo, pero era lo que había hecho media vida y era hora de dar la cara. Tomó aire diciéndose que ahora tenía que convencer a sus padres y fue hasta allí. Tyler les estaba diciendo algo que no llegó a entender. Christine forzando una sonrisa se levantó y dijo —Siéntate al lado de tu madre, ¿quieres?

El sitio que decía era justo al lado de Tyler, que se sentó a la derecha de su padre. Suspiró. —¿De verdad tenemos que hacer esto?

—Hija. —Su padre la miró como si hubiera dicho un disparate.

—¿Dónde están tus modales?

—Es evidente que los olvidé hace siete años, como olvidé todo lo que me enseñasteis porque sino no hubiera hecho lo que hice.

—¡Deja ya de fustigarte, joder! —dijo Tyler furioso—. Siéntate que aún tenemos mucho que hablar. —Agarró la silla y se sentó de malos modos. —¿Ahora te enfadas? ¿De veras? —siseó fulminándola con la mirada.

—Es para ponerme a tu altura. ¿O aquí solo puedes enfadarte tú? ¿No dices que no me fustigue? ¿Que no me culpe? ¡Pues entonces voy a cabrearme como lo estáis todos con esta puñetera situación!

Se miraron los unos a los otros. Jazmín salió por la puerta que daba a la cocina con una bandeja en la mano. Lasaña. Apretó los labios mirando a su madre, que sonrió antes de decir —Tiene muy buen aspecto, Jazmín.

—Gracias, señora Prescott. Enseguida traigo la ensalada.

—Es evidente que todo esto ha sido una encerrona. ¿Lasaña, mamá?

—Christine fue muy amable en llamarme para saber cuál era tu plato favorito.

—Y hablasteis de la boda, ¿no?

Jazmín dejó la ensalada en la mesa.

—Un tema llevó al otro. Claro, como tienen tanto que ver... —
Sonrió sin ganas. —¿Cómo no se me ocurriría a mí decirlo antes para cazar al mejor soltero de los contornos?

—Hija, no tiene gracia.

Se levantó y cogió la pala de servir. —Vamos a comerla, ya que habéis puesto tanto interés en que la pruebe. —Tiró un pedazo en su plato y se sentó de nuevo empezando a comer con ganas. —
Ummm, deliciosa. —De repente miró el techo. —Espera, sí, sí... Ya me llegan las ganas de casarme con un tío que me desprecia.

—¡Basta ya! —gritó Tyler.

Ella tiró el tenedor sobre el plato y se levantó haciendo rechinar las patas sobre el impecable suelo. —Al parecer se ha terminado la cena. —Fue hasta la puerta.

—Hija, espera... —dijo su madre levantándose a toda prisa.

—Entonces vete del pueblo.

Se le cortó el aliento volviéndose para mirar a Michael que no disimulaba su furia. —Vete de aquí para que podamos vivir tranquilos.

—Padre, ¿pero qué dices?

—Nadie puede culparte por lo que pasó, hijo. Si los rumores nos acosan es por ella. ¡Por ella! Si se va esos chismosos se dedicarán a otra cosa y el año que viene solo será un mal recuerdo. Vete, te ofrezco cincuenta mil dólares. Suficiente como para empezar en cualquier otro sitio.

—¿Pero qué dice este hombre? —preguntó Elisabeth horrorizada—. ¡Frank, di algo!

—¡Mi hija no se va a ningún sitio!

Ella miraba a Tyler que se levantó gritando —¡Basta!

—¡No vais a echar a mi hija, ni vosotros ni nadie! —Elisabeth la cogió del brazo. —¡Vámonos!

Habían pasado de que se casaran a pedirle que se largara de allí para que dejara de molestar en su perfecta vida. ¿Y era lo que debía hacer? No sabía por qué se había quedado después de aquella decisión que cambió su vida. ¿Por qué había permanecido en Mansfield cuando estaba entre las mejores estudiantes de su curso?

¿Por qué no había ido a la universidad y lo había dejado todo atrás? ¿Por torturarse? No merecía nada bueno que pudiera ocurrirle y así se llevaba el castigo que merecía. Pero en aquel momento viendo como Tyler discutía con sus padres se dijo que no era justo que ellos pasaran por eso y ya era hora que ella siguiera su vida. Nunca lo olvidaría, pero ya era hora de dejar de torturarse como decían todos.

—Me iré.

La miraron sorprendidos. —Pero hija...

—No digas tonterías —dijo Tyler—. ¡No puedes dejar que todos esos chismosos te echen de tu hogar! ¡No pienso consentirlo!

Le miró a los ojos y sonrió con tristeza. —Lo que yo no puedo permitir es que los míos sufran por esto. Ellos pueden seguir con sus vidas. Como han dicho tus padres, durante un tiempo habrá rumores que luego desaparecerán. No estará ni mi pecado ni yo, podréis seguir adelante.

—Deja de pensar estupideces. Frank llévala a casa y que descanse, que no piensa con claridad.

—Sí, hija, vamos —dijo su madre—. Todo esto te está agobiando y estás agotada, cuando descanses te encontrarás mejor.

Sonrió a Tyler mirándole a los ojos. —¿Recuerdas nuestro baile?

Tenso asintió. Shanaya rio por lo bajo. —Era la canción de Titanic. Eso debió darme una pista de que no iba a acabar bien. —Se volvió para irse con sus padres detrás y Tyler se acercó a la ventana para ver cómo se subía al coche. Sentada atrás ella miró hacia la casa y Tyler vio que tenía lágrimas en las mejillas. Apretó los puños mientras se alejaba sabiendo que ya no cambiaría de opinión.

Capítulo 3

Rio saliendo de la tienda y cerró con llave.

—¿Hoy vas a hacer algo? ¿Nos tomamos una cerveza? — preguntó Lucy—. Joss y Teresa están por aquí cerca.

—No puedo, he quedado —dijo aunque era mentira. Pero es que no le gustaban nada sus amigos.

—¿Con quién? ¿Con ese guapo que te está mirando? Si no lo quieres, me lo quedo yo.

Metiendo las llaves en el bolso la miró sin entender. Se volvió y su corazón pegó un bote en su pecho al ver a Tyler apoyado en su coche. Impresionada se acercó. —¿Qué haces aquí?

—Tenía negocios en Houston y me he acercado. Tu madre me dijo donde trabajabas. —La miró de arriba abajo. —Es evidente que estos cuatro meses fuera de Mansfield Hills te han sentado bien.

Sonrió de gusto. —Gracias, el vestido es de la tienda.

Miró tras ella. —Una boutique, nunca lo hubiera imaginado. Siempre ibas en vaqueros.

—Es que quería un cambio radical.

Él observó su corte de pelo por los hombros que enfatizaba los rizos. —Y ese cambio era lo que necesitabas, eso es evidente.

Se sonrojó de gusto poniéndose la correa del bolso al hombro. —¿Y cómo van las cosas por el pueblo?

—Como siempre. Ayer me encontré a tu padre saliendo de la ferretería y le vi bien.

—Hablo con ellos todos los días. Les noto contentos.

Tyler asintió. —Sí, los rumores casi han dejado de molestar. Alguna vez alguno se pasa de listo, pero te aseguro que aprende la lección.

Apretó los labios incómoda. —Tengo que irme, he quedado. — Se alejó un paso. —Me ha alegrado verte.

—¿Y no puedes cancelarlo? Puedo invitarte a cenar y charlamos.

Sonrió con pena. —Será mejor que no, Tyler. —Dio un par de pasos más. —No quiero ser grosera, pero por favor, no vuelvas. —Se

alejó antes de mirar sobre su hombro para verle todavía allí de pie observándola. Volvió la vista de golpe y se alejó acelerando el paso.

El sábado tenía el día libre y decidió ir al cine. Salía de su piso cuando vio ante la puerta un ramo de al menos dos docenas de rosas rojas. Sacó la cabeza para mirar el pasillo y confundida se agachó para coger el hermoso jarrón de cristal donde estaban. Se metió en casa y cerró la puerta con el pie sin dejar de admirarlas porque eran realmente hermosas. Dejó el jarrón sobre la mesa de la cocina y cogió el sobrecito en blanco. Levantó la lengüeta y sacó la tarjeta para leer:

"Me gustaría bailar contigo de nuevo"

Tyler

Le dio un vuelco al corazón y sin poder creérselo metió la tarjeta a toda prisa en el sobre para dejarla sobre la mesa como si le quemara entre los dedos. —No pasa nada, esto es absurdo. Una tontería que le ha dado. —Sin saber qué hacer se volvió hacia la puerta, pero antes de salir muy nerviosa se detuvo y se giró hacia el ramo. —Esto no está pasando. No, no está pasando. Estás soñando.

—Abrió los ojos como platos. —¡O estás en una dimensión paralela! Una dimensión paralela en donde el hombre de tus sueños te envía rosas y quiere salir a bailar contigo. —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a dar vueltas de un lado a otro por su pequeño apartamento. —Ay, ay... —De repente las rosas estuvieron ante ella de nuevo y dejó caer las manos. —Tú vete al cine. —Asintió saliendo de su piso. —Y nada de películas de ciencia ficción ni nada por el estilo. Nada de milagros, fantasmas... ¡Una de Disney! Eso, una de dibujitos. —Frunció el ceño. —No, que son de fantasía e igual se te va la cabeza. Mejor una de esas basadas en hechos reales. De asesinatos y sangre. Eso. —Caminó hacia el ascensor decidida y pulsó el botón de llamada. —De un asesino en serie.

De vuelta a casa se preguntó quién le mandaría a ella ir a ver Sabrina. Es que estaba fatal. Y encima se gastaba veinte pavos en ver una película que echaban cada dos por tres en el canal clásico. Es que era para matarla. Le vibró el móvil y abrió el bolso para buscarlo. Sonrió al ver que era su madre y se lo puso al oído. —Hola, mamá.

—Cielo, ¿cómo estás?

—Bien, acabo de salir del cine. —Dio la vuelta a la esquina y se detuvo en seco al ver a Tyler en su portal mirando hacia arriba y no pudo ignorar que estaba guapísimo con una camiseta blanca y unos vaqueros de firma. Shanaya volvió atrás y se escondió tras la esquina como si fuera una fugitiva. —Mamá, ¿te puedo llamar luego?

—¿Estás ocupada? —preguntó en un tonito muy sospechoso.

—Mamá, ¿qué has hecho?

—¿Yo?

—¿Qué hace Tyler aquí? ¿Le has dado tú mi dirección para que me enviara las flores?

—¿Te ha enviado flores? Qué detallista. ¿Así que está ahí? —preguntó como si le hubiera dado la alegría de su vida—. Qué amable, ¿ha ido a verte?

Estiró el cuello para asegurarse de que era él y sí, allí seguía.
—Mierda.

—Niña, no digas tacos. Dale recuerdos de mi parte.

—No pienso hablar con él —siseó.

—No seas grosera. Yo no te he educado así.

—Mamá...

—¡Arrea a hablar con él!

Asombrada miró el teléfono antes de decirle —¿Pero tú te estás oyendo?

—Uy, uy que voy a tener que ir a pasar un par de diitas contigo.

—¿Para qué? ¿Para que pase por el aro?

—¿Qué aro?

—¡Pues ni idea! —Respiró hondo. —Tengo que dejarte. — Colgó el teléfono y lo guardó en el bolso. Estiró el cuello de nuevo encontrándose a Tyler justo frente a ella y chilló del susto mirándole con los ojos como platos.

Él sonrió. —Hola preciosa, ¿qué tal el cine?

Dio un paso atrás. —¿Y tú cómo sabes que he ido al cine?

Perdió la sonrisa poco a poco. —Shanaya, ¿estás bien? Me lo ha dicho tu vecina. Antes de salir te la encontraste en el hall. Como cuando llegué acababas de irte, me fui a dar una vuelta hasta ahora.

—Ah.

Tyler sonrió divertido. —¿Crees que te he estado espiando o algo así?

—Hay mucho bicho raro suelto. —Le rodeó y dijo —Adiós.

—¿Cómo que adiós?

—Tengo que lavarme el pelo.

—Es sábado, ¿no te apetece salir a bailar?

Madre mía, que estaban traspasando línea roja. —Es que tengo un esguince. Un esguince gordísimo.

Él le miró las piernas. —Pues no se nota. De hecho, yo te veo muy bien.

—Es que va y viene. Mejor descanso, que el lunes tengo que trabajar.

—Podemos ver una película mientras comemos pizza. ¿Tienes hambre?

—Estoy a dieta —dijo llegando al portal. Mierda, la llave. Abrió el bolso para buscarla de manera frenética y él apoyó el hombro en el marco de la puerta—. No puedo comer nada de nada.

Él miró su cuerpo de arriba abajo con un deseo que le dejó la boca seca. —Pues yo creo que estás perfecta. De hecho, tienes todo en el sitio adecuado, preciosa.

Mirando su rostro ni se dio cuenta de que le caían las llaves. Sin dejar de mirarla se agachó para recogerlas. —¿Seguro que no quieres ir a bailar? Igual no recuerdas bien la vez anterior, preciosa, pero llevábamos el ritmo como nadie. —Se acercó peligrosamente y

ella al apartarse chocó con la puerta. —Te lo pasaste muy bien, como yo. —Miró sus labios. —¿Quieres recordar viejos tiempos?

Parpadeó sin poder creerse que hubiera dicho eso. —Te aseguro que los recuerdo cada maldito día. —Le arrebató las llaves de la mano y abrió la puerta en tiempo récord. —¡Lárgate de Houston! —dijo antes de dar un portazo que casi le da.

—¿Te han gustado las flores, nena?

Puso los ojos en blanco antes de alejarse. ¿Pero a este qué le había dado? En ese momento le sonó el móvil y frunció el ceño al ver que era su hermana. —¿Te puedo llamar luego?

Su hermana sorbió por la nariz y Shanaya se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

—¿Me puedes prestar mil dólares?

—¿Para qué los quieres?

—Se me ha estropeado el coche y papá dice que tendré que ir en el autobús porque no tiene dinero para arreglarlo.

Separó los labios de la impresión. —¿Cómo dices?

—El rancho va mal. Ha echado a Timmy y ahora lo tiene que hacer todo solo.

Se llevó la mano a la frente sin poder creérselo. —Me decían que todo iba bien.

—Te han mentado, Shanaya.

—Podían haberme pedido el dinero. Tengo el que me dejó la señora Williams, no lo he tocado y...

—¡No lo aceptarían después de lo que te hizo! Tienes que volver, aunque yo le ayudo después del instituto...

—¿Que tú qué? ¡Tú tienes que estudiar! —Su hermana no fue capaz de contestar nada. —Dime que no te han bajado las notas.

—Ya me han dicho que no me van a dar la beca. No podré ir a la universidad.

Cerró los ojos jurando por lo bajo porque el dinero de la herencia no daría para la universidad. —Mañana estaré allí.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Sí, ya veremos cómo podemos arreglar lo de la universidad, no te preocupes.

—Gracias, gracias. Te quiero, eres la mejor —dijo antes de colgar.

¿La mejor? Si no se hubiera largado aquello no hubiera pasado. Entonces se dio cuenta de todo lo que tenía en el

apartamento y que todo eso no podía llevárselo en el autobús. Salió corriendo para abrir el portal de golpe. Tyler estaba arrancando la camioneta y parecía cabreado. Mierda, aquello iba a ser duro. — ¡Espera!

Miró hacia ella y sorprendido bajó la ventanilla. —¿Has cambiado de idea?

—¡Sí! Bueno, no. —Gimió por dentro al ver la confusión en sus ojos. —Necesito que me lleves a casa. Porque tú vuelves a casa, ¿no?

—Bueno, tenía previsto pasar la noche aquí, pero si quieres nos vamos ahora. ¿Ha pasado algo?

—Sí que ha pasado —dijo entre dientes—. Vengo enseguida, voy a coger algunas cosas.

—Necesitarás ayuda. —Apagó el motor y abrió la puerta. — Con ese esguince no debes hacer esfuerzos.

—Muy gracioso. —Fue hacia la puerta y metió la llave de nuevo mirándole de reojo. —Gracias —farfulló.

—¿Qué has dicho? —preguntó divertido.

—Gracias por llevarme.

—¿Ha pasado algo o solo vas a pasar el domingo? —preguntó mirando a su alrededor antes de hacer una mueca por la grieta que había en la pared del hall—. Nena, ¿este edificio es seguro?

—Sí —dijo entre dientes.

—Si tú lo dices... —Se abrió la puerta del ascensor y al ver que las baldosas del suelo estaban rotas levantó una ceja. —¿No sería mejor subir por las escaleras?

—Funciona perfectamente. Además, lo vamos a usar mucho hasta que me vaya.

Se la quedó mirando, poniéndola nerviosa y Shanaya dijo atropelladamente —Me voy a casa, ¿vale?

—¿Definitivamente?

—Sí —dijo entre dientes antes de salir en su planta.

—¿Y eso? Creí que estabas muy bien aquí —dijo como si fuera algo imposible viendo la grieta que había en el pasillo antes de mirarla pasmado—. ¿Esta es la que acaba abajo? —La agarró por la mano metiéndola en el ascensor. —Nos vamos ahora mismo.

Tiró de su brazo. —¡No digas tonterías! Lleva ahí veinte años.

—¡Pues con más razón!

—Tengo que recoger mis cosas, Tyler.

Él gruñó. —Muy bien, pero date prisa.

—No seas paranoico. ¿Me devuelves la mano?

La soltó a regañadientes y fue tras ella hasta la puerta a la que le faltaba pintura en varias partes.

—¿Este barrio es muy caro?

—Trabajo de dependienta, ¿crees que puedo vivir en un ático de lujo con lo que me pagan?

—Con lo bien que estabas en casa —dijo por lo bajo.

—Si me fui no fue por lo bien que estaba en mi casa.

Entró en el piso y Tyler con curiosidad metió la cabeza para ver que el piso no estaba nada mal. No era muy grande, pero ella lo había decorado y pintado por lo que había quedado muy acogedor.

—Está claro que has trabajado mucho aquí. Menuda pérdida de tiempo.

Decidió ignorarlo. —Mierda, tendré que dejar el sofá.

—Nena, ¿por qué hay tanta prisa?

Abrió un armario. —¡Porque mis padres me han mentido, por eso!

Él se acercó a la mesa y pasó la mano por una de las rosas.

—¿En qué te han mentido?

—Me acaba de llamar Natasha, estaba llorando porque no tienen ni para arreglar el coche.

Tyler frunció el ceño. —¿De veras? No imaginaba que las cosas fueran tan mal.

Agarró un montón de ropa y la tiró sobre la cama. —Han echado a Timmy. —Apretó los labios agarrando otro montón de ropa. —Llevaba con nosotros toda la vida. Además, mi padre no puede con todo, tengo que volver. —Estiró el brazo para intentar coger la maleta de encima del armario y frustrada porque no llegaba suspiró. Iba a volverse para ir a por una silla cuando casi se tropieza con Tyler que sin dejar de mirarla a los ojos alargó la mano para coger la maleta. Le dio un vuelco al corazón mirando esos ojos. Él la bajó tendiéndosela. —Gracias.

—¿En qué quieres que te ayude? —preguntó con voz ronca.

Su corazón se aceleró. —¿Puedes meter los libros de debajo de la tele en una caja?

Se acercó un poco más bajando la vista hasta sus labios. — Puedo hacer mucho más.

Nerviosa puso la maleta entre ellos. —No hace falta —dijo con voz chillona. Al volverse le golpeó con la maleta. —Uy, perdón. —Se

le cayó la maleta sobre sus pies. —Uy... —Intentó cogerla, pero él hizo lo mismo y se golpearon en la frente. —Ay.

Él la cogió por los brazos para mirar su frente. —¿Estás bien?

—Sí, sí...

—Te noto un poco nerviosa.

—¿Yo? Qué va. Es que tengo mucho que hacer antes de irme.

—Tranquila, esperaré todo lo que haga falta.

Tenía la sensación de que no hablaba de su mudanza. —Ah, ¿sí?

Él sonrió provocando que su corazón pegara un brinco en su pecho. —Puedes estar segura.

—Ajá... —Dio un paso atrás. —Vale.

Tyler sonrió yendo hacia el televisor y se agachó marcando su duro trasero. A Shanaya se le secó la boca recordando como se lo había arañado cuando hacían el amor. Se volvió de golpe. Mierda, qué calor. Recordó la maleta y la cogió para abrirla a toda prisa empezando a meter la ropa en montones. Tenía que salir de allí cuanto antes. Tyler se levantó con varios libros en la mano y frunció el ceño. —Nena, vas a arrugar toda la ropa.

—¿Tú crees?

Con la mitad de ropa fuera de la maleta cerró la tapa y por supuesto no cerraba. Empujó con fuerza y Tyler asombrado vio cómo se sentaba encima saltando con el trasero. —¿Te ayudo?

—¡No! —Se bajó. —Esto pasa por trabajar en una boutique. Te regalan mucha ropa. —Abrió la tapa y sacó la mitad. —Bah, en el rancho no necesito tanta. —Cerró la maleta y la cogió suspirando. —Hala, ya estoy, ¿nos vamos?

Él miró a su alrededor. —Nena, no has recogido nada.

—¿Sabes qué? Otro día vendré con la camioneta y lo recogeré todo. —Pasó ante él cargando la maleta con esfuerzo y al ver las rosas agarró el jarrón. —Me las llevo porque a mamá le encantarán.

—Claro. Shanaya no has recogido nada del baño.

—No pasa nada. Tengo cepillo de dientes en casa.

—¿Y no deberías avisar en el trabajo?

—Les mandaré las llaves por correo, ¿quieres darte prisa?

Él la cogió por el brazo para volverla y agarró el jarrón para ponerlo en la mesa antes de coger la maleta y dejarla a un lado. —No pasa nada.

—Ah, ¿no? —preguntó con la respiración agitada.

—Me deseas y es normal. Yo también te deseo, ¿sabes?

Creyó que le iba a dar algo. —¿De veras?

—Sí, te desnudaría y lamería cada parte de tu cuerpo hasta que me suplicas que te diera el orgasmo de tu vida. —El corazón de Shanaya saltó en su pecho. —Pero vamos a controlarnos porque todavía no estás preparada. Así que para no perder el tiempo, vamos a recogerlo todo como personas racionales para que así no tengas que volver.

Entrecerró los ojos. —¿Y a ti qué más te da?

—Ya que estamos aquí vamos a hacerlo bien. Además, si dejas el piso será más fácil que tus padres se convenzan de que lo haces porque has querido, porque no se te ocurrirá decirle a tu padre que vuelves porque le va mal en el rancho, ¿no?

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—¡Le ofenderías, Shanaya! ¡Cómo si no pudiera mantener a su familia o algo por el estilo! ¡Los hombres somos un poco delicados con esos temas! —Se volvió y dijo —¿Tienes bolsas o algo así?

—Sí. —Abrió el armario empotrado y él vio todo lo que tenía allí pues estaba lleno de cajas de puzles que ya había terminado. Se sonrojó. —Me entretienen.

—Nena, ahora hay carpetas para meterlos hechos. Solo tienes que pegarlos por detrás y meterlos en los separadores.

—¿De veras?

—Mi madre tiene varias carpetas de esas, ya te dirá donde las compra. —Cogió varias cajas y empezó a apilarlas en el suelo antes de coger un rollo de cuerda que había en uno de los estantes.

Ella cogió una bolsa y yendo hacia la cama intentó olvidar lo que había dicho de hacer el amor, porque que él estuviera más que dispuesto era como para volverla loca, así que dijo —¿De veras crees que a papá le molestaría?

—Herirías su orgullo. Di que les echabas de menos y que has decidido volver, ya está —dijo atando todas las cajas juntas.

Igual tenía razón. Tenía que ser muy duro para su padre ver que el rancho que regentaba estaba tan mal. Metiendo la ropa en una bolsa le miró de reojo. —Cuando estaba yo tampoco iba tan mal. —Tyler atando los libros apretó los labios. —No era como para hacernos ricos, pero podíamos ahorrar.

—Tengo entendido que tu padre tomó una mala decisión.

Se sentó en la cama para mirarle. —¿Qué mala decisión?

Él se enderezó cerrando la navaja antes de meterla en el bolsillo trasero y la miró. —Compró dos Mustang que serían la envidia de cualquier vaquero. Se gastó diecinueve mil dólares en ellos.

—¿Que ha hecho qué?

—Pretendía criar y no sería mala idea porque los criadores cada vez cobran más por los caballos. Si fuera competitivo sería un buen negocio, pero se le ha muerto uno.

Se quedó de piedra. —¿Cómo que se le ha muerto uno?

Tyler hizo una mueca acercándose y se sentó en la cama. —No sé muy bien lo que ha pasado, solo me he enterado de que se murió.

—Dios mío...

—Vendió la mitad de su ganadería para comprarlos y ya ha perdido el cincuenta por ciento de su negocio con los caballos. Ahora no puede criar los Mustang y tiene que tirar con la mitad de la ganadería.

—Así que nos quedan unas cuarenta reses y un Mustang —dijo furiosa levantándose.

—Más o menos.

—Estupendo. —Molesta fue hasta el armario y cogió otra bolsa antes de ir hacia el baño.

—Nena, no te cabrees.

—¿Cómo no voy a cabrearme? —preguntó desde dentro del baño empezando a recoger todo lo que había allí—. ¿Ahora? ¿Ahora se mete a criar caballos?

Él se acercó y apoyó el hombro en el marco de la puerta. — Podía haber salido bien.

Agarró el cepillo y lo metió en la bolsa. —No me hagas reír, Tyler. Sabes de sobra que para criar debería tener más de una pareja, precisamente para no poner el negocio en peligro como ha hecho. ¿Y vender la mitad de la ganadería? Tú jamás hubieras hecho eso.

—Yo tengo tres mil cabezas de ganado, nena, no necesito vender nada para comprar los Mustang.

—Precisamente. —Agarró el estuche de maquillaje y lo metió en la bolsa. No se podía creer que su padre hubiera sido tan inconsciente. Se apoyó en el lavabo y respiró hondo. —Esto es culpa mía.

—¡Deja de echarte las culpas de todo, joder! ¡Fue una decisión que tomó tu padre!

—Y nunca la hubiera tomado si hubiera estado allí. Como mi hermana no hubiera trabajado en el rancho para no desatender sus estudios y hubiera conseguido una beca para el curso que viene.

—¿También eres responsable de eso?

Cerró la puerta del armario y miró a su alrededor agarrando las toallas, alfombrillas y todo lo que era suyo, incluido el camisón de la percha. Cogió la bolsa y le miró sintiéndose impotente.

—No es culpa tuya. Es mayorcito para saber lo que debe y no debe hacer. Si hubieras ido a la universidad él hubiera dirigido su negocio solo, como lo ha hecho desde que naciste. Él es el dueño. Lo que pasa es que desde que tomaste aquella decisión que cambió tu vida, echas sobre tus espaldas todas las culpas porque estás muy acostumbrada a torturarte a ti misma.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No me torturo. Sentí alivio.

—En aquel momento sí, pero después pensaste que no era lo correcto.

—¡No!

—¡Sí! ¡Creíste que estaba mal, que no era lo que te habían inculcado desde que naciste, iba en contra de la iglesia, de todo lo que siempre habías querido! ¡No era el cuento de hadas que nos dicen! ¡No hubo boda de ensueño con el amor de tu vida y no te quedaste embarazada cuando debía ser! ¡Todo había salido mal y te culpaste por meterte en mi cama! ¡Tuviste miedo y tomaste una salida! ¡Qué el de arriba intercediera para que no terminaras de dar el paso, daba igual, porque tú en ningún momento pensaste en echarte atrás! Pero después del alivio llegó la culpa. Te sentiste culpable por haber querido matar a nuestro bebé, te arrepentiste de tu decisión. —Dio un paso hacia ella y la cogió de los brazos. —Y debes dejar de torturarte porque hiciste lo correcto, Shanaya. ¡No estabas preparada para ser madre, no lo querías en ese momento y nadie puede culparte por ello! —Ella sollozó. —¡Esas horas que pasamos juntos fueron un error porque no estabas preparada para lo que ocurrió! ¡No te equivocaste al tomar esa decisión, lo que fue una equivocación fue que dejaras que te abrumara tanto como para cambiar tu futuro! ¡No estabas destinada a trabajar en el rancho! ¡Podías haber hecho mil cosas en la vida, haber visto mundo, pero el sentimiento de culpa te paralizó! —Las lágrimas cayeron por sus

mejillas y él negó con la cabeza. —Y tienes que olvidarlo para seguir adelante, nena. Tienes que pasar página.

—No puedo. —Sollozó. —No dejo de pensar en que estaba decidida a matar a mi hijo, en cómo sería si hubiera tenido valor para enfrentarme a todos y si Dios no me hubiera castigado. En que ya hubiera cumplido seis años. —Él la abrazó con fuerza. —¿Por qué no me odias? —preguntó contra su pecho.

—Porque no has hecho nada malo y si lo hubieras hecho habría sido lo correcto.

Se le cortó el aliento y se apartó para mirarle a los ojos. —¿De veras?

—Yo tenía veinte años, en aquella época me hubiera horrorizado tener esa responsabilidad. Por mucho que pudiera mantenerlo, que pudiera mantener a diez. Creo que los niños hay que tenerlos cuando dos personas quieren y yo en aquel momento tampoco hubiera querido. Y si me lo hubieras preguntado, seguramente te hubiera dicho que no.

Él alivio la recorrió. —¿De veras? ¿No me mientes para que me sienta mejor? En la iglesia...

—En la iglesia estaba furioso porque esa mujer hubiera expuesto algo tan íntimo de tu vida ante todo el pueblo, nena.

Le abrazó y se echó a llorar. —Gracias por decírmelo.

Acarició su espalda. —Deja de pensar en cómo sería, nena. Tendremos hijos cuando sea el momento y lo decidamos los dos.

Se le cortó el aliento y como a cámara lenta se apartó para mirarle. —¿Qué has dicho?

—Jamás olvidé esa noche.

—¿Qué has dicho? —preguntó más alto apartándose—. Tú estás fatal. —Agarró la bolsa y pasó a su lado para volver a la habitación.

Él la siguió. —Antes de enterarme en la iglesia de todo lo que había pasado hace siete años, antes de todo eso, intenté pedirte una cita durante tres años, pero bien que me evitabas.

—¡Y con razón!

—Pero yo no lo sabía, nena. Joder, si llego a estar seguro de que eras ella, hubiera intentado salir contigo mucho antes y hubiera sido más insistente, te lo aseguro.

Se puso como un tomate. —Tampoco fue para tanto.

—Teniendo en cuenta que no tienes más experiencia, tendrás que fiarte de mi palabra. Sí que lo fue.

—¿Y tú qué sabes la experiencia que tengo?

—Nena, llevas loca por mí toda la vida.

Se puso como un tomate. —Serás creído. Eso se me pasó hace mucho.

Rio por lo bajo pasando a su lado. —Podría creerte si no se te hubieran endurecido los pechos, preciosa.

Se miró sin darse cuenta y juró por lo bajo porque se le notaban los pezones. —Es un acto reflejo.

—Por supuesto. —Gruñó cogiendo los puzles y los libros para ponerlos ante la puerta. —¿Tienes que recoger algo de la cocina?

Agradeció el cambio de tema. —Sí. —Pasó ante él y empezó a agarrar paquetes de comida para sacarlos de los estantes. —La cafetera, las sartenes...

Él sonrió. —Entiendo, todo lo que no esté anclado a la pared. Pues manos a la obra.

Capítulo 4

Eran las dos de la mañana cuando se pusieron en camino después de devolver las llaves del piso al administrador alegando que había habido un problema familiar. También dejaron un sobre con las llaves en el buzón de la tienda para su jefa. Esta sintió mucho que se fuera y fue muy amable con ella.

Sentada al lado de Tyler suspiró porque volvía a su vida.

—¿Estás cansada? —preguntó Tyler.

Sonrió. —No, tengo hambre.

Él asintió. —Yo también. A dos millas hay una hamburguesería. Podemos pedir algo para llevar.

—Perfecto, me muero por una hamburguesa.

Cuando llegaron, ella sin bajarse del coche miró el cartel. — Una doble con beicon y queso.

Él sonrió. —Sí que tienes hambre.

—Y patatas, una cola y un helado de chocolate.

Divertido pulsó el botón y a través del altavoz dijeron —Mistiz búrguer, ¿qué desea?

Tyler hizo el pedido y avanzó con la camioneta hasta la ventanilla donde había otro coche esperando. Los de delante se estaban pegando el lote y Shanaya se sonrojó mirando de reojo a Tyler. —Esos sí que saben aprovechar el tiempo.

Sonrió sin poder evitarlo y cuando la chica se puso de rodillas sobre su asiento para tirarse sobre su novio, Tyler rio por lo bajo.

—¿Crees que se dan cuenta de que les vemos?

—Nuestros faros les están iluminando, los focos de la hamburguesería y los de la gasolinera de ahí al lado... Además, tienen la ventanilla del restaurante al lado de la suya.

—Pues ya se tienen ganas.

—Lo están celebrando.

—¿Celebrando el qué?

—Nena, son recién casados.

Estiró el cuello para ver las latas que estaban colgadas del parachoques antes de mirar hacia la ventanilla del restaurante. —

Tardan mucho, ¿no?

—¿En hacerlo? —preguntó divertido.

—Ja, ja...

De repente un tío metió el cañón de una escopeta por la ventanilla del conductor y les gritó —¡Bajad del coche!

Gritó de miedo y vio como otro hombre se puso en su ventanilla con un cuchillo en la mano. Tyler agarró el cañón de la escopeta empujándola hacia arriba antes de abrir la puerta con fuerza. La escopeta se disparó haciendo un agujero en el techo, pero Tyler volvió a golpearle con la puerta haciendo que cayera. Ella gritó al ver que salía del vehículo —¡No, Tyler!

—Y mira que iba bien la noche —dijo él con rabia antes de cogerle la escopeta y darle dos puñetazos con fuerza. Asustada miró hacia el del cuchillo que estaba tan asustado como ella y cuando este intentó apuñalarla, gritó apartándose al asiento de Tyler, que corrió rodeando la camioneta. —Serás cabrón. —El chico intentó apuñalarle en el vientre, pero Tyler saltó hacia tras esquivándole antes de darle una patada a su brazo que le hizo tirar el cuchillo. El chico le miró asustado y Tyler gruñó. —Te voy a matar. —Se lanzó sobre él dándole de puñetazos.

Asombrada sacó la cabeza por la ventanilla. —¡Tyler para!

Entonces por el rabillo del ojo vio que el de la escopeta se levantaba y Shanaya chilló cuando intentó meterse en la camioneta, pero al darse cuenta de que ella estaba en el asiento del conductor la agarró por la melena para sacarla y Shanaya vio el tatuaje de una serpiente que tenía en el antebrazo antes de gritar de dolor cuando le dio un fuerte tirón que casi la saca del vehículo, pero pudo agarrarse al volante. De repente el pandillero se detuvo y ella al levantar la vista se dio cuenta de que el cañón de una escopeta estaba en la sien de ese tipo. Siguió el cañón que atravesaba la ventanilla abierta hasta llegar a Tyler que siseó —Suéltala.

—No vas a disparar.

—¡Suelta a mi mujer o te juro por lo más sagrado que te haré un agujero en la cabeza del tamaño de Texas! —gritó furioso.

Este soltó su cabello antes de volverse hacia él y Tyler pegó una patada a la puerta con tal fuerza que al golpearle le cortó el aliento antes de que la culata de la escopeta le golpeará en la cara dejándole sin sentido en el acto. Tyler abrió la puerta del todo y se acercó a ella. Cogió su cara con las dos manos y preguntó —¿Estás bien? ¿Estás herida? —Como no le contestaba insistió. —Shanaya, ¿estás bien?

Aún impresionada y temblando asintió. Él suspiró del alivio y la besó en los labios antes de apartarse. —No te muevas de aquí.

Uno de la gasolinera gritó —¿Están bien? ¡Ya viene el sheriff!

—¡Sí, estamos bien!

Shanaya miró a su alrededor y vio que los del coche de delante habían desaparecido y que los de la hamburguesería se asomaban por la ventanilla. Todos muy valientes, sí señor. Entonces vio como Tyler hablaba con el de la gasolinera a unos metros mirando al suelo. Se sintió muy orgullosa de él. Sabía que era valiente porque su trabajo a veces era peligroso, pero enfrentarse a un hombre armado de esa manera... Sonrió observándole, pero perdió la sonrisa al ver que se miraba la mano, se había hecho daño. Él señaló el suelo. Estiró el cuello y vio que el chico de la navaja estaba tirado en el suelo sin sentido. Al escuchar el sonido de las sirenas suspiró del alivio y miró al que estaba tirado a su lado que no tenía pinta de levantarse en un rato. Esperaba que no le hubiera matado con la culata de la escopeta. Entonces recordó que la había llamado su mujer y mirándole de nuevo sonrió sin poder evitarlo. ¿De veras podían tener una oportunidad después de lo que había pasado? Perdió la sonrisa poco a poco recordando lo que le había dicho en su cuarto de baño. ¿Sería capaz de pasar página e intentar

ser feliz? Él quería estar a su lado. Había hablado de tener hijos, lo que implicaba un futuro juntos y no podía negar que le hacía una ilusión enorme que llegara a quererla en algún momento, porque ella le amaba desde hacía tanto tiempo que ni recordaba cuando su corazón no latía por él. Se mordió el labio inferior. A lo mejor si se tomaban las cosas con calma... Aunque Tyler iba a por todas, eso era evidente. Era extraño, durante esos últimos cuatro meses ni se había acercado por Houston y de repente empezaba a insistir. Debían hablar. Debían hablar largo y tendido de ello. Escuchó un gemido y volvió la cabeza como un resorte para ver que el de la escopeta se movía, pero de repente un ayudante del sheriff se tiró sobre él poniéndole la rodilla en la espalda para agarrar sus manos. Ese se iba a pasar una temporada en prisión. Se pasó al asiento del pasajero y gritó —Tyler, ¿podemos irnos?

Él que estaba hablando con otro hombre uniformado negó con la cabeza. Bufó cruzándose de brazos y Tyler se acercó. Hizo una mueca. —¿Qué pasa ahora?

—Tenemos que ir a declarar y hasta que no vean las imágenes de las cámaras de videovigilancia no podremos irnos a casa.

—Pero la hamburguesa podemos comérmola, ¿no?

Tyler sonrió. —Por supuesto, que mi chica no pase hambre.

Sentada ante el ayudante del sheriff se metió una patata en la boca. —Y el tío del cuchillo lo metió por la ventanilla, ¿sabe? Casi me raja. Apunte, apunte...

—¿Y mientras tanto qué hacía su novio?

Se sonrojó. —No es mi novio, novio.

—Ah, ¿no? Él ha dicho que sí.

—Bueno... Es mi vecino y...

El hombre asintió. —Entiendo, son amantes.

Como un tomate susurró —Hace siete años sí, ahora parece que lo vamos a intentar.

—¿Era menor?

Parpadeó. —Oiga, que fue consentido, no le violé ni nada.

—Ah, que fue usted.

—¿Esto qué tiene que ver con lo que ha pasado esta noche?

—No, nada, pero como me lo ha contado, yo a escuchar que es lo mío.

—Pues centrémonos, que esos tipos casi nos matan. ¿Ha visto el agujero en el techo de la camioneta?

—Sí, lo he visto.

—¿Ha sacado fotos para tener pruebas?

—¿Ahora me dice cómo hacer mi trabajo?

Él miró sus patatas y ella entrecerró los ojos porque parecía que tenía hambre. —¿Quiere?

Él sonrió. —No, gracias, estoy a dieta. El colesterol, ya sabe.

—Lo siento. Me lo comeré luego.

—No, por favor. Continúe. ¿Qué hizo su novio después?

—Pues defenderse y defenderme a mí. Fue a por el del cuchillo y cuando le tumbó tuvo que volver a ayudarme porque el otro me había agarrado del pelo con intención de que saliera de la camioneta. Me hizo daño y grité. Tyler volvió y cogió la escopeta, le amenazó y cuando me soltó... —Igual no debía decir que le había dado con la culata porque ahora las leyes eran como eran e igual metía a Tyler en un lío. —Bueno, estaba tan nerviosa que solo vi que caía al suelo.

—Tranquila, esa parte se ve muy bien con las imágenes de las cámaras.

Vaya. —Después llegaron ustedes y aquí estamos. —Mordió la hamburguesa y masticó mirando a su alrededor. —¿Dónde está Tyler?

—Le están interrogando en una sala.

—¿Como a los delincuentes?

—Era para que la fiscalía no dé por saco con las declaraciones y que no se apoyen el uno al otro.

—Oh. ¿Pero qué pasa, que esto puede traerle consecuencias a Tyler?

—No, claro que no. El chico hizo lo que debía hacer. —Se levantó y se tiró de los pantalones hacia arriba.

Ella sonrió. —Ya se le caen los pantalones, felicidades.

—Lo mío me está costando. Enseguida vuelvo.

Le miró mientras se alejaba y cuando se metió en un pasillo, se levantó a toda prisa para ver lo que había escrito. Uff, menudas patadas daba al vocabulario, a ese no le gustaba leer. No se había explayado mucho, pero lo que ponía era lo que ella había dicho, aunque con sus palabras. Más tranquila volvió a su sitio y comió sin darse prisa. El ayudante del sheriff no regresó y se terminó la comida tirando los envases en la papelera que tenía bajo la mesa de

al lado. Hizo una mueca porque todas las mesas estaban vacías y era lógico dada la hora. El reloj decía que eran las cuatro y media de la mañana. Uff, llegarían a casa al amanecer. Suspiró cruzándose de brazos y su mirada cayó sobre una fotografía de una familia que había sobre una mesa. Eran muchísimos y todos sonreían a la cámara. Se preguntó si ella algún día tendría una familia así.

Tyler apareció hablando con uno de los ayudantes y sonrió al verla. —Nena, ¿ya has declarado?

—Sí, pero no me la ha dado para firmar. En las pelis se hace eso, ¿no?

—Y en la vida real también —dijo el ayudante sentándose a la mesa—. Veamos... —Leyó la pantalla y gruñó empezando a teclear. Y a teclear y a teclear.

—¿Pero qué hace? ¿Está cambiando mi declaración?

—Estoy intentando que el jefe no nos eche la bronca cuando la lea. La redacto de nuevo.

—Ah... —Miró a Tyler y sonrió. —¿Entonces en cuanto firme eso podemos irnos?

—Si nos necesitan de nuevo tendremos que volver.

—Vale. ¿Has cenado?

—Sí, aunque no puede llamarse cena a las cuatro de la mañana.

El ayudante le puso un folio delante. —Firme aquí, por favor.

Lo hizo a toda prisa y dejó el bolígrafo sobre la mesa. —¿Nos vamos? No quiero que me roben mis cosas de la camioneta.

—Nena, delante de la oficina del sheriff no va a pasar nada. Además, están cubiertas con la lona y no saben lo que hay debajo.

—Cosas más raras se han visto.

—Tengan cuidado al volver a casa. Va a llover.

—Pues se agradece con el calor que hace —dijo Tyler poniendo la mano en su espalda para ir hacia la puerta—. Buenas noches.

—Hágame caso y vaya al médico por si necesita un parte de lesiones.

—¿Te han hecho daño? —preguntó preocupada.

—Son los nudillos, no pasa nada. ¿Estás bien?

—Sí, en realidad yo no he hecho nada.

—Defendiste la camioneta.

Rio. —¿Qué? —Él empujó la puerta como todo un caballero para que pasara. —¿En serio crees que pensé en algún momento en

la camioneta?

—¿No la hubieras defendido con uñas y dientes? —preguntó divertido.

—Ni de broma. —Una gota cayó en su mejilla y miró hacia el cielo. —Pues sí que va a llover, viene tormenta.

—Vamos nena, a ver si la dejamos atrás.

No tuvieron esa suerte, de hecho fueron hacia ella y Tyler tuvo que conducir más despacio porque casi no se veía. Gruñó. —Menuda noche.

—Sí, estamos sembrados. —Cogió un vaso de café que había allí y lo puso bajo el agujero del techo de la camioneta. —Mira que práctico para cuando tengas sed. Deberíamos patentarlo.

—Me lo pensaré. Hostia, no veo nada.

—Pues para, no merece la pena arriesgarse.

—Después de lo que ha pasado no sé qué sería más riesgo.

—Ya sería mala suerte que nos volviera a pasar algo así. Mira, ahí hay un área de descanso.

Tyler se desvió hacia la derecha y cuando entraron en el área vieron un montón de autocaravanas. —Vaya...

Tyler se detuvo al lado de una enorme.

—No sé cómo pueden dormir ahí dentro.

—Nena, es como una casa. Puedes cerrar por dentro. También te pueden entrar en el rancho y estáis aún más aislados.

—No sé...

—Hace unos años usé una y fue un viaje muy divertido.

—¿Fue cuando fuiste a los Ángeles?

—Sí, aunque lo peor fue compartir la caravana con Jett y Peter. —Sonrió al pensar en sus amigos de toda la vida. —Son un desastre. Bueno, los tres éramos un desastre.

Apagó el motor. Shanaya vio que perdía la sonrisa poco a poco y supo perfectamente por qué. Dos días después de su llamada se fue a ese viaje y ella ya estaba en México con Mildred. Debían pasar página, ¿no? Intentó que dejara de pensar en ello. —Cuéntame qué hicisteis en ese viaje.

—¿Aparte de provocar un incendio en la cocina?

Se echó a reír. —¿Qué?

—Jett se empeñó en hacer la comida y casi nos deja sin viaje.

Se apoyó de costado en el respaldo y él lo inclinó poco a poco para que se pusiera cómoda antes de hacer lo mismo con su asiento. Ella colocó el vaso de café entre los dos y ambos elevaron la vista hacia el agujero para asegurarse de que el agua caía dentro. Se miraron a los ojos. —Sigue —dijo ella.

—El tercer día se nos pinchó una rueda.

—¿Antes o después del incendio?

—Después.

Reprimió la risa. —¿Y es fácil de cambiar en un trasto tan grande?

—Si hubiéramos tenido un gato puede que lo hubiéramos logrado.

—¡No!

—Tuve que caminar treinta millas para llegar a la gasolinera más cercana y por suerte me acercaron de nuevo. Cuando llegamos el dueño de la gasolinera y yo, esos idiotas estaban totalmente borrachos sentados en sillas de playa en el arcén de la carretera.

—¿De veras?

—Y en calzoncillos mientras escuchaban a los Rolling Stone a todo volumen.

Se pasaron hablando durante dos horas hasta que dejó de llover, pero ni se dieron cuenta. —Debió ser divertido.

—En ese viaje pensé en ti.

—¿En mí?

—Por la llamada. Esa llamada lo cambió todo.

—¿A qué te refieres?

—No dejaba de preguntarme si habías sido tú la de esa noche. Y después...

—¿Después qué?

—Digamos que has estado muchas veces en mis fantasías.

Se echó a reír. —¿Qué? Serás mentiroso.

—Hablo en serio. —Alargó la mano y apartó un mechón de su sien. —Hace cuatro años en la fiesta de Navidad estabas preciosa con aquel vestido blanco.

Se le cortó el aliento.

—Te pedí un baile, ¿recuerdas? Hiciste que te llamaba tu madre y que tenías que irte.

—Sí. No quería...

—¿Qué, nena?

—Hacerme ilusiones.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Quiero que lo digas tú.

—No te merecía.

—Jamás vuelvas a decir eso. —La cogió por la nuca y la acercó a su rostro. —Jamás, ¿me oyes? Nunca vuelvas a tener esos pensamientos. Yo también fui culpable de lo que pasó, tenía que haberte escuchado cuando llamaste.

—No insistí.

—¡Y yo me fui a ese puto viaje!

—No superaremos esto —dijo asustada por lo que sentía en ese momento porque se moría por besarle.

Entonces él sonrió. —Preciosa, dime eso dentro de un año. —Besó sus labios suavemente antes de mirarla a los ojos unos segundos. —Ha pasado la tormenta. —Se enderezó mirando al frente y apretó el volante entre sus manos. Suspiró elevando el asiento. —Nos vamos a casa. En una hora estaremos allí, puedes dormir un poco si quieres.

Le observó conducir durante varios minutos. ¿Realmente habría pasado la tormenta? Cerrando los ojos esperó que sí.

Capítulo 5

Llegaron a casa y ella no se dio cuenta porque estaba dormida profundamente. Sus padres salieron de casa pues ya había amanecido y él subió los escalones. —¿La has visto? ¿Has conseguido hablar con ella?

Sonrió señalando el coche con la cabeza. —Ahí la tienes dormida como un tronco, la llamada ha surtido efecto.

Elisabeth contenta le abrazó. —Sabía que mi niña volvería en cuanto pensara que estábamos en problemas.

Miró a Frank. —La manada...

—La mitad está en tu finca como quedamos y ya he traído el Mustang. Timmy ya está trabajando con tu capataz.

—Perfecto. Pues ahora a simular que vais mal de dinero durante una temporada.

—De todas maneras, nunca nos ha sobrado el dinero, así que no será difícil hacernos los pobres —dijo Elisabeth haciendo jactarse a su marido.

—Mujer, ¿alguna vez te ha faltado algo?

—Mejor no hablo, que sube el pan. —Bajó un escalón, pero Tyler la cogió por el brazo. —¿No quieres que la despierte?

—Mejor lo hago yo, que luego buscará cualquier excusa para esquivarme.

—¿Todavía se te resiste? —preguntó Frank.

—Y no sabes cómo. Por cierto, de esto ni una palabra porque con lo sensible que está se lo puede tomar fatal.

Ambos asintieron. —No te preocupes —dijo Elisabeth—. Ya lo hemos hablado con la niña y por su hermana hará lo que haga falta. Puede que Shanaya simulara que todo iba bien en Houston, pero sabíamos que no era así. Demasiado alegre, demasiado expresiva cuando se ha pasado siete años simulando sus sentimientos. Ha vuelto a fingir como en estos últimos años, pero de otra manera. Hacía que estaba contenta con su nueva vida. Pero ya lo has visto, en cuanto ha podido ha vuelto a nuestro lado en lugar de darnos el dinero que heredó de Mildred, cuando sé que nos lo daría sin dudar

sin que se lo pidiéramos siquiera. Y seguramente lo hará mañana mismo. No era necesario que viniera de Houston, pero lo ha hecho porque lo necesita. Nos necesita. Este periodo le ha venido bien para darse cuenta de que este es su hogar. Le ha dado fuerzas para regresar y enfrentarse a todos. Y será duro, porque siempre habrá gente que intente hacerle daño, pero no siento que todos lo sepan. Mildred hizo bien, porque su secreto era como un cáncer que la estaba matando y al fin se lo ha extirpado. Quiero que mi hija sea feliz y esta es la mejor manera de que vuelva a la vida que tenía antes de aquella noche hace siete años. Mi familia hará lo que sea por ayudarla y esto nos lo llevaremos a la tumba, no te preocupes.

Tyler asintió antes de bajar los escalones y sus padres se metieron en casa. En cuanto vio que cerraban la mosquitera, rodeó la camioneta y abrió la puerta sin hacer ruido. Acarició su mejilla y sus párpados se movieron débilmente. Él se agachó y besó suavemente sus labios. —Bella durmiente, ya estás en casa.

Abrió los ojos y al ver su rostro sonrió adormilada. —¿Ya hemos llegado?

—Voy a empezar a descargar, pero antes...

Se sentó. —¿Sí?

—Esta noche cenaremos en mi casa.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

Preocupada se giró hacia él sacando las piernas. —¿Ocurre algo que no me hayas dicho?

Él sonrió. —No, todo está mucho más calmado, como te dije. Pero ya que vamos a casarnos, deberíamos reunirnos todos para que haya más relación entre las familias. Además, hay muchos temas que tratar, como la fecha que nos conviene a todos y esas cosas.

Parpadeó mientras se alejaba a la parte de atrás de la camioneta y Shanaya procesando lo que le había dicho, se preguntó si aún estaba dormida. Saltó de la camioneta y le vio coger una de las bolsas. —Nena, esto se ha mojado. Menos mal que metimos los libros en los asientos traseros.

—¿Qué has dicho?

—Se ha mojado la ropa.

—No voy a casarme contigo —dijo indignada—. ¿Cuándo me lo has pedido?

—Ah, que necesito pedírtelo.

—¡Es lo normal! —Le arrebató la bolsa de la mano. —Gracias por traerme. —Se volvió y molesta fue hasta la casa.

—Nena, no te enfades.

Se volvió de golpe. —¿Pero tú de qué vas?

Sonrió de medio lado. —No puedo dejar de pensar en ti.

Le dio un vuelco al corazón. —Y es lógico después de todo lo que he jodido tu vida, pero no confundas las cosas, tú y yo no tenemos nada. Hasta hace unos meses prácticamente ni nos hablábamos y mientras estuve en Houston ni nos hemos visto, así que deja de decir esas mierdas que no necesito.

—No puedo dejar de pensar en ti.

—¡Deja de decir eso! —gritó tirando la bolsa al suelo—. ¿Te crees que soy tonta? ¿A cuántas te has tirado mientras no estaba aquí? Si tanto me has echado de menos...

Él la interrumpió. —A ninguna.

Ahora sí que estaba sorprendida. Desde que le conocía había ido de una novia a otra y se había tirado a medio estado de Texas. —Mientes.

—Desde que he sabido que eras tú la de aquella noche no quiero a ninguna más. —Agarró una caja y esta se rompió por

debajo dejando caer las cosas de la cocina. —Nena, esos cereales habrá que tirarlos.

Aún en shock se volvió y empezó a caminar hacia la casa a toda prisa.

—Ya no puedes huir. Ya no.

Se detuvo en seco mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y le sintió tras ella. —No voy a darme por vencido. Te he dado cuatro meses y para mí ya ha sido demasiado. A partir de ahora todo va a cambiar.

—Eso será si yo quiero —dijo entre dientes antes de correr hacia la casa y dar un portazo.

Él suspiró volviéndose antes de escuchar otro portazo en el piso de arriba.

Su madre entró en la habitación para encontrársela sentada en su cama abrazando sus piernas y en silencio se acercó para sentarse a su lado. —Hola.

Se sonrojó. —Hola, mamá.

Cogió un mechón de su pelo mucho más corto y Shanaya hizo una mueca. —Sí, no fue buena idea, pero mi compañera de trabajo dijo que me quedaría chic y me dejé llevar.

—Estás preciosa. —Acarició su espalda. —Además si no te gusta el pelo crece, tiene arreglo.

Asintió y apoyó la mejilla sobre sus rodillas para mirarla. —Quiere casarse.

—Lo he oído. ¿Qué te detiene, hija? Porque sé que aún le amas.

—Él no me ama a mí.

—No digas eso.

—No puede amarme.

Su madre apretó los labios. —Es tu sentimiento de culpa el que habla, pero la decisión es suya.

—Y mía.

—¿Si no hubiera pasado aquella noche y lo que ocurrió después qué le contestarías?

Se quedó en silencio.

—¿No me dices nada? Te lo diré yo, correrías por el pasillo de la iglesia a toda prisa.

Sonrió con ironía. —¿De la iglesia? Hace siete años puede, pero ahora el...

—El cura se muere por hablar contigo de todo esto.

No pudo disimular su sorpresa.

—Sí, hija... He hablado con él, le he pedido consejo y desea hablar contigo.

—No.

—Lo harás y lo harás por mí porque te lo pido yo. Vendrá esta tarde. Necesitas hablar con él.

Asustada por lo que le diría apartó la mirada.

—Ahora dime por qué has venido, aunque yo ya lo sé.

—¿Lo sabes? —La miró a los ojos. —¿Qué está haciendo papá con el negocio?

—Sabes que siempre quiso criar caballos.

—Y nunca se metió en el negocio porque era demasiado arriesgado y tenía que dar de comer a su familia.

—Decidió que era el momento.

—¿Cómo es de grave la situación?

—Hemos tenido que pagar los impuestos y nos hemos visto obligados a pedir un crédito.

—Así que ya no queda nada en las cuentas.

Su madre apretó los labios. —Aún tenemos la mitad de la ganadería.

—Tengo los cincuenta mil dólares de Mildred. Recuperaremos la ganadería, pero no sé cómo vamos a pagar la universidad de Natasha, a no ser...

—No es tu responsabilidad. Es culpa suya por no haber estudiado lo suficiente como para conseguir la beca. Conozco muy bien a tu hermana y estoy segura de que te ha dicho que el trabajo en el rancho le ha hecho perder las buenas notas, pero no es cierto. No ha trabajado más de lo que trabajabas tú cuando echabas una mano durante el instituto y tus notas nunca bajaron. Ni siquiera en el peor momento de tu vida. Se ha dormido en los laureles y ya está.

—Tiene que ir a la universidad, mamá. Ella quiere salir de Mansfield.

—Tu padre y yo hemos hablado de ello. Podemos vender las tierras del norte.

Apretó los labios porque eso significaría menos pastos para sus reses. —Pero eso fue antes de que volvieras. Si regresas a Mansfield y quieres llevar el rancho en el futuro necesitarás esos pastos.

—La casa de Mildred, puedo vender la casa, aunque no sé si dará para la universidad de Natasha.

—También puede trabajar allí donde vaya para sacarse un dinero. Y hay créditos universitarios. Ya veremos lo que ocurre, no hace falta pensar en ello hoy mismo. Por cierto, tu novio dice que estemos allí a las siete.

Jadeó. —¡No pienso ir! ¡Y no es mi novio!

Su madre rio por lo bajo levantándose. —Venga vega, a recoger tus cosas que no sé dónde vas a meter toda esa ropa que has traído.

—Mamá, me la regalaban en la tienda, no iba a dejarla en Houston.

Soltó una risita. —Pues ya puedes darte prisa porque tu hermana ya está seleccionando lo que le gusta.

—¡Eh! —Se levantó a toda prisa y corrió hacia la puerta. —
¡Natasha ni se te ocurra quitarme nada!

Una risita en el piso de abajo la hizo sonreír.

—¡Hija, te espero en los pastos del pozo! —gritó Frank desde el piso de abajo.

—¡Vale, papá! ¡Voy enseguida!

Sentada sobre su caballo miró la manada y frunció el ceño al ver que no había crías en ella, lo que ponía su situación aún peor de lo que pensaba. —Bueno, el dinero de Mildred nos vendrá bien para salvar el rancho. —Billy sentado a su lado gimió y ella le sonrió. —¿Opinas lo mismo? —Su perro ladró dándole la razón. —Siempre tengo tu apoyo, amigo. Eso está bien. —Tiró de las riendas volviendo el caballo para regresar a casa, cuando vio humo en las tierras de Tyler. Estaba bastante lejos, pero le extrañaba que en un día tan caluroso hubieran encendido fuego. Hincó los talones en su caballo y cabalgó hacia allí. Cuando llegó a la valla que separaba sus fincas, la saltó sin esfuerzo y al ver que la columna de humo era cada vez más grande, galopó lo más aprisa que pudo. Al llegar se detuvo en seco haciendo levantar las patas delanteras de Tornado mientras asombrada veía como los tres barracones, donde se alojaban los

hombres, ardían con fuerza. —¡Billy no te muevas de aquí! —A toda prisa sacó su radio y llamó a su padre. —¿Papá?

—¿Qué ocurre, hija?

—¿No ves el humo?

—Mierda, estoy en casa. ¿Qué se quema?

—Es la finca de los Woldenberg. Los tres barracones. Avísale, no tengo el móvil y aquí no hay nadie...

—Ahora le llamo.

Entonces vio como un hombre tras el último barracón corría hacia una camioneta. —¡Eh! —gritó ella porque no le conocía de nada. El tipo no le hizo ni caso y sin pensar Shanaya agitó las riendas yendo hacia él y cuando ese tipo miró sobre su hombro corrió aún más. Shanaya se lanzó del caballo cayendo sobre él y ambos rodaron sobre el suelo de tierra. Sintió el dolor en el brazo, pero se levantó a toda prisa y al verle boca abajo se acercó con precaución—. Ya he llamado pidiendo ayuda.

Cuando no se movió le rodeó para mirar su rostro. Su mejilla estaba sobre la tierra y tenía los ojos abiertos. Se le pusieron los pelos de punta. —Oye, ¿estás bien?

Parecía que no respiraba y sin pensar se agachó para poner los dedos en su cuello. No notó el pulso. Asustada retrocedió totalmente pálida. Le había matado. Dios, le había matado. Se llevó las manos a la cabeza volviéndose y se quedó de piedra al ver un tipo apuntándola con una escopeta.

—¡Reza lo que sepas, puta!

Billy le mordió en la pierna y el disparo la lanzó al suelo para caer de espaldas. En shock se miró el hombro izquierdo. Temblando levantó la mano para tocar la herida y miró la sangre sin poder creérselo. El tipo intentó disparar a su perro y ella gritó antes de que Billy soltara su pierna para agarrar su brazo. Él gritó con la escopeta en las manos y cuando ella vio que al intentar quitárselo de encima la apuntaba, Shanaya gritó arrastrándose hacia atrás empujando su cuerpo con los pies. —¡No, no!

La apuntó a la cabeza y gritó del horror. Él apretó el gatillo y se quedó sin aliento al darse cuenta de que no había salido la bala. La miró con rabia y agarró la escopeta por el cañón para golpear a su perro y Shanaya se cubrió la cabeza con el brazo para no verlo, pero el chillido de Billy no llegó, aunque sí la detonación. Asustada levantó la vista para ver la sorpresa en su cara antes de que cayera de rodillas con un tiro en el vientre dejando caer el arma al suelo

entre ellos. —¡Billy atrás! —El perro la obedeció de inmediato. Él se miró la sangre en la sucia camiseta. Se había disparado a sí mismo pensando que el arma aún estaba atascada. —Joder... —La miró con rabia. —Putra zorra. —Muerta de miedo se levantó tan aprisa como podía para ver que se sacaba un puñal de la bota. —Te voy a... —Un dolor le atravesó haciendo que soltara el cuchillo para apretarse el vientre. —¡Pide ayuda, joder!

—¿Que pida ayuda? ¡Que pida ayuda! —gritó con rabia antes de pegarle una patada en la cara que le desmayó provocando que cayera hacia atrás. Sin fuerzas se dejó caer en el suelo. Entonces vio el tatuaje que tenía en el brazo. El mismo tatuaje que el tipo que les había intentado asaltar en la gasolinera. La misma serpiente. Un ajuste de cuentas. Asustada por Tyler se puso de rodillas y cerró los ojos intentando no marearse. Silbó y Tornado se acercó a ella. — Buen chico... —Se agarró a la cincha para ponerse en pie cuando escuchó los cascos de los caballos. Se volvió para ver a Pete, el capataz de Tyler, acompañado de dos de sus vaqueros.

Pete se bajó del caballo a toda prisa para cogerla por la cintura y tumbarla en el suelo. —¿Qué ha pasado?

—Les he sorprendido. ¡Rápido, busca a Tyler! ¡Van a por él! ¡Son de una banda!

—Tranquila, el jefe ya viene para acá. Estaba revisando como marcaban unas reses cuando he visto el humo y le he llamado. —
Apretó la herida de su hombro y ella gritó de dolor. —Lo siento, pero estás sangrando mucho, niña.

—Están muertos —dijo Lewis antes de mirar hacia los barracones—. Menudo desastre.

Rob se acercó. —Ya he llamado a emergencias.

Preocupada miró a su alrededor. —Tengo que avisar a mi padre. ¿Dónde...? ¿Dónde está mi radio?

—No lo sé, niña. Rob llama a su padre.

El sol le dio en los ojos y tuvo que cerrarlos.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

La voz de Tyler hizo que los abriera y levantara la cabeza. —
¿Nena? —Se acercó a ella corriendo y se arrodilló a su lado. —¿Qué te ha pasado?

—Le han pegado un tiro, jefe —contestó su capataz preocupado.

—Déjame ver.

Apartó la mano y Tyler vio el agujero que había hecho la escopeta. —Joder. —Se quitó la camiseta y la puso sobre la herida

presionando con fuerza. —Tranquila preciosa, enseguida viene la ayuda.

—Son de los suyos, Tyler —dijo mareada—. El tatuaje. Son los mismos que los de la gasolinera. Buscan venganza y ahora querrán sangre.

Su cabeza cayó hacia atrás perdiendo el sentido y Tyler la llamó a gritos antes de abrazarla. —¡Pedit ayuda!

Capítulo 6

Un pitido que se repetía cada dos segundos la hizo gruñir e intentó volverse, pero el dolor en el hombro hizo que volviera a tumbarse boca arriba. Sintió una caricia en la mejilla y abrió los ojos para sonreír a su hermana. —Hola pequeñaja.

Emocionada susurró —Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—¿Aunque sea un incordio?

—Tú nunca has sido un incordio. —Intentó coger su mano, pero le dio un fuerte dolor en el brazo.

—No te muevas, tienes un morado muy feo en ese brazo por el trauma del disparo y tendrás los músculos fastidiados un par de semanas. Además, el otro no podrás moverlo mucho todavía porque también está amoratado.

Recordó como le había dolido al caer sobre ese tipo. —
¿Cuánto llevo dormida?

—Te han sedado un par de días porque después de que te operaran no dejabas de gritar que iban a matarnos a todos.

—¿De veras?

Su hermana asintió.

—¿Y qué ha pasado? ¿Han detenido a alguien más? ¿Han quemado algo más del rancho de Tyler?

—No, al parecer han averiguado que en la ranchera solo iban esos dos por las cámaras que hay a la salida de la autopista. Tú impediste que siguieran haciendo daño. ¿Y sabes? En el pueblo se ha armado gorda, están ofendidísimos porque han atacado a los nuestros. Todos están en pie de guerra, todos van armados, hasta el cura.

—¿Qué dices?

—Sí, por lo visto esa banda de Houston es muy peligrosa y temen que esto pase de nuevo. Nuestros padres están de los nervios.

—¿Dónde están?

—En casa, durmiendo. Me he quedado a pasar la noche contigo, son las dos de la mañana. Mamá no quería irse, no se ha separado de ti desde que llegaste al hospital. Hoy el médico tuvo que darle un sedante porque no dejaba de llorar. Al fin hace unas horas se quedó medio grogui y papá se la llevó a casa.

Suspiró. —No me gusta que se hayan ido solos ¿y si van a por ellos?

—Tyler ha puesto hombres armados ante la casa.

Se quedó sin aliento y se emocionó porque se preocupara. —
¿De veras?

—Está claro que ha tomado el mando. Hasta ha contratado gente de fuera para proteger los ranchos y los dirige un tipo que trabajó en las fuerzas especiales que por cierto, está buenísimo. Pero no solo le contrató para que nos protegieran, sino para alejar a los periodistas. Has salido en todas las televisiones como la heroína que ha conseguido sobrevivir al ataque de esos dos.

Perdió el poco color que tenía en la cara y a pesar del dolor del brazo agarró su mano. —¿Se han enterado de...?

No hizo falta que le explicara más a su hermana. —Sí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Lo han contado en la televisión?

—No, eso no.

—¿No? —preguntó aliviada.

—Tyler ha contratado abogados y como se diga algo de tu pasado en la televisión les demandará a todos. Pero...

—Habla.

—He leído algunas noticias en internet y varios de los comentarios lo dicen. Como en el estado de Texas está prohibido el aborto a partir de la sexta semana, las feministas se han puesto de tu lado y están haciendo campaña a tu favor criticando a todos los que escriban una palabra en tu contra. Está en las redes, es imparable.

—Dios mío...

—Y eso ha hecho que todo el pueblo se ponga de tu lado —dijo sorprendiéndola—. Algunos porque dicen que estabas en tu derecho y otros porque no llegaste a hacerlo y Dios intercedió para que no llevaras esa carga. Hasta el cura ha puesto un post hablando sobre como el señor te echó una mano y que solo el altísimo sabe cuáles fueron sus razones para actuar así. Que igual es porque

estaba de acuerdo contigo. —Hizo una mueca. —No sé si eso le meterá en un lío con no sé qué obispo que no deja de dar por culo con el tema del aborto, pero lo que importa es que el padre Benedict se ha puesto a tu favor y los demás también. —Le mostró el móvil y Shanaya emocionada vio varios conocidos diciendo que ella era una heroína y que su pasado solo le incumbía a ella. La farmacéutica escribió que ya estaba bien de juzgar a las mujeres por decidir sobre su cuerpo. —Hay todo un debate sobre el aborto. —Apretó los labios. —Pero se dice que...

—¿Qué?

—En las redes decían que pueden inculparte penalmente por ello.

—No pueden hacer eso porque yo no hice nada.

—Algunos no se creen que fuera espontáneo, hermana.

—Da igual. Aunque lo hubiera hecho estaba en México no en el estado de Texas. —dijo con desprecio—. Eso solo lo dicen para tener más me gusta y crear polémica, no les hagas ni caso.

Su hermana sonrió. —Sí, el abogado de Tyler ha dicho lo mismo.

—No leas lo que dicen en las redes, unos pensarán una cosa y otros otra. No debe importarte lo que se ponga ahí.

—Mientras no te preocupe a ti a mí tampoco. Solo me hace daño si a ti te hace daño.

Se la quedó mirando y emocionada cogió su mano. Fue cuando se dio cuenta de que tenía que ser fuerte por su familia y pensaba serlo. Tenía que serlo porque a pesar de lo que había dicho Tyler la tormenta no había terminado.

Adormilada se sobresaltó cuando se abrió la puerta y sonrió a Tyler que correspondió a su sonrisa. —Hola, nena.

—La que se ha liado, ¿eh?

—Nada que no podamos superar. —Se acercó a ella y Shanaya pudo ver la tensión de su rostro. —¿Cómo estás? —Se agachó y le dio un suave beso en los labios que ella no rechazó porque le necesitaba más que nunca. Él los besó de nuevo antes de mirarla a los ojos. —¿Te duele mucho?

—No, estoy chutada hasta las cejas.

Sonrió. —¿Tienes un poco para mí?

—Me estoy haciendo amiga de la enfermera. Ya te pasaré algo. —Se miraron a los ojos. —Al parecer tendremos que dejar esa cena para otro momento.

—Te aseguro que no te vas a librar de ella.

Cogió su mano. —¿Qué está pasando? Mis padres han estado aquí y no es que me hayan dicho mucho, no quieren preocuparme.

Él suspiró. —Son peligrosos.

—Cielo, me han pegado un tiro, eso ya me había quedado claro.

—Se hacen llamar los víboras y cuando esos dos mamones de la gasolinera llegaron al hospital, llamaron a los suyos para que nos la devolvieran al salir de la comisaría, pero en lugar de eso nos siguieron. Se les ocurrió jugar un poco conmigo y por eso lo de los barracones, pero la cosa acabó mal y ahora su jefe nos la tiene jurada.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Eso cómo lo sabes?

—Porque no se han cortado en dar un mensaje que ha salido hasta en el informativo. Su jefe, un tipo encapuchado que al parecer es el padre de uno de los que pateé en la gasolinera, ha dicho que el ojo por ojo se va a quedar corto. Literalmente. Hace una hora el FBI

se ha puesto en contacto conmigo, vienen hacia el pueblo a tomar cartas en el asunto.

—¿Por qué el FBI?

—Porque tienen negocios de drogas fuera del estado y al otro lado de la frontera.

—No... —susurró asustada.

—Nena, no va a pasar nada.

—Si son traficantes estamos muertos.

—Eso depende.

—¿De qué hablas?

—Siempre hay alguien por encima. Solo tengo que enterarme de quien es.

Ahora sí que se ponía nerviosa. —¿Qué estás pensando, Tyler? ¿Enterarte tú para qué?

—No debe estar nada contento de la publicidad que están consiguiendo sus hombres. No, no estará nada contento. Solo tengo que llegar a un acuerdo con él.

—¿Un acuerdo? ¿Qué tienes tú que hablar con un narco? ¿Es que has perdido la cabeza? ¡Eres ranchero, no Rambo!

—Es nuestra única opción. He hablado con Asunción.

Se quedó de piedra. —¿Con Asunción?

—Sabes que es la que trapichea en el pueblo. Los conoce de oídas y son mala gente. Dice que si queremos librarnos de esto, solo puedo arreglarlo con su jefe. Él les dejará las cosas claras y tendrán que dejarnos en paz.

—¿Y a cambio de qué? Esa gente siempre saca algo a cambio. ¿Qué les vas a ofrecer? —Él apretó los labios. —Por Dios Tyler, deja que el FBI haga su trabajo.

—Sabes de sobra que a ellos solo les interesan los de arriba y que les dará igual que varios de la banda queden libres. Y eso es un peligro, nena. Puede que uno de los que no encarcelen sea primo de los que mataste y que un día nos tome por sorpresa. Solo el narco puede acabar con esto y tenemos que encontrarle.

—¿Y cómo le vas a encontrar si ni el FBI es capaz de dar con él? —Apretó su mano temiendo que hiciera una tontería. —Por favor, deja que nos ayuden. Si no conseguimos nada con el FBI pensaremos en otra cosa, pero de momento déjales actuar.

Tyler sonrió. —No te preocupes.

—No me digas que no me preocupe para hacer luego lo que te venga en gana, Tyler. Júramelo.

Suspiró sentándose a su lado. —Te juro que esperaré a ver cómo van las cosas. —Le miró fijamente y él acarició su mano. —¿Sabes que aun estando ingresada sigues estando preciosa?

Se sonrojó de gusto. —¿Sabes que esta faceta tuya de ser tan zalamero con el sexo opuesto me tiene atónita?

Él rio por lo bajo. —Pues no has visto nada, preciosa. —Se acercó y besó suavemente sus labios robándole el aliento.

—Te estás aprovechando de una lisiada. Debería darte vergüenza —susurró antes de acariciar su labio inferior con los suyos.

Gruñó enderezándose. —Tienes razón. —Se levantó y atónita vio que al estar de perfil su miembro abultaba en su pantalón. —Sí, preciosa, hasta ese punto me afecta un beso tuyo.

Qué maravilla.

—Nena, no me mires así —dijo con voz ronca.

Levantó la vista hasta sus ojos. —Anda, que como te lleves un chasco... Muchas ilusiones te haces tú por algo que pasó hace siete años.

Sonrió. —¿Crees que lo que siento está basado en una ilusión? Fue muy real.

—Si te quedaste dormido en cuanto acabaste.

—No estaba dormido, estaba descansando y pensaba que ibas al baño, joder. ¡No me imaginé que saldrías corriendo!

Asombrada parpadeó. —¿No te lo imaginabas?

—Cuando te oí bajar las escaleras me levanté corriendo, pero de repente desapareciste.

—¿Y no te extrañó que no hubiera ido en un coche?

—Pues sí que me extrañó y por eso cuando me llamaste empecé a creer que eras tú. Sino por una simple llamada no hubiera llegado a esa conclusión, ¿no crees? —preguntó molesto.

—¿Ves cómo estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo, estoy enfadado por toda la mierda que estamos viviendo. —Se pasó la mano por la nuca. — Estoy preocupado por ese mamón, te podía haber matado, joder.

En ese momento le sonó el móvil y lo sacó del bolsillo trasero del vaquero. —Dime, papá. —Le escuchó volviéndose para ir hacia la ventana. —¿Cómo que no se quieren hacer cargo? ¿Para qué pagamos un puto seguro? ¿Responsabilidad civil? ¡Están muertos, esos ya no pueden hacerse cargo de ningún pago! Llama al abogado que se ponga las pilas. —Shanaya apretó los labios porque sus

problemas aumentaban a cada segundo. —Sí, estoy en el hospital y... —Suspiró. —Está bien, voy para allá. —Se volvió colgando el teléfono.

—Tienes que irte —dijo algo decepcionada porque acababa de llegar.

—Al parecer aparte de lo del seguro hay un problema con uno de los camiones de carga. —Se acercó y apoyó las manos a cada lado de su cuerpo. —Nena, hay algo de lo que quiero hablarte... — De repente una pequeña pistola apareció ante los ojos de Shanaya antes de que él se la metiera bajo la almohada. —No dudes en usarla. Es lo mejor que he podido encontrar, recuerda que no es automática.

Asintió. —¿Los policías siguen fuera? —Pareció sorprendido y ella sonrió. —Mi hermana no es muy discreta.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más te ha contado? —preguntó con desconfianza.

—¿Te refieres a que sois unos mentirosos compulsivos, que mi padre no está en problemas y que todo fue ideado por ti?

Gruñó. —Joder con la niñata.

—Se sentía culpable porque me hubiera pasado esto por una mentira suya. Si hubiera seguido en Houston no habría ocurrido nada.

—Pero ya no estás en Houston y aquí te vas a quedar. —La besó entrando en su boca y la saboreó con unas ganas que provocó que su sangre corriera alocada por sus venas. Tyler se apartó para besar su labio inferior. —Tengo que irme. —Le dio un beso rápido y se levantó. —¿Necesitas algo?

Con la respiración agitada negó con la cabeza y él fue hasta la puerta. —¿Ya que estás aquí puedes pedir la píldora?

—¡Largo de aquí, Woldenberg!

Él se echó a reír saliendo de la habitación y pudo escuchar su risa de la que se alejaba. La píldora... Se mordió el labio inferior pensando en ello. Sí, casi mejor que pedía que se la recetaran, porque era evidente que no tenía mucha resistencia con respecto a Tyler. Y si había que poner medios para que no pasara lo de la otra vez, los iba a poner, vaya si los iba a poner.

Dos días después estaba de vuelta a casa. Su médico de toda la vida le haría las curas hasta que se repusiera del todo. Sentada en la parte de atrás del coche pasaron ante la entrada del rancho de los Woldenberg y vio que bajo la gran uve doble de latón había dos hombres armados con dos ametralladoras. Se le erizaron los pelos de la nuca e impresionada miró la valla blanca para ver que cada cierto espacio había más guardias. Cuando pasaron el límite con sus tierras fue evidente que la seguridad continuaba. —Mamá...

—No pasa nada. Es por precaución, cielo.

Giraron para enfilar el camino hacia la casa y un hombre se acercó a la ventanilla de su padre. —Todo en orden.

—Gracias —dijo su padre antes de acelerar.

—Dios mío, esto tiene que estar costando una fortuna —dijo impresionada.

—Pues eso no es nada, hay hasta un helicóptero sobrevolando nuestras tierras. —Frank carraspeó. —Tu novio sabe hacer las cosas bien.

—¿Y el FBI qué está haciendo? Porque a mí no han ido a verme al hospital para escuchar lo que pasó ni...

—No lo necesitan, cielo —dijo su madre—. Tienen la declaración del sheriff.

—¿Qué declaración? Si yo no he declarado nada.

—Sí que lo hiciste, en el lugar de los hechos.

—¿Lo hice? —Frunció el ceño. —No lo recuerdo.

—Es lógico, estabas herida y en shock. Tranquila, todo va bien, es evidente que te defendiste.

—¿Es que lo dudaban?

—Bueno, mataste a dos hombres.

—Se mataron solos.

Frank soltó una risita. —Hay que ser inútiles.

—Marido, no tiene gracia.

Frenó ante el rancho y Tyler bajó los escalones del porche para abrir su puerta. —Hola nena, te veo mejor.

—¿En serio? —Bajó del coche pasando ante él.

Tyler hizo una mueca. —¿Enfadada?

—¡No, qué va! ¡El que tanto interés tiene no ha pisado el hospital en dos días! ¡Pero a mí no me importa, qué me va a

importar! —Entró en la casa dando un portazo y chilló. —¿Qué te has hecho? —gritó a los cuatro vientos.

—Teñirme de rosa —dijo Natasha—. ¿Te gusta?

Mientras todos entraban en casa a tropel, parpadeó viendo su pelo rosa hasta la cintura. Su madre chilló tapándose la boca con la mano.

—¿Que si me gusta? —Era un rosa chicle que dañaba a la vista, pero si a ella le gustaba... Y por la sonrisa que tenía le encantaba. Forzó una sonrisa. —Es innovador.

Frank suspiró. —Hija, ¿es buen momento para un cambio así? ¿No crees que ya damos bastante que hablar en el pueblo?

—No soy la primera que se tiñe de rosa, papá —dijo sin darle importancia—. ¿Mamá? ¿Te gusta?

Elisabeth entrecerró los ojos. —¿Esto es un pulsito?

—¿Qué?

—¿Quieres llamar la atención porque últimamente toda la atención la tiene tu hermana?

Natasha se sonrojó. —No, qué va.

—¡Sube ahora mismo a lavarte eso! ¡Y reza porque se vaya, porque sino te pegaré un rapado que parecerás un hare krishnas de

esos y entonces sí que llamarás la atención!

—¡No me comprendes!

—¡Ni falta que me hace!

—¡Ella se lo ha cortado!

—¡Y si la hubiera pillado con las tijeras, le hubiera echado la bronca como te la estoy echando a ti! ¡Sube a lavarte eso! ¡Ya!

—¿Por qué no puedes ser más comprensiva? ¡Es mi pelo!

—¡Ese pelo como todo lo demás lo he parido yo! ¡Y hasta que no seas mayor de edad yo mando! Natasha... ¡No pienso repetirlo!

Natasha salió corriendo y gritó en las escaleras —¡Me iré cuando cumpla los dieciocho!

—¡Pues no te queda nada, así que vete haciendo la maleta!

—Se volvió y al ver la mirada de su marido siseó —Eres muy blando.

—Joder, qué difícil es ser padre —dijo Tyler pasando el brazo por los hombros de Shanaya que le fulminó con la mirada—. Nena, tenía cosas que hacer.

—¿No me digas? ¿Y ahora te has tomado un descanso?

—Venía a despedirme.

Se apartó para mirarle de frente. —¿Cómo que a despedirte? ¿A dónde vas?

—Tengo otro viaje a Alemania. Suelo ir cada seis meses.

No se creía nada sobre todo cuando miró a su padre que asintió como si le diera el visto bueno. Estos tramaban algo. —Te doy dos minutos para que me digas la verdad o sino no vuelvas a aparecer por aquí.

—¡Mamá no se va!

—La madre que la... —dijo Elisabeth subiendo las escaleras a toda prisa—. ¡Frota!

—¡Ya lo hago!

Shanaya fue hasta la cocina y abrió la nevera para coger un refresco de cola. Le costaba aún mover el brazo del tiro, pero el otro ya casi lo movía por completo. Bebió de la lata viendo como los hombres entraban en la cocina hablando en susurros. Uy, con estos... Posó la lata en la encimera de la isla. —¿Y bien?

—No sé por qué piensas que miento, nena. ¿Quieres venir conmigo?

—Hijo, no puede, tiene que curarse a diario. La revisión de la semana que viene...

—Es una pena —dijo Tyler—. Hubiéramos adelantado algo la luna de miel.

Su padre gruñó. —Aquí no hay luna de miel que valga hasta que no paséis por la vicaría.

—¡Dejaros de rollos! —gritó sobresaltándoles—. ¡Ahora mismo me vais a contar lo que está pasando! ¡Qué la única que es sincera conmigo es mi hermana y ya está bien!

—¡Shanaya ayúdame, mamá me va a dejar calva!

—¡No haberte teñido de rosa! —gritó.

—¡Muy comprensiva!

Fulminó a Tyler con la mirada. —¿A dónde vas?

—A Alemania. Nena, te estás imaginando cosas.

—¡Típica frase masculina de cuando te ponen los cuernos!

—Yo no te pongo los cuernos —dijo incrédulo.

—¡Más te vale, pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando! ¡A dónde vas!

—¡A Berlín!

Se le cortó el aliento. —¡Has vuelto a mentirme! ¡Sé perfectamente que solo vas a Alemania una vez al año para tratar el precio de la carne!

—Estás equivocada, preciosa.

—¡Solo haces tres viajes al año! ¡Uno a California, otro a Alemania y otro a Canadá! ¡Y ni siquiera te vas de vacaciones desde lo de la autocaravana, así que a mí no me metas trolas que de tonta no tengo un pelo!

—Joder nena, que marcaje. —Sonrió encantado. —Estás loquita por mí.

—Te voy a...

—Nena, nada de violencia.

Gritó de la frustración antes de mirar a su padre. —Tú sí que me lo vas a contar.

—Ni de coña.

—Ah, ¿no? Pues le diré a mamá lo que haces cuando dices que vas al fisio los jueves por la tarde.

Frank se sonrojó. —Hija, qué mala leche tienes.

—¿A dónde va?

Frank apretó los labios con fuerza.

—¡Oh, por Dios no seas crío!

—¡Hija!

—Voy a contar hasta tres. Uno...

Frank se puso rojo como un tomate y al ver que empezaba a flaquear Tyler dijo—Ni se te ocurra.

—Dos...

—Hija, un poco de compasión. Va a poner el grito en el cielo.

—Tres. ¿Mamá? —gritó bien alto.

—Vale, vale —dijo su padre a toda prisa.

—¿Qué quieres?

Sonrió de oreja a oreja mientras Tyler ponía los ojos en blanco. —¿Necesitáis ayuda?

—¡Sí, como para ayudarme estás tú!

—¡Ayuda! —gritó su hermana.

Ignorándola miró a su padre a los ojos. —Te has librado por los pelos. Habla.

—Se va a México. Ya sabe quién es el jefe y va a negociar.

Asombrada giró la cabeza hacia Tyler que gruñó. —Nena, cuando estemos casados a mí no vas a manipularme de esa manera.

—¡Tú no vas a llegar hasta el altar! —gritó poniéndose muy nerviosa.

Tyler perdió la sonrisa y se acercó a ella. —Te aseguro que estaré.

Mirándole a los ojos susurró —Me lo juraste.

—El FBI no está haciendo nada. Yo he averiguado mucho más en dos días que ellos en tres años que llevan en la investigación.

—Pues díselo y déjales actuar.

—No tienen jurisdicción en México, nena. Sabían perfectamente su nombre. Su presencia aquí es para callar bocas intentando tapar su inacción ante la prensa.

—Hija, no hay otra opción.

Sin dejar de mirarle susurró —Pues iré contigo.

—Ni hablar. Todavía estás herida.

—Si no me llevas te seguiré.

—Gracias por decírmelo porque Malcom estará preparado para retenerte en la finca.

—¿Quién es Malcom?

—El hombre que he contratado para protegerte.

—¡Querrás decir para retenerme!

—Es lo mismo.

Entrecerró los ojos. —Si vas no me casaré.

—Oh, sí... Sí que te casarás. Vete buscando el vestido que cuando esto acabe nos casamos. —Se agachó para besarla, pero ella volvió la cara. —No dejes que me vaya así, nena.

Le rogó con la mirada. —No vayas. Por favor, no vayas.

—Tengo que ir, tengo que hacer lo que sea para recuperar nuestras vidas.

—Te matarán. No tienes nada para negociar que pueda interesarle.

—Sí que lo tengo. Ahora dame un beso, nena.

—Dime qué es...

—No voy a decir nada más. —Se volvió para salir de la cocina.
—Hablares cuando vuelva.

Angustiada le siguió. —Espera.

Se volvió en el porche y ella se acercó hasta quedar a unos centímetros. —Odio que hagas esto.

—Lo sé.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Al menos dime su nombre por si tengo que ir a pegarle un tiro entre ceja y ceja.

Tyler sonrió. —No pasará nada. —Se acercó y besó suavemente sus labios. —Busca ese vestido de novia.

Ella le besó con ansias y Tyler la cogió por la cintura profundizando el beso. Se demostraron todo lo que se necesitaban y cuando él se apartó apoyó su frente en la suya—Todo irá bien.

—Por favor, dime su nombre.

—No necesitas saberlo, nena. —Se apartó y bajó los escalones. —Te llamaré a la vuelta, ¿de acuerdo? —Le guiñó un ojo antes de subirse a la camioneta.

Su padre se puso a su lado mientras se alejaba. —Todo irá bien.

—Dime su nombre.

La miró. —No lo sé. Y no intentes chantajearme con decirle a tu madre que juego a las cartas con el cura porque no servirá de nada.

—¿Quieres comprobar cuál será su reacción?

—Hija... No sé su nombre. Solo sé a dónde irá.

Se le cortó el aliento. —¿A dónde?

—Es un sitio cerca de Monterrey, se llama San Andrés, allí tiene una enorme hacienda, eso es lo que ha averiguado.

—¿Se lo ha dicho Asunción?

Su padre asintió.

—¿Qué le va a ofrecer?

—Hija...

—Por favor, necesito saberlo.

—Un millón de dólares.

Palideció. —Dios mío, le van a matar. Querrá ese dinero en cuanto sepa que lo tiene y le dará igual lo que pasa con sus hombres.

—No es tonto, no lo lleva con él.

—¡Daré igual! ¡Lo exigirá! —Alargó la mano. —Dame las llaves de tu camioneta.

—Ni hablar, tú no sales de aquí.

—¡Dame las llaves!

—¿Qué ocurre?

Angustiada miró a su madre. —Le van a matar, mamá.

—Él ha tomado esa decisión y no pienso dejar que te pongas en riesgo. Frank, ¿no tienes trabajo?

Su padre bajó los escalones.

—¡No, papá! ¡Dame las llaves!

—Ni hablar.

Un coche cuatro por cuatro negro se acercó por el camino y frenó en seco ante la casa. Un tipo enorme con una barba morena de tres días se bajó mostrando los tatuajes en los brazos. —Supongo que eres Shanaya. Te aconsejo que entres en la casa.

—Eres Malcom, supongo —dijo con rabia.

—Entra en la casa —dijo fríamente.

—¿Por qué le dejas ir?

—Porque es lo que hay que hacer. Ahora entra en la casa.

Furiosa entró en la casa y gritó de la rabia antes de subir los escalones.

Elisabeth dijo preocupada —Si nos equivocamos...

—Mis hombres le protegerán.

—Pero no podrán entrar con él —dijo Frank.

—Ha sido su decisión y viendo cómo está la situación, es la decisión correcta.

Capítulo 7

Sentada en el asiento de la ventana miraba sin ver el exterior. Había pasado una semana y los hombres de Malcom habían vuelto sin Tyler. Al salir de la casa de ese hombre tan peligroso se subieron al coche e iniciaron el camino de vuelta, pero pararon a pasar la noche en un hotel y Tyler desapareció. Los hombres regresaron para hablar con su jefe y le habían dejado solo allí. Entonces fue cuando Malcom no tuvo más remedio que contárselo todo. El nombre del narcotraficante era William Thomas y era un americano afincado en México por todas las causas pendientes que tenía en los Estados Unidos. Y era realmente peligroso, pero Malcom dudaba que le hubiera matado más aún después de ponerle el cebo del millón de dólares. Así que llevaban días esperando una llamada para que les pidieran un rescate o algo, pero hasta el momento nada. Silencio absoluto, lo que la estaba matando por dentro. Durante esos años le

había tenido en la distancia, pero ahora, ahora su ausencia la estaba carcomiendo por dentro porque temía no verle más al otro lado de la valla, no verle más en misa ni por el pueblo, no ver más su sonrisa ni sentir sus labios y era algo que no podía soportar.

La puerta se abrió y su hermana entró en la habitación llevando una taza de café y unos bollos en un plato. —Mamá me ha dicho que te traiga esto.

—No me apetece.

—Casi no has comido nada en estos días, Shanaya.

No contestó mirando por la ventana. Natasha suspiró dejando el café y el plato sobre su antigua mesa de estudio antes de sentarse a su lado. —He tenido una idea —susurró—. Pero si te la digo mamá me va a matar.

La miró sin entender.

—¿Recuerdas mi experimento de ciencias del año pasado?

—¿La catapulta a la que le pusiste un control remoto para que lanzara aun estando a cien metros?

—Ese.

—Te catearon.

—Sí, fue muy injusto. Mira que decir que eso no era ni científico ni original ni nada de nada. La señora Garner la tiene tomada conmigo.

—Al grano, Natasha.

—Puedo fabricar varias y lanzaremos cócteles molotov a la finca. La he visto por Google Earth y...

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Son imágenes por satélite, claro que sale.

Se levantó en el acto. —Muéstramelo.

Fueron a la habitación de su hermana que tenía el ordenador portátil abierto. Se acercó a toda prisa a la pantalla para ver tres edificaciones rodeadas de lo que parecía un muro. —¿Cómo sabes que es esta?

—Porque no hay otra en la zona aparte de unas casas en ruinas a unos kilómetros de esta. Además, fíjate, es la casa de un millonario. Tiene piscina, una pista de tenis y hasta un Hummer. Un coche muy caro, ¿no crees? Qué pinta una casa así en medio de la nada. Es raro, muy raro. Tiene que ser esa.

Miró la imagen fijamente y señaló la casa del medio. —Esta es la casa principal.

—Eso creo.

—¿Pero cómo sacaremos a Tyler de ahí?

—¿Quién ha hablado de sacarlo? Yo creía que querías vengarte.

Palideció porque era evidente lo que pensaba. —No está muerto.

—Shanaya...

—¡No está muerto! ¡Le tienen retenido por algo, pero no está muerto!

—¿Por qué piensas eso? No han pedido rescate ni nada.

Desesperada cogió su brazo. —Tiene que estar vivo.

Natasha apretó los labios antes de mirar la pantalla. —Pues a la mierda el plan porque si está ahí dentro no podemos quemarlo todo.

Shanaya miró la pantalla. —¿Estas son las coordenadas?

—Sí.

Cogió un block y las apuntó.

—¿Qué piensas hacer?

—Haz esas catapultas, hermana. Las voy a necesitar.

Vio cómo iba hacia la puerta. —Pero...

—¡Hazlas!

Bajó las escaleras a toda prisa y corrió fuera de la casa. Elisabeth vio por la ventana de la cocina que corría hacia el granero y frunció el ceño secándose las manos. —¿Natasha?

—¿Sí, mamá? —gritó desde arriba.

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—Que está triste, mamá.

—¡Eso ya lo sé! ¡Baja aquí ahora mismo!

Escuchó como bufaba y bajaba las escaleras como si fuera un elefante antes de llegar a la cocina y mirarla con aburrimiento. — ¿Sí?

—Me parece muy raro que tu hermana, que se ha pasado días sin salir de la habitación, muestre tanta energía de repente.

—Es el café que le he llevado, que le ha dado vidilla.

—¡Vidilla te voy a dar yo como no me digas lo que pasa!

—Leche mamá, qué radar tienes.

—¡Y a veces se me queda corto! ¿Qué hace tu hermana?

—No sé, de verdad. Solo le he enseñado la casa del narco en Google.

Parpadeó. —¿Que has hecho qué?

—¿Tú crees que Tyler sigue vivo?

Elisabeth corrió hacia la puerta de la cocina y sin aliento fue hasta el pajar. Cuando llegó a la puerta vio a su hija que tenía en las manos las cadenas que usaban en el tractor para arrastrar las reses muertas hasta el hoyo. —¿Qué haces?

—Nada. Ya era hora de colocar esto un poco. —Tiró las cadenas al suelo al lado de una cizalla y fue hasta la pared donde estaban las herramientas.

—¡A mí no me tomes por tonta!

—Pues como no eres tonta no sé para qué preguntas. Voy a ir a buscar a Tyler. —Agarró un martillo y una barra de uñas antes de ir hasta los bidones de gasolina y moverlos para comprobar su contenido.

—Hija...

—No vas a convencerme y ese musculitos no va a detenerme, así que déjalo estar.

—¡No quiero que te maten también!

La fulminó con la mirada. —Está vivo —dijo entre dientes—. Está vivo y me necesita, así que voy a ir.

—Malcom me ha dicho esta mañana que después de tantos días sin recibir noticias seguramente ya estará muerto y yo le creo.

—¿Le crees? ¡Ha demostrado ser un incompetente! ¡Estaba con sus hombres de vuelta a casa y desapareció ante sus ojos! ¡Menudos profesionales de mierda! ¡Se lo llevaron de la habitación de al lado sin que se enteraran! —gritó fuera de sí—. ¡Así que no te fíes de lo que digan esos inútiles!

—Vaya, menuda opinión tienes de mí. —Malcom apareció en la puerta. —Pero no puedo culparte por ello.

Mirándole con desprecio agarró un hacha y Malcom miró todo lo que estaba tirando en el suelo. —¿Y qué piensas hacer tú sola?

—Asaltar la casa. Solo necesito una distracción y mi hermana me la acaba de proporcionar.

—¿Y después qué? —preguntó cruzando sus fuertes brazos.

—Después le buscaré.

—No está en la casa.

Se le cortó el aliento y volvió la vista para mirarle a los ojos. —¿Está vivo?

—Está vivo, pero le tienen a varios kilómetros de allí. En lo que ellos llaman el almacén.

—Donde tienen la droga.

—Exacto. Está lleno de hombres armados para proteger la mercancía.

—Y no nos has dicho nada, de hecho me has mentido esta mañana —dijo Elisabeth impresionada—. ¿Sabes el calvario que han pasado mi hija y los padres de Tyler pensando que había muerto?

—Lo sé, pero no quería dar falsas esperanzas. Todavía muchas cosas pueden salir mal.

—¿Sabes por qué le retienen? —preguntó Shanaya ansiosa.

—Quieren el millón. Al principio querían que Tyler hiciera una transferencia a la que se negó, pero el jefe se lo pensó mejor porque también te quiere a ti. El tipo que mataste cuando te tiraste del caballo era hermano del narco. Por eso es esencial que no salgas de estas tierras.

—¿Pero es que son todos parientes? —preguntó su madre incrédula.

—No es raro que los que se meten en este negocio se rodeen de familiares. De hecho, es muy habitual.

—Dios mío, ¿y cómo no supisteis que eran hermanos antes de que Tyler fuera hasta allí para negociar con él? —gritó Shanaya histérica.

—No son hijos del mismo padre, no tienen el mismo apellido, así que no nos dimos cuenta.

Se llevó las manos a la cabeza y sollozó. —Está vivo. Aún está vivo. —Frenética intentó pensar. —¿Cómo has averiguado todo eso?

—Les tenemos vigilados y hemos conseguido meter una cámara en uno de los barriles de ácido sulfúrico que entraba en un camión. Hemos tenido suerte porque lo han colocado en un lugar desde donde se ve todo el interior. Hemos visto como sacaban a Tyler de un cuarto para obligarle a que te llamara. Pretendían que tú llevaras el dinero y así matar dos pájaros de un tiro, pero se negó.

Palideció por las consecuencias que debía haber tenido aquello.

—Está vivo, que es lo que importa. Mañana por la noche que es cuando menos gente hay en el lugar, asaltaremos el almacén y sacaremos a Tyler, por eso no vas a salir de aquí.

—¡Tienes que ir ya!

—¿Estás loca? ¿Sabes cuántos hombres hay allí en este momento?

—¿Y si le matan mientras tanto? —gritó fuera de sí.

—¡Es lo único que podemos hacer, también tengo que proteger a mis hombres, Shanaya! Mañana por la noche es más seguro y es cuando se hará.

Le miró con odio. —¡No pienso dejarle allí ni un minuto más de lo necesario!

Pasó ante él furiosa y Malcom gritó —¿Y qué piensas hacer?

—¡Demostrarte cómo somos los de Texas!

Elisabeth entrecerró los ojos. —Inútil. —Se volvió para correr tras su hija y cuando llegó a la cocina la vio hablando por el teléfono que estaba atornillado a la pared.

—Sí, padre. Cuantos más mejor, pero tiene que ser muy discreto, por favor. No puede enterarse la prensa. Ahora llamaré al padre de Tyler para que avise a sus vaqueros. Nos encontraremos a las afueras del pueblo, en el mirador. —Miró el reloj de la pared. — Dos horas. A las dos en punto. Tenemos que sacarle de allí cuanto antes. —Colgó el teléfono y empezó a marcar. —Mamá mete en una

bolsa todo lo necesario para curar heridas, munición y agua. Ah, y algo de comer, no sé si le han dado de comer.

—De acuerdo.

Malcom entró en la cocina en ese momento. —No sabes dónde está el almacén.

—Pero me lo vas a decir —dijo entre dientes—. Porque sino buscaré a un periodista y se lo contaré todo. Cómo tu empresa de seguridad no protegió a mi hombre. ¿Crees que tendrás muchos clientes en el futuro? Apuesto lo que sea a que no.

Malcom apretó los labios. —Yo no soy el enemigo.

—¡Sí que lo eres! ¡Los inútiles de tus hombres no le protegieron! ¡Se confiaron porque salió de la casa!

—¿Y no te has preguntado por qué le dejaron salir? ¡Porque ellos estaban allí y no sabían cuántos más les cubrían las espaldas! ¡No sabían lo que se les podía caer encima o si había policía!

—¿No sabían lo que se les iba a caer encima? Te aseguro que ahora se van a enterar porque ha cogido a un pilar de la comunidad y los texanos no nos quedamos de brazos cruzados.

En la frontera con su padre al lado sonrió al policía entregándole el pasaporte. —Venimos a una boda —dijo sonriendo—. Y todos los que vienen detrás también. Se casa una de nuestro pueblo, ¿sabe? Y estamos todos invitados.

El tipo gruñó como si le importara un pito y su padre hizo sonar el claxon a lo que los suyos hicieron sonar las bocinas como si estuvieran locos de contentos.

—Pasen, pasen...

Su padre no perdió el tiempo y aceleró. Shanaya perdió la sonrisa mirando por el espejo de la visera del coche y vio que el tipo dejaba pasar a todos los vehículos. Asintió satisfecha. —Estupendo, no les han parado.

—Menos mal, no sé cómo íbamos a justificar las armas bajo los asientos.

Shanaya miró hacia atrás. —No veo a Malcom y a sus hombres.

—Saben arreglárselas solos. ¿Crees que seremos suficientes?

—Espero que sí.

—No me gusta que hayan quedado tan pocos en el pueblo. Si vienen los víboras esos...

—No han aparecido en días, ¿por qué iban a aparecer ahora?

—No lo sé, hija. Pero todo esto me da mala espina.

—No tenía buena pinta desde el principio. —Preocupada preguntó —Padre habrá que matar, ¿crees que serás capaz?

—¿Por mi familia? Por vosotros haré lo que sea.

Asintió. —Todavía estoy impresionada por todos los que han venido.

—Tyler es uno de los nuestros y tú también. Duerme un poco, no has dormido nada en estos días y quiero que estés alerta.

—Estoy bien. Ya tendré tiempo a descansar cuando le tenga conmigo.

Su padre cogió su mano y ella le sonrió.

—Todavía no estás recuperada.

—Estoy mucho mejor y puedo coger una pistola. El brazo del morado ya casi no me duele. Me has enseñado bien y tengo buena puntería.

—Lo sé, incluso mejor que la mía. —Miró por el retrovisor. — Miguel está adelantando.

—Bien.

El hijo del capataz del rancho Woldenberg les adelantó porque conocía la zona y así irían más rápido. Se separarían en dos grupos. Unos irían por un camino y otros darían un ligero rodeo. Había sido idea de Malcom y no le pareció mal porque tantos vehículos llamaban la atención.

Cuando Miguel adelantó ella vio que en ese coche iba también el capataz de Tyler y su padre. Michael estaba muy preocupado con la desaparición de su hijo, algo totalmente lógico. Este desde el asiento trasero asintió en señal de saludo y Shanaya forzó una sonrisa. Viendo esa mirada igual que la de Tyler sintió fuerzas renovadas y se dijo que no se iba a detener ante nada con tal de recuperarle.

Ella sola y con el maletín en el asiento del conductor se acercó en el coche y frenó ante la puerta del muro. Muro que tenía en su interior la nave y los vehículos que usaban para transportar la droga. Intentó no tensarse cuando los dos guardias apostados se acercaron armados con ametralladoras mientras ella disimulaba que no veía las cámaras de seguridad que había en cada esquina. Uno de ellos llegó hasta su ventanilla y ella sonrió. —Vengo a ver a tu

jefe. —Palmeó el maletín. —Le traigo algo que está esperando desde hace días y por lo que creo que ha retenido a Tyler.

—¿Y tú quién coño eres?

—Soy la prometida de ese hombre que tenéis ahí dentro y vengo a buscarle.

El tipo se tensó y le gritó al que tenía detrás —¡Abre! —Se alejó diciendo algo por radio a un tal Martín.

Metió la directa y dijo al micro —Están abriendo la puerta.

—Aparca en el lateral este de la nave.

La puerta corredera se abrió por completo y vio la nave. — Hay dos camiones.

—Mejor.

Metió el coche hasta allí y aparcó lo más pegada posible a la nave. Se bajó con el maletín mientras dos tipos la apuntaban. — Tranquilos, chicos. Vengo en son de paz.

Uno la agarró por el brazo quitándole el maletín y la empujó contra el otro. —Cachéala.

Apretó los labios mientras sonriendo con lascivia la palpaba de arriba abajo, aunque no metió la mano entre sus pechos por lo

que no descubrió el micro y como tenía el cabello suelto tampoco se dio cuenta de que llevaba un discreto pinganillo en el oído.

—Está limpia y muy buena —dijo volviéndola al otro que intentaba abrir el maletín.

Ella levantó una ceja. —¿Crees que sería tan fácil?

—Dime la combinación.

—Que te den, solo hablaré con tu jefe.

—¿Cómo sabías que tu novio estaba aquí? —gritó cogiéndola del brazo.

Bien, hora de mentir, esperaba que no se le notara demasiado. —Lleva un chip de seguimiento, idiota. ¿Crees que es tan tonto como para venir hasta aquí sin un seguro?

—¿Un chip?

—Se inyectan bajo la piel. Evidentemente no voy a decirte donde lo tenemos.

—Así que no estás sola.

—¿Crees que soy idiota? Si me pasa algo mi padre lo sabrá. La mitad del ejército mexicano se pasará por aquí antes de que os deis cuenta porque el chip que llevo, como el que lleva mi novio,

emite otra señal cuando no hay signos vitales. ¿Entiendes lo que quiero decir o tengo que hacerte un diagrama?

Le pegó un tortazo que la tiró al suelo. —Serás puta, a mí háblame con respeto —dijo con rabia antes de volverse para gritar—. ¡Mantened los ojos abiertos!

—¡Despejado, jefe! —dijo un tipo desde el muro—. ¡No hay nadie a la vista!

Shanaya se pasó la mano por la boca para limpiarse la sangre y escuchó por el pinganillo —¿Todo bien?

—Perfecto —dijo entre dientes poniéndose de pie.

—¡Dame la combinación!

—No hasta que no vea a Tyler y hable con tu jefe —dijo con voz serena.

El tipo entrecerró los ojos. —Ya viene para acá y está deseando verte. Todavía no ha podido enterrar a su hermano.

Se tuvo que morder la lengua para no decir lo que pensaba. —Ya que tu jefe me va a matar, quiero ver a Tyler como última voluntad.

—Encerradla con él —dijo sacando una navaja para intentar abrir los cierres del maletín.

—Yo que tú no haría eso. Igual tu jefe cree que le has robado dinero si no lo abres en su presencia.

Él la miró con desconfianza. —¿Seguro que es dinero?

—¿Cómo íbamos a salir de aquí sino? Algo tenía que darle a cambio de Tyler, imbécil.

El maletín la golpeó en la cabeza y volvió a caer al suelo. Ese mamón sonrió. —Al menos ya sé que no es una bomba.

—Muy listo. Seguro que te nominan para el Nobel.

El que la había cacheado la agarró del brazo y tiró de ella para levantarla antes de hacer que caminara hacia la entrada de la nave. Sonrió interiormente ignorando la sangre que caía por su mejilla por la bisagra del maletín que la había golpeado en el pómulo.

Al entrar en la nave aquel olor a químico le revolvió el estómago. Serían malnacidos. Cuando vio la puerta donde se suponía que estaba Tyler su corazón se aceleró y esperó ante ella mientras aquel inútil abría el cerrojo. En el interior de aquel cuarto no se veía nada pues no había luz y la que se filtraba desde la nave solo mostraba el mismo suelo sucio que ella pisaba. —¿Tyler?

La agarró del brazo y la metió de un empujón con tal fuerza que cayó de rodillas en medio de la habitación antes de que él cerrara del todo provocando que se quedara a oscuras. O eso creyó ella hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Al mirar hacia arriba vio que había rejillas en la pared que dejaban pasar algo de luz y al revisar la habitación vio un bulto en una esquina. —¿Tyler? —Se acercó de rodillas y alargó la mano. —¿Cielo? —Con miedo por no haber llegado a tiempo tocó su hombro y le volvió para ver su cara amoratada de los golpes. Aterrorizada susurró —¿Tyler? —Se agachó para pegar la oreja a su pecho y al escuchar el sonido de su corazón sollozó del alivio. Se incorporó y le cogió por las mejillas con delicadeza. —Tranquilo mi amor, voy a sacarte de aquí. —Se llevó la mano al oído. —¿A qué estáis esperando?

—No ha llegado —le dijo Malcom.

—Me importa una mierda, hay que sacarle de aquí.

—Si no esperamos nunca estaréis seguros. Hay que ceñirse al plan.

Angustiada cogió su mano. Se debatía entre sacarle de allí cuanto antes o asegurar el futuro de sus familias y estaba aterrada. —Una hora, solo una hora, está muy mal.

—No creo que tarde tanto.

Tyler gimió antes de susurrar —¿Nena?

Miró hacia él y vio que había abierto apenas uno de sus ojos.

—¿Cielo?

—¿Qué haces aquí? —dijo con esfuerzo.

—¿Piensas que te dejaría escapar?

—Debes irte.

Intentó reprimir las lágrimas. —No pienso irme sin ti, así que reserva las fuerzas porque aún falta un poco para que podamos irnos.

—No sabía que eras tan cabezota.

—Pues lo soy, así que vete acostumbrándote.

—Tienes valor, nena.

—¿Eso crees? No, no es cierto. Lo que pasa es que tengo miedo y no me queda otra.

—No, otra no estaría aquí.

—¿Por ti? ¿Por el hijo de los Woldenberg? Cielo, estaría aquí medio pueblo. —Rio por lo bajo secándose las lágrimas. —De hecho, ya están aquí. Bueno, casi están aquí.

—¿De qué hablas?

—Ya te enterarás, cielo. ¿Qué te duele?

—Todo.

—¿Tienes algo roto? ¿Podrás andar?

—Creo que sí. —Con esfuerzo intentó sentarse, pero tuvo que tumbarse gimiendo de dolor.

Serían cabrones. —No te muevas hasta que sea necesario.

—¿Cómo vas a salir de aquí?

—Vamos, vamos a salir de aquí. Tranquilo, que todo está perfectamente organizado. —Rezó para que fuera así y todo saliera bien. Emocionaba vio como cerraba el único ojo que podía abrir. Estaba agotado y no le extrañaba después de días en esas condiciones. Dios, necesitaban salir de allí cuanto antes.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban muy cerca de la pared que daba a la nave. —Cielo, tenemos que movernos lo más lejos posible de la puerta. —Tyler no le contestó y se asustó. — ¿Cielo?

Comprobó el pulso en su cuello y se dio cuenta de que se había desmayado. Asustada le agarró por debajo de los hombros y a pesar del dolor de su herida tiró de él con todas sus fuerzas. —

¿Sabes? No tenía que haberme mudado aquella noche. Tendríamos que haber hecho el amor una y otra vez hasta quedar exhaustos. Todo hubiera sido muy distinto. —Tiró de él de nuevo y cuando su espalda chocó con la pared suspiró del alivio. —Ya está. —Se sentó a su lado y vio que donde había estado antes había una botella de agua vacía. Esperaba que la hubiera bebido hacía poco. —¿Malcom?

—Está a dos kilómetros. Ya estamos en posición para asaltar su coche.

Cerró los ojos aliviada. —Estoy preparada. —Sintió que la rabia la recorría. —Espero que no sobreviva.

—No pienso dejar cabos sueltos.

Asintió. —Bien. —Apoyó la cabeza en la pared. Ahora solo quedaba esperar. Pasó la mano por el cabello de Tyler. —¿Sabes cuándo me enamoré de ti? Era mi primer día de colegio y yo de la mano de mi madre vi que llegabas a la parada del autobús. Tenías nueve años y sonreíste a mi madre ignorándome totalmente. Empezaste a preguntarle por el rancho. La dejaste impresionada con todo lo que sabías del negocio y supo en ese momento que serías un digno sucesor de tu padre. —Rio por lo bajo. —Te adoraba, esa noche no dejó de hablar de ti en la cena, pero yo solo pensaba que cuando fuera mayor tenías que ser mi novio. ¿No es increíble? Y

nunca se lo dije a nadie. Te miraba en el autobús, cuando coincidíamos, pero jamás le dije a nadie lo que sentía por ti. Cuando me hice algo mayor, me di cuenta de que sería muy difícil conquistarte con todas las chicas que te perseguían. Y míranos ahora. —Acarició su cabello. —Daría lo que fuera por volver a aquella noche que pasamos juntos. ¿Si te hubiera mostrado mi rostro todo hubiera sido distinto? —Suspiró. —Tienes razón, tengo que dejar de torturarme. Lo pasado pisado.

La explosión de su coche la hizo chillar y se tiró sobre Tyler para protegerle. Otra explosión hizo temblar la nave y la pared de enfrente salió despedida provocando que un cascote cayera sobre su espalda antes de caer al suelo. Apretó los dientes intentando soportar el dolor. Sin aliento levantó la cabeza y vio como varias personas gritaban cubiertas de llamas por los productos químicos. Todo empezaba a arder rápidamente y se asustó por si se quedaban atrapados. Se levantó a toda prisa. —Vamos cielo, hay que salir de aquí. —Con los cascotes no podía arrastrarle. Se levantó para apartarlos y saltó lo que quedaba de muro para intentar abrir la puerta. Mierda, ya podía haberse abierto con la explosión. Volvía a entrar cuando escuchó los disparos. Tosió y ahí sí que se asustó porque era evidente que ese humo era toxico. —¡Tyler! —Tosió y se

acercó a él tropezando con un pedazo de muro. Le agarró por las muñecas y tiró de él. —Vamos, cielo. Tenemos que salir de aquí.

Una sombra la asustó y al ver a Malcom con una ametralladora en la mano casi llora del alivio. Él pasó por encima del muro para acercarse a toda prisa. —Sal con cuidado, no sé si queda alguno vivo.

—De acuerdo.

Le entregó la ametralladora antes de coger a Tyler y cargárselo al hombro. —Joder, cómo pesa. —Tosió. —¡Corre!

Salió a la nave tapándose la boca. El calor ya era insoportable y tuvo que pasar sobre un muerto para avanzar. Corrió hacia la puerta donde estaba su padre y Michael que esperaba a su hijo. Su padre se acercó para cogerla por la cintura mientras tosía con fuerza. —Ya está, hija. —La llevó hasta un coche y la subió. Tosió con fuerza y antes de darse cuenta su padre se sentaba a su lado y aceleraba saliendo de allí a toda prisa. —¿Qué haces? —Tosió de nuevo y asustada miró hacia atrás. —¡Tyler!

—Se lo llevarán ellos.

—¡No!

—¡Hija, no podemos pasarle así por la frontera! ¡La policía se dará cuenta de que ocurre algo y nos retendrán! ¡Y como se enteren de lo que hemos hecho, estamos muertos!

—¿Y los demás? —En ese momento pasaron al lado de un coche que estaba en llamas con tres hombres muertos ardiendo en su interior. No sintió ninguna pena, solo repulsión.

—Muchos ya se han ido. Somos de los últimos y debemos darnos prisa antes de que lleguen los de la casa grande. —Aceleró saltando un badén en el camino de tierra.

—¡Papá ten cuidado!

—¡No hay tiempo! ¡Debemos llegar a la carretera antes de que lleguen!

Miró hacia atrás y no vio ningún coche. —¡Los nuestros no van detrás! ¡No nos siguen!

—¡Tomarán distintas rutas para no llamar la atención!

La camioneta llegó a la carretera y derraparon cuando su padre giró. Frank miró por el espejo retrovisor. —Estamos a salvo. —Rio. —¡Estamos a salvo! Hija, por un momento creí que no lo conseguiríamos.

Angustiada porque no sabía si Tyler también estaba a salvo dijo —¿Malcom? Malcom, ¿estáis bien? —Frustrada se quitó el pinganillo. —No me contesta.

—Hija, está ocupado salvando el pellejo. Se pondrán en contacto con nosotros cuando puedan, ya verás.

Miró hacia atrás de nuevo esperando que ese momento llegara cuanto antes.

Capítulo 8

Estaban escondidos en un hotel de mala muerte esperando noticias, porque ella se negaba a regresar a casa sin saber si Tyler había conseguido salir de allí.

—Ya han pasado tres horas —dijo exasperada.

Su padre masticando un burrito asintió dándole la razón. — Será que Malcom ha cambiado de opinión y están pasando la frontera. No debe ser fácil con Tyler así.

—¡No me vengas con rollos! ¡Aquí ha pasado algo!

En ese momento le sonó el teléfono a su padre que contestó de inmediato. —¡Sí! —Escuchó lo que le decían al otro lado y asustada se acercó para intentar oír algo. —¿De veras?

—¿Están bien? Pon el manos libres.

—Sí, sí, espera... —La miró a los ojos. —Hija, han decidido llevarle a un sitio seguro hasta que esté mejor.

Asustada le quitó el teléfono de la mano. —¿Sí? ¿Quién eres?

—Soy Malcom.

—¿Dónde está Tyler? —preguntó de los nervios.

—Ahora le está tratando un médico de confianza, todavía no hemos salido de México.

Se llevó la mano a la frente. —¿Qué tiene?

—Es duro de pelar, aparte de los morados, un par de costillas rotas y una muñeca dislocada, nada de gravedad.

—¿Ya se ha despertado?

—Sí, está consciente, su padre no se separa de él.

Apretó los labios porque a ella no le habían permitido ir. —¿Y cuándo...?

—Se puede quedar aquí con el médico.

—¡Ni hablar! ¡No se va a quedar solo!

—No estará solo, uno de mis hombres...

—¡Y una mierda, se viene con nosotros!

—¡Sé razonable! Teniendo la cara así no podemos sacarle.

—Espera. —Miró a su padre. —¿Podrías sacar los asientos de atrás de la camioneta?

—No hay problema. Solo necesito un destornillador y una llave inglesa.

Se puso el teléfono al oído. —Tengo una idea.

Revisando el GPS le dijo a su padre. —Es aquí. —Levantó la vista hasta la puerta doble de madera y su padre pitó dos veces para que les abrieran. Se abrió una ventana en la puerta y después de que un tipo les mirara esta se abrió de inmediato. —Un sitio muy raro para un médico, ¿no?

—Y que lo digas, pero últimamente nos pasan cosas muy raras.

Apretó los labios porque tenía razón y todo había empezado con la muerte de Mildred. Su padre metió la camioneta y Shanaya se bajó de inmediato mostrando su amplio vestido mexicano. La casa parecía de alguien rico, aquello no le gustaba nada. Malcom estaba en la puerta mirándola cabreado. —Espero que tu plan sea la hostia.

—¿Crees que me he comprado este vestido de souvenir?
¿Dónde está?

Le hizo un gesto con la cabeza para que pasara y no dudó en seguirle al interior de la casa donde se estaba mucho más fresco. Abrió la puerta de una habitación y al ver a Tyler sentado en una cama suspiró del alivio. Se acercó a toda prisa. A la luz del día sus morados se veían aún peor. —Cielo, ¿estás bien?

—Nena, tenías que haberte ido.

—No sin ti. No pienso dejarte aquí. —Se incorporó para volverse y sonrió débilmente a Michael. —Bien, nos vamos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el padre de Tyler muy preocupado.

—Simular un parto. Soy americana y quiero parir allí. Voy con algo de prisa.

—¿Y si quieren revisarte? No se fían de los que llegan de esta parte de la frontera.

—Soy una mujer. No suele haber muchas mujeres custodiando la frontera, así que no podrán revisarme. Además, tenemos pasaporte americano, no pueden impedirnos el paso.

Michael miró hacia Malcom que puso los ojos en blanco. —
¿Qué opinas?

—¡Qué como os pillen en la frontera, vamos a tener que dar
muchas explicaciones! Puede quedarse aquí hasta...

—¿Hasta? ¡Porque no tiene documentación! ¿O has
encontrado su pasaporte?

—No, no lo he encontrado —dijo entre dientes—. Pero puedo
conseguirle uno.

—Si en la frontera lo identifican como falso acabará en
prisión.

—¿Hijo?

—Nos vamos, quiero salir de aquí.

Shanaya sonrió. —¿Tenéis un cojín por ahí? Y que sea bien
gordo.

Tumbado bajo los hierros del asiento trasero con una manta
por encima no se le veía, sobre todo porque ella estaba sentada
encima y su vestido caía ocultándole aún más. Su padre iba

conduciendo y Michael iba de copiloto. —Ese Malcom es un inútil — dijo Frank molesto.

—Tranquilo, amigo... Que no verá un solo dólar de los Woldenberg. ¿Cómo vas, hijo?

—Bien —dijo con esfuerzo.

Lo dudaba mucho, con lo alto que era tenía que encogerse y le debía estar doliendo todo el cuerpo.

—Hija, cinco minutos como mucho. No hay mucha cola para pasar.

—Bien. —Agarró la botella de agua y se empapó la cara, el cabello por la frente y la pechera del vestido antes de pellizcarse con fuerza las mejillas para sonrojarlas lo máximo posible. Levantó la cabeza para ver que se acercaban a las cabinas y empezó a respirar agitadamente asegurándose de que un par de rizos húmedos tapaban la herida de la mejilla.

—A ver si te desmayas —dijo Tyler divertido.

—No me hagas reír. —Siguió respirando agitadamente. — Bien, allá voy. —De repente gritó —¡Queréis daros prisa!

—Hija no puedo ir más rápido, hay cola.

—¡Me importa una mierda la cola! —gritó fuera de sí haciendo que los dos que estaban revisando la documentación de los de delante miraran hacia ellos—. ¡No quiero parir aquí! ¡Quiero que mi hijo sea texano!

—¡Hago lo que puedo!

Michael miró hacia ella. —¡Intenta respirar!

—¡Llevo respirando dos horas! —Se agarró la barriga mientras los guardias se acercaban con el ceño fruncido y el otro coche cruzaba la frontera. —¡Se me va a salir!

—Respira hondo, uff, uff... —Ella le fulminó con la mirada. — Niña, cómo te pones.

—¡Esto me pasa por haceros caso! —dijo a grito pelado—. ¡Vamos a pasar unos días en playa del Carmen antes del parto! ¡Vámonos toda la familia! ¡Pues la familia va a aumentar!

—Buenos días —dijo el policía de fronteras a su padre antes de mirar hacia ella que roja como un tomate no paraba de jadear.

Su padre le dio los pasaportes y forzó una sonrisa. —Quiere parir en casa.

—Como es lógico.

El otro miró por su ventanilla y dijo —¿Seguro que está bien?

—¡Cree que estoy bien! —gritó como la niña del exorcista—. ¡Voy a tener un bebé de cuatro kilos por un agujero del grosor de una salchicha! ¡Y no se crea usted que la de mi hombre es muy gorda!

—Hija, intenta controlarte.

Levantó la cabeza mirándolos a todos con odio y cuando sus ojos llegaron al que tenía los pasaportes gritó —¿Qué hace que no mira la documentación? ¡No voy a quedarme aquí todo el día!

Este se sonrojó. —Oh, sí, claro. —Abrió otro pasaporte y pasmada miró a su compañero antes de agarrarse el vientre con fuerza y gritar roja como un tomate.

—Vamos, vamos —dijo a su compañero que les entregó los pasaportes—. Continúen.

—¡Papá, he roto aguas! ¡He roto aguas! ¡No vamos a llegar a casa!

Su padre aceleró saliendo de allí pitando y cuando avanzaron unos metros Frank miró hacia atrás por el espejo retrovisor. — Estamos a salvo.

Escucharon una risa. —Nena, eres la mejor.

Suspiró quitándose el cojín de debajo del vestido. —Leche, respirar así marea y todo. —Se sentó para mirar la carretera. —Para en un área de descanso para que Tyler pueda salir de ahí abajo.

—No le hagas caso, Frank —dijo Tyler—. No quiero que nadie me vea así. Si nos para el sheriff...

—Mi hijo tiene razón. No tardaremos en llegar a casa, es mejor no correr riesgos.

Ella iba a protestar, pero Tyler dijo —Es mejor así y lo sabes, nena. No te preocupes.

Gruñó. —No te preocupes, no te preocupes. ¡Te dije que no vinieras!

—Al menos nos hemos librado de ellos.

—Ah, ¿sí? ¿Y los de Houston? ¡Porque esos aún siguen allí y porque haya desaparecido su capo no significa que no quieran ya su venganza!

—Si llegan hasta nuestras tierras, les esperaremos con las armas cargadas —dijo Michael haciendo que ella le mirara asombrada—. ¡Niña, algo tenemos que hacer!

—¡Si matamos a otro, será primo, hermano, nieto o lo que sea de otro de ellos porque es evidente que meten a sus familiares

en el negocio para conseguir dinero fácil! ¡Esto no acabará nunca porque a nadie le importa excepto a nosotros!

—¿Y qué sugieres, nena?

Parpadeó. —¿No es obvio?

—Pues no —contestaron los tres.

—¿Es que tengo que pensarlo yo todo?

—Nena, cálmate y cuéntanos tu plan.

Respiró hondo y su padre sonrió. —Qué bien sabe llevarla. Cuando se pone así a mí no me hace ni caso.

—Pues yo no pensaba que se ponía así, la verdad. Con lo tímida que parecía —dijo Michael.

—¿Os cuento el plan o no? —preguntó mosqueada.

—Estamos con los oídos bien abiertos.

—Vamos a hacer una compra de droga.

Se hizo el silencio en el coche.

—¿Qué? ¿No os parece una buena idea?

Michael carraspeó. —Niña, ¿y para qué queremos nosotros la droga?

—No queremos la droga, lo que queremos es quedar en un sitio alejado, que suelen ser los sitios que eligen para cosas así o al menos eso nos dicen en las pelis y después les damos matarile a todos. Pero como si fuera un ajuste de cuentas entre los suyos, ¿lo pilláis?

—Sin que el pueblo tenga nada que ver.

—Exacto. Y lo que ha pasado en México puede ayudarnos en eso. Si los policías saben para quien trabajaban, que lo saben seguro, aunque a nosotros no nos hayan ayudado a averiguarlo.

—No es mal plan —dijo Frank.

—¿Y si el que quiere venganza no va a esa entrega? —preguntó Tyler.

Shanaya frunció el ceño. —¿Crees que puede pasar?

—Suelen enviar a sus esbirros. ¿Acaso no envió a dos a mis tierras?

—Bien visto, hijo —dijo Michael orgulloso—. Me ha salido de listo...

—Sí, tan listo que hemos tenido que rescatarle de un cartel de la droga —dijo Frank mosqueado—. Los planes de mi hija siempre funcionan.

—Ha funcionado uno.

—Han funcionado los dos, que fue ella la que ideó venir a por tu hijo.

—Puede que sí, pero mi chico ha doblado ganancias en el rancho desde que tomó su dirección. ¡Es muy listo!

Asombrada vio que empezaban a discutir por quien era el más listo de los dos y Tyler suspiró. —Nena, para esto —dijo como si estuviera agotado.

—¡Callaos! —gritó sobresaltándoles. Ambos se sonrojaron y miraron al frente como dos niños buenos—. De todas maneras, durante unas semanas no podemos hacer nada. Debemos aparentar que todo sigue como siempre y eso implica a Malcom. Los víboras tienen que ver que aún nos protegen como si aún temiéramos su ataque. No puede haber ni la más mínima sospecha de que tenemos algo que ver con la muerte de su jefe, porque entonces a saber lo que podría ocurrir. Más adelante solucionaremos el asunto. De momento a seguir con nuestra vida y recemos porque esos capullos no pasen por el pueblo para hacer de las suyas de nuevo. Pero hagan algo o no tenemos que arreglarlo porque no me fío que dentro de un año decidan tomarse la revancha porque los hombres de Malcom ya no estén con nosotros, ¿entendido?

Ambos asintieron.

—Eso nos da un tiempo para idear la compraventa de droga.

—Nada, que no se baja de la burra —dijo Michael por lo bajo.

—¡Te he oído!

—Hijo, ¿sabes que se parece mucho a tu madre? —preguntó divertido.

—¿De veras?

—No la dejes escapar.

—Eso pienso hacer.

Se puso como un tomate. —Venga ya, cerrar el pico.

Los tres se echaron a reír.

Llegaron a casa de Tyler al anochecer y ya les esperaba el doctor Miller en el porche al lado de Christine. Esta cuando vio el rostro de su hijo se echó a llorar y Michael la consoló abrazándola con ternura mientras le decía que se pondría bien.

—Es duro de pelar —dijo el doctor—. Se pondrá bien, ya verás como sí.

—¿Algún herido? —preguntó Frank preocupado cogiendo el asiento para que Tyler pudiera sentarse.

—El cura se ha roto un tobillo al caerse.

—¿Y cuando se cayó?

—Cuando escuchó la explosión. Se asustó y se tropezó con una rama que salía del suelo antes de que empezara el follón de verdad —dijo divertido—. Por lo demás todo correcto.

—Gracias a Dios que no ha pasado nada más. Hija, sujeta el asiento.

—Eso hago —dijo con esfuerzo—. Ayudadle a salir.

—Puedo solo.

Michael se acercó a él y le agarró con cuidado del brazo para pasárselo por el hombro. —Estoy bien madre, deja de llorar.

—Necesitas ir a un hospital.

—Eso lo decidiré yo, Christine —dijo el doctor observando a su paciente—. Te aseguro que le enviaré si lo considero necesario.

—¡Es muy necesario! —gritó histérica—. ¿No veis cómo tiene la cara? ¿Es que estáis ciegos?

—Mujer, no podemos llevarle al hospital a no ser que sea necesario. —Michael le ayudó a subir los escalones del porche. —No

podemos llamar la atención.

—¡Me importa un pito llamar la atención!

—Nena, ¿tan mal estoy?

—Tu madre exagera, sigues siendo el hombre más guapo del condado —dijo sin pensar. Todos la miraron, hasta Tyler y eso que estaba hecho polvo—. ¿Qué? —preguntó mosqueada—. Solo he sido amable, no os montéis películas.

Tyler rio por lo bajo y gimió de dolor tocándose el costado.

—Chico, a la cama —ordenó el doctor—. Y cada uno a su casa, que tenemos que comportarnos como siempre.

—Hija vamos, tu madre debe estar de los nervios.

—Yo me quedo hasta que el doctor diga que todo está bien.

Frank asintió cerrando la puerta de atrás del coche. — Tenemos mucha tarea pendiente. Los animales no esperan.

—Lo sé. Iré lo antes posible.

Su padre la besó en la sien antes de meterse en la camioneta y salir de allí quemando yanta. Y no le extrañaba, se habían retrasado más de lo que esperaban. Aunque ya habían hablado con su madre por teléfono, no se quedaría tranquila hasta comprobar que estaban enteros. Shanaya se volvió para ir hacia la casa y sus

ojos se encontraron con los de Christine, que parecía mosqueada pues estaba con los brazos cruzados dando golpecitos con el pie en el suelo de madera. —¿Qué?

—Oye, tú no estarás jugando con mi hijo, ¿no? ¿Te casas o no te casas? ¡A mí no me marees!

—¡Acabo de cruzar la frontera para ir a buscarle!

—¡Cómo medio pueblo!

Se sonrojó pues tenía razón. —Yo tengo más interés que nadie, te lo aseguro.

Sus ojos brillaron. —¿De veras? Oh, pues te pondrás mi vestido.

La miró sin entender. —¿Tu vestido para qué?

—¿Para qué va a ser, boba? Para la boda.

Uy, uy, que predecía drama. Mejor cortar por lo sano. —No.

—¿No qué?

—¡Qué no! ¡Qué no van por ahí los tiros!

—¿Va a haber boda o no? —chilló mosqueadísima.

—Maja, tómate una tila o un Valium, que necesitas relajarte —dijo pasando ante ella.

Su suegra jadeó. —Uy, lo que me ha dicho. ¡Estoy muy tranquila! ¡Contesta de una vez! ¿Va a haber boda?

En la escalera suspiró volviéndose. —No me lo ha pedido. — Le mostró la mano—¿Ves algo en estos deditos? No, ¿verdad? ¡Así que no, no va a haber boda! ¡Solo porque tu hijo lo dé por hecho no significa que vaya a haber boda! —Se giró para seguir subiendo.

—Así que mi hijo lo da por hecho...

Shanaya la miró sobre su hombro deteniéndose en seco al ver su sonrisa maliciosa. —Iré bajando el vestido del desván. Ya verás, te encantará.

Gruñó antes de alejarse y gritar —¡Ni hablar!

—¡Primero tienes que verlo para juzgar!

—¡Te casaste hace mil años, estará pasado de moda!

—¡Es intemporal!

Exasperada abrió la puerta de la habitación de Tyler para verle desnudo sobre la cama y al ver los morados del costado palideció. —¿Cielo?

Él forzó una sonrisa. —Estoy bien. Podía haber sido mucho peor.

El médico le miraba el vendaje de la mano y asintió. —Es evidente que quien te ha tratado sabía lo que hacía.

—Al menos ese inútil ha hecho algo bien —dijo ella entre dientes.

—Eres muy dura con Malcom. Esto ha sido culpa mía.

—¡Eso ya lo sé! —Se acercó y puso los brazos en jarras mirando el cuerpo de arriba abajo. Uy, aquella noche no lo había visto de esa manera. Hasta con morados y todo podía revolucionarla hasta quitarle el aliento. Qué abdominales, qué muslos y qué todo. Hasta tenía bonitos los dedos de los pies, los de su padre eran horribles. Dios, no se podía estar más bueno. Carraspeó intentando ignorar su sexo y miró al doctor. —¿Y bien?

—Su tensión está bien y en su rostro no hay más fracturas que la nariz. Le dejaré unas pastillas para el dolor en la farmacia.

—¡Te han roto la nariz! —le gritó como si aquello fuera el colmo.

—Nena, cálmate. —Alargó la mano sana. —Estás agotada, ¿por qué no te acuestas aquí un rato?

Su padre rio por lo bajo mientras ella jadeaba. —Más vale que te pongas bien.

El doctor recogió el maletín. —Si me necesitáis, ya sabéis donde encontrarme.

—Te acompaño —dijo Michael—. Hijo, te doy cinco minutos para que te despidas de tu novia. No vaya a ser que pasen más cosas.

Shanaya se puso como un tomate. —¡Qué no soy su novia!

No le hicieron ni caso mientras se iban de la habitación y le fulminó con la mirada.

—Nena, ¿me ayudas a taparme?

Sin poder evitarlo miró su sexo que estaba algo más duro que hacía dos minutos y acalorada a toda prisa cogió la sábana para tirar de ella hasta cubrirle la pelvis. Él rio por lo bajo.

—No sé cómo tienes ganas de reírte. Tu madre quiere que haya boda.

—¿Y te sorprende?

—Lo dan por hecho, Tyler.

—¿Y te sorprende?

Se miraron a los ojos. —Dame tiempo.

—Te he dado tiempo. De hecho, ha pasado mucho tiempo. Desde aquella noche siete años. —Alargó la mano de nuevo y cogió

su muñeca para tirar de ella hasta la cama. Gimió de dolor y Shanaya se sentó de inmediato. Cuando el dolor cesó se miraron a los ojos. —Estoy bien.

—No, no estás bien. Iré a buscarte las pastillas para el dolor.

—Antes quiero que hagas algo por mí.

Se puso como un tomate. —Olvidalo, no estás para trotes.

Sonrió. —No, no es sexo.

—Ah... ¿Y qué es?

—Deja de decir que no eres mi novia, porque lo eres. Y una novia buenísima.

Parpadeó. —¿Buenísima?

—¿Qué novia cruzaría la frontera para ir a rescatar a su hombre? No puedo dejarte escapar.

—¿En serio quieres hablar de esto? —dijo entre dientes.

—Vas diciendo por ahí que no te he pedido matrimonio. ¿Tengo que hacerlo? Nena, ¿no te he dejado claras mis intenciones? —Acarició su mano emocionándola. —Quiero que seas mi esposa, mi compañera, mi amante y la madre de mis hijos. Quiero compartir mi vida contigo. Quiero despertar a tu lado y me gustaría que tú desearas lo mismo. Nena, sé que lo has deseado en el pasado. Si

aquella noche te metiste en mi habitación es porque deseabas estar conmigo más que nada en la vida, fuiste valiente y aunque las cosas no salieran como tú querías, te pido que seas valiente de nuevo para tener un futuro juntos. Cástate conmigo, preciosa.

Una lágrima recorrió su mejilla mientras su corazón latía desbocado porque deseaba estar a su lado más que nada en la vida. Y parecía que tenían un futuro juntos, un futuro sintiéndose viva a su lado. —Sí.

Él sonrió antes de gemir de dolor y Shanaya se agachó sobre él y le besó en la frente. —Pobrecito... —Besó su sien antes de bajar por su mejilla. —¿Mejor?

—Si bajas un poco...

—Ya, claro. —Se levantó de golpe casi sin creerse lo que estaba a punto de decir —iChristine busca el vestido!

Su suegra gritó de la felicidad al otro lado de la puerta y riendo fue hasta allí para abrirla. —Voy a por tus pastillas.

—Nena...

Le miró

—Tienes un mes.

—Cielo, llevo soñando con esta boda toda mi vida. No necesito ni una semana. Pero habrá que esperar porque te quiero en forma para la luna de miel.

—Ah, ¿luna de miel? ¿Y a dónde vamos?

Sonrió maliciosa. —Ya lo verás.

Capítulo 9

Sentada con su madre, su suegra y su hermana las observó mientras discutían por los centros de flores de las mesas. Y no sabía por qué discutían tanto cuando ella lo tenía más que decidido. Qué manía de querer meter baza en su boda, llevaba una semana de preparativos y no había un día en el que no hubiera una discusión. El teléfono de la cocina empezó a sonar y suspiró levantándose para cogerlo. —¿Diga?

—Te voy a matar, zorra. No creas que me he olvidado de ti. Nadie hace daño a los míos sin que luego derrame su sangre.

Se tensó y miró a su madre que seguía discutiendo. Se volvió discretamente mientras ese psicópata seguía amenazándola. Estaba claro que lo de México no había funcionado al cien por cien y debían hacer algo. Ella no conocía donde se ubicaba su banda y estaba segura de que Malcom no se lo diría por las buenas. Además,

implicar a todo el pueblo en una guerra abierta no era lo que necesitaban. Tenía que acabar con aquello de una vez y debía hacerlo cuanto antes.

—¡Putá!

—Yo tampoco me he olvidado de ti ni del capullo de tu hijo, mamón —susurró—. ¿Qué tal lo lleva en prisión? ¿Lloriquea como lo hacía en la gasolinera la noche que le conocí? Menudo inútil. Allí se lo deben estar pasando de miedo con él. Dime, ¿lloriquea?

—¡Serás puta! —gritó furioso.

—Oh, pero seguro que lo lleva mejor que esos que enviaste y que están bajo tierra, ¿no? Pues te advierto que como se te ocurra aparecer por aquí, terminarás en el mismo sitio, eso te lo juro por mis muertos.

—Tranquila, que me verás pronto, vete avisando al cabrón de tu novio que pienso cortaros el cuello yo mismo.

—¿De veras? Tú no tienes el valor de venir solo, envías a tus esbirros para que hagan el trabajo por ti —dijo con burla.

—¿Crees que soy un cobarde?

—Eso ya lo has dejado muy claro, no hace falta que lo diga yo.

—Mañana por la noche estaré ahí y no me verás llegar. —
Colgó el teléfono y Shanaya levantó una ceja sonriendo por dentro
antes de regresar a la mesa.

Su madre riendo dijo —¿Quién era?

—Los pesados de la compañía de teléfono. ¿Para qué quiero
otro móvil?

Su hermana la miró con desconfianza, pero ella la ignoró para
decir —Rosas blancas con pequeños capullos rosas.

Las consuegras se miraron e hicieron una mueca. —¿Y la
mantelería? —preguntó su madre.

Miró las muestras y empujó una de tela blanca. —Y las sillas
igual. Y nada de lazos y horteradas así. Las fotos las hará Craig
Michaelson y la orquesta será la de la fiesta de Navidad. —Miró a su
suegra. —No llevaré tu vestido, no es de mi estilo.

—Pero niña, no dará tiempo a hacer otro.

—Ya está terminado.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Es el vestido de Mildred.

Todas se quedaron de piedra y apretó los labios. —En realidad
estamos juntos gracias a ella, así que tiene que estar en la boda de

alguna manera. Además, es precioso y eso que me ahorro. —Miró a Natasha. —¿Lo has conseguido?

—¿Dudas de mí? Mil pavos.

Bufó porque era más de lo que esperaba, pero un día era un día.

—¿De qué habláis? —preguntó Christine.

—Es una sorpresa. —Se levantó. —Tengo que trabajar, ya está bien de vagar. Natasha, a estudiar que tienes los finales.

Bufó levantándose de la silla y su madre dijo —Quedan mil detalles por decidir.

—Mientras el novio esté allí, lo demás me da igual. Os dejo vía libre. —Escuchando las exclamaciones de alegría sonrió, pero esa sonrisa le duró muy poco recordando la llamada de teléfono. Ese capullo no le iba a fastidiar la boda.

Llamó a la puerta y sin esperar a que contestara abrió para encontrarse a Tyler sentado en la cama, intentando ponerse la camiseta. —¿A dónde te crees que vas?

—Nena, que tengo dos costillas rotas y no es para tanto.

—No, lo que es para tanto es tu cara, que todavía está hecha un cromo.

—¿He perdido sexapil? —preguntó divertido.

Se lo pensó y él entrecerró sus amoratados ojos. —¿Lo he perdido?

—Bueno, he de confesar que así no estás muy atractivo que digamos.

—Vaya, gracias. Ahora ven aquí y dame un beso.

Soltó una risita y se acercó para darle un suave beso en los labios. Cuando se apartó a toda prisa él gruñó. —Me da la impresión de que no vas a dejar que te toque hasta la boda.

—Qué listo eres. Vamos a hacer las cosas bien. —Puso los brazos en jarras. —No puedes salir así, lo sabes.

—Estoy harto de este encierro, solo quiero bajar para cenar con los demás. —Vio sus pantalones llenos de barro y como no llevaba botas dedujo que estaban tan sucias que las había dejado en el porche. —¿De dónde vienes?

—Del pico del toro.

—¿Y qué has hecho allí?

Le ayudó a bajarse la camiseta.

—Se me escaparon un par de reses y fui a buscarlas.

La miró fijamente. —¿Nena? En esos cuatro meses que estuviste fuera cercamos esa zona para que no subieran la colina.

Anda. —Ya, pero la han roto.

Él juró por lo bajo. —Haré que alguien vaya a repararla.

—Ya lo he hecho yo.

—¿De veras? —Ahora sí que la miraba con desconfianza antes de bajar la vista hasta sus piernas. —Pues es mucho barro para no haber llovido en condiciones en varios meses por esa zona.

—Oh, es que esto no es del pico es de un abrevadero que se ha roto el grifo y ha desbordado.

—Qué pérdida de agua.

—Ya.

Él se levantó y se miraron a los ojos. —Nena, ¿me estás ocultando algo?

—¿Qué te iba a ocultar?

Tyler sonrió. —Claro, como tú no ocultas cosas.

Palideció dando un paso atrás. No podía creer que se lo echara en cara después de saber todo lo que había sufrido por ello.

—¿Me lo vas a recordar cada vez que discutamos?

—¿Estamos discutiendo?

—¡Ahora sí! —Fue hasta la puerta. —No sé para qué he venido. ¡Para que me trates así!

Cerró de un portazo y Tyler gruñó saliendo de la habitación tras ella. La encontró en el porche poniéndose las botas. —¡Nena, como me entere de que me ocultas algo más, me voy a cabrear!

Ella no contestó nada bajando los escalones del porche.

—¡Shanaya!

Se subió al caballo y cogiendo las riendas le miró fríamente. —Si fueras sincero contigo mismo reconocerías que tú tampoco querías saberlo. Por eso me colgaste tan rápidamente para después irte de vacaciones.

—Nena, yo...

—¡No querías un bebé, tú mismo me lo dijiste! ¿Y tienes el valor de echarme en cara porque te lo oculté? ¿Porque se lo oculté a todo el mundo? Ahora es muy fácil olvidar como actuaste tú. ¡Aquella noche me animaste! ¿Recuerdas lo que me dijiste mientras bailábamos? ¡Qué si tuviera dos años más no me dejarías escapar! ¡Eso me dijiste y yo te quería!

Preocupado se acercó. —Nena, lo sé...

—¡Lo sabes como sabes lo mal que lo pasé después, por eso te acercaste aquel día ante la casa de Mildred! ¡Porque tenías remordimientos! —gritó con rabia—. ¡Sabías que era yo!

—No, nena. Conmigo eras muy tímida, jamás hubiera pensado que...

—¡Lo supiste cuando te diste cuenta de que era virgen!

Él apretó los labios. —No quería creerlo.

—Pero continuaste, no encendiste las luces ni te detuviste. Es más cuando me fui tuve que abrir la puerta y la luz del pasillo estaba encendida. ¡Me viste y les has mentado a todos!

—No te vi porque... Me volví para no verte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Porque ya sabías quien era. —Él se mantuvo en silencio. —Te largaste a ese viaje con tus amigos sabiendo que yo quería hablar contigo.

—Jamás creí que fuera por un embarazo hasta que...

—Venga, cuéntalo. Es hora de sincerarse.

—Hasta que en el viaje Jett me dijo que su hermana estaba embarazada. Ahí recordé que aquella noche no usé nada.

—Por eso te acercaste a mí ante la casa de Mildred —dijo con rabia—. Qué suerte tuviste de que ya lo hubiera solucionado yo.

Tyler entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho? Fue algo natural. En su carta, Mildred...

—La tarde anterior me caí del caballo.

Él agarró las riendas y furioso preguntó —¿Lo hiciste a propósito?

Una lágrima recorrió su mejilla sintiéndose tremendamente decepcionada. —Me mentiste. Me dijiste que si lo hubiera hecho, te habría dado igual y es mentira.

—¡Contesta a la pregunta!

—Si te dijera que sí, ¿qué pasaría, Tyler?

Dio un paso atrás mirándola como si no pudiera creérselo. — No, no serías capaz.

Era evidente que lo suyo no tenía futuro porque siempre estaría entre ellos lo que había ocurrido en el pasado. ¿Acaso ella había podido olvidarlo? Siete años se había torturado con ese tema y ya estaba bien. Meterse en un matrimonio en el que llevaran eso a sus espaldas, era destinarlo al fracaso. Era hora de terminar con aquello de una vez y empezar de cero. Sin él. Entonces mirando sus ojos se dio cuenta de por qué no había ido a la universidad, por qué no se había ido antes del pueblo. Había sido por él, porque no verle,

aunque fuera unos minutos a la semana en la iglesia del pueblo, era absolutamente desgarrador para ella y más en aquel momento en los que esperaba una sonrisa y puede que algún día una invitación. Pero después llegaron los remordimientos, la pena y el dolor. Se negó a sí misma cualquier felicidad porque se había ganado ese sufrimiento y cuando llegaron sus sonrisas huyó de él porque creía que no le merecía. Que no le merecía... En ese momento se daba cuenta de que era él quien no la merecía a ella y el dolor que estaba atravesando su vientre era devastador, pero aun así intentó no mostrarlo sin darse cuenta de que las lágrimas ya recorrían sus mejillas. No, no podía casarse con él. Esos cuatro meses fuera de casa le habían enseñado que había otra manera de vivir, otros mundos al alcance de su mano y por mucho que doliera separarse del hombre que había amado casi toda su vida, debía hacerlo por el bien de los dos, así que mintió. —Sí, fue a propósito.

Tyler separó los labios de la impresión. —Me estás mintiendo.

—No. Es más, me puse de pie sobre la grupa antes de tirarme. —Su labio inferior tembló. —Pero en ese momento no sangré y creí que no había funcionado.

La cara de Tyler mostró su alivio. —Y no funcionó, nena. Si no sangraste entonces...

—¡Da igual! —gritó con rabia—. ¡Lo que importa es que lo intenté y al final lo hubiera hecho! ¡A lo mejor si hubieras contestado esa llamada todo hubiera sido muy distinto, pero no fue así! —Apretó las mandíbulas. —No puedo seguir con esto.

—No pasa nada, lo dejaremos atrás y...

—¡Nunca quedará atrás si estamos juntos! ¡Siempre habrá comentarios como el de hace unos minutos!

—Shanaya.

—Se acabó. No quiero casarme contigo. Como dijiste, ya está bien de torturarme por algo que ya no puedo cambiar. Tú sigue tu vida que yo seguiré la mía, es lo mejor que podemos hacer. —Se lanzó a galope mientras él la llamaba a gritos.

Mientras cabalgaba como si la persiguiera el diablo recordó aquella noche, sus caricias, sus besos apasionados y lo completa que se sintió a su lado. Un sueño que no volvería a repetirse y tendría que convivir con ello.

Esa noche él apareció por casa de sus padres y Shanaya no pensaba ocultarse, sabía que tarde o temprano insistiría. Bajó los

escalones mientras en el hall la observaba y caminó hasta él. —Joder nena, no me mires así, no fue una frase con intención de hacerte daño.

Sonrió con tristeza. —Da igual, esa frase solo ha mostrado que es algo que nunca desaparecerá. Solo ha demostrado que no te da igual, que te importa lo que ocurrió y lo que hice por deshacerme de nuestro bebé. Tu reacción lo demuestra y ahora serás tú el que no lo olvide.

—No me importa —dijo intentando coger su mano.

Se apartó a tiempo de que no la tocara. —Sí que te importa. No lo querías, pero sí te importa lo que hice. Esto no tiene futuro, Tyler. Con otra mujer...

—¡No quiero a otra mujer!

—Pues yo sí quiero a otro hombre.

Él dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¿Qué has dicho?

—Un hombre que no me juzgue, que no me culpe, que cuando le llame me apoye.

—¡Tenías dieciséis años!

—Y te daba vergüenza.

—Joder nena... —Nervioso se pasó la mano por el cabello. —
Eras muy joven.

Sonrió con ironía. —Siempre supiste que había sido yo y me apartaste hasta que tuviera la edad que todos piensan que es la correcta. No te culpo, es normal. Pero para mí daba igual tener dieciséis que dieciocho porque mi amor era sincero. Y es un amor que se ha ido apagando poco a poco.

—Si no me quisieras no hubieras arriesgado la vida en México. ¡Me sigues queriendo!

—Reconozco que este tiempo que hemos pasado juntos me ha hecho hacerme ilusiones. Pero las ilusiones solo llenan el alma temporalmente porque llegan las realidades y cuando abres los ojos te das cuenta de que hay cosas que no se pueden cambiar. Y ese es nuestro caso. Sigue con tu vida como cuando te fuiste de viaje, Tyler. Sigue con tu vida como en estos últimos años. Olvida lo que ha pasado y tu empeño por tenerme a tu lado.

—¡No puedo! —gritó frustrado.

—¡Yo necesito olvidarte!

Tyler palideció. —No digas eso.

—Ya no puedo más —susurró rogándole con la mirada—. Si te importo algo déjame en paz.

Al ver el dolor en su rostro, el sufrimiento que había arrastrado todos esos años dio un paso atrás de la impresión.

—Vete de mi vida, por favor —le rogó rota por dentro.

Tenso preguntó —¿Te vas del rancho?

—Todavía no sé lo que voy a hacer. Mis padres y mi hermana me necesitan y yo a ellos. Pero si me quedo no voy a cambiar de opinión. Nunca debió empezar de nuevo y más vale zanzarlo cuanto antes.

—Lo que empezó aquella noche nunca terminó, nena. Y nunca terminará porque nos une algo mucho más fuerte que los errores que hayamos cometido. Cuando te des cuenta de ello, estaré ahí porque yo no pienso rendirme.

Se miraron a los ojos en silencio y Shanaya negó con la cabeza. —Siento que digas eso, porque yo voy a hacer todo lo posible para dejarte claro que esto se ha acabado.

—Veremos quién gana.

Se fue dando un portazo y su madre salió de la cocina mirándola con pena. —Hija, te quiere.

—Pues entonces que me deje en paz —dijo rota de dolor.

Elisabeth se acercó y le acarició la mejilla. —Todos cometemos errores. Seguro que se arrepiente de haberte dicho esa frase.

—Lo sé y por eso duele tanto, mamá.

Capítulo 10

Montada sobre su caballo supervisaba como bajaban las nuevas reses del camión. Sintiendo ansiosa, llevó su mano a la cartuchera que tenía en el cinturón como si necesitara asegurarse de que seguía allí, cargada y lista para disparar. Esa noche ese cerdo aparecería, pero estaba segura de que intentaría sorprenderla con la guardia baja porque era un cobarde. Y también estaba convencida de que no iría solo. Miró sobre su hombro para ver que había un hombre de Malcom en la verja más cercana a la carretera general. Seguían con ellos pues eran muy conscientes de que aún tenían tatuada una diana en la frente, pero eran tan inútiles que la ponían de los nervios. Esa mañana ni se habían dado cuenta de que su hermana se había ido al instituto. Y había salido de la finca en su propio coche, lo que la sacó de quicio porque nadie la había seguido

para asegurarse de que llegaba bien. Tuvo que ir hasta el instituto para comprobar que su hermana estaba en clase.

Escuchó un sonido de la radio antes de oír la voz de su padre.
—Hija, ¿ya han terminado?

Cogió la radio de la cinturilla del pantalón y apretó el botón antes de decir —Quedan dos. Acabarán enseguida.

—Déjalas ahí pastando para que se relajen del viaje. En media hora te veo en el antiguo establo.

—Perfecto —dijo revisando el abrevadero para que no les faltara el agua. Aseguró la radio al cinturón y fue hasta el camión donde intentaban sacar a la última—. Esa no.

Los hombres que estaban tirando de ella porque no quería salir la miraron sorprendidos. —Si es un ejemplar magnífico.

—Pues se la vendéis a otro —dijo mirándola—. Ya ha parido antes y a saber cuántas veces, no la quiero. Decidle a vuestro jefe que me envíe otra esta misma semana o que no le pagaré el total que pactamos.

—Pero...

Le miró fríamente. —¿No me he expresado con claridad?

El perro gruñó mostrando sus dientes y el hombre asintió de inmediato. —Sí, jefa.

—Pues arreando que tengo mil cosas que hacer.

Apenas tres minutos después el camión salía de su finca. — Estos se deben pensar que soy idiota —dijo entre dientes antes de girar las riendas en dirección al antiguo establo donde la esperaba su padre. Tomó aire antes de cabalgar a galope hacia allí. Al pasar por el antiguo barracón se detuvo en la sombra y vio el caballo de su padre ante el viejo establo donde estaba el Mustang. Se bajó del caballo mosqueada porque la puerta estuviera cerrada. Su padre siempre las dejaba abiertas, lo que en varias ocasiones les había metido en problemas cuando se habían escapado animales. Le dio una palmada a Tornado en los cuartos traseros y le dijo a su perro —Quédate aquí, amigo. No quiero que te pase nada. —Sacó su pistola mientras el caballo se apartaba unos metros para ir hasta el abrevadero y Shanaya se acercó también escondiéndose detrás. Al mirar la tierra vio que tenía marcas de neumáticos, pero allí no había ningún coche lo que le decía a gritos que ese mamón no había ido solo y quien le había acompañado había alejado el coche para que ella no lo viera. Cogió la radio y pulsó el botón. —¿Papá?

—Dime hija...

La voz de su padre indicaba que estaba nervioso. —Estoy discutiendo por una de las reses con los hombres de Phillipson, tardaré un rato.

—¿Qué ha pasado? ¿Tardarás mucho?

Sí, estaba muy nervioso. —No, unos quince minutos.

—Que no te timen. Llama a Malcom y que te ayude.

La confirmación que necesitaba. —No creo que necesitemos a Malcom, te veo ahora.

Miró hacia la colina que estaba tras el establo antes de jurar por lo bajo, porque habían cogido a su padre y su plan de atraerlos hacia la colina se había ido a la mierda. Con lo que le había costado cavar las tumbas. Bueno, había que ser positiva, las utilizaría igual, solo tendría que trasladar los cuerpos. Ahora tenía que pensar como entrar allí sin ser vista y entonces recordó algo. Miró hacia las tablas nuevas que había al final del establo. —Vamos allá. —Tomó aire y empezó a caminar hacia allí sin perder de vista la puerta porque no había otra salida. Tampoco había ventanas, así que no la podían ver. Llegó a la pared e intentando que no se oyeran sus pisadas sobre la tierra seca se acercó a las tablas que su padre había arreglado. Nunca se le daban bien esos trabajos y arrodillándose solo tuvo que

tirar un poco de la primera tabla para que se soltara. Reteniendo el aliento miró por el hueco, pero solo veía el trasero del Mustang que seguía en su cubículo, aunque sí que escuchó algo, un sonido metálico.

—No hagas ruido, joder —susurró la voz de un hombre.

—Jefe, esto no me gusta. Este sitio es una ratonera. No vemos si llega, ¿y si trae ayuda?

—Si no sabe que estamos aquí, idiota.

—Deja a mi hija en paz.

—La voy a dejar en la paz eterna, viejo. Cierra la boca si no quieres que te la cierre yo.

—Ella no te ha hecho nada, no fue culpa suya.

Shanaya empezó a tirar de la otra tabla despacio para que las puntas no chirriaran al sacarlas de la madera.

—¡Por su culpa mi hijo está en prisión a la espera de juicio y ya le han violado dos veces! ¡Ha intentado quitarse la vida! ¡Esa zorra solo tenía que bajarse del puto coche!

—¡Les amenazó con una escopeta!

Escuchó un golpe y Shanaya se tensó. —O te mantienes callado o vas a morir antes que tu hija, eso te lo juro por mis

muertos.

Su padre no dijo nada más para su alivio y de repente la tabla se soltó. Agarró la pistola y de costado se metió por el agujero. El Mustang que todavía no estaba acostumbrado a ella se inquietó, pero consiguió evitar sus patas cuando intentó patearla.

—¿Qué le pasa a ese bicho? —preguntó el otro hombre.

—Está poniéndose nervioso con vuestra presencia, los caballos son muy sensibles a las emociones.

—Ah, ¿sí? Mick rájale el cuello, no queremos que alerte a esa zorra.

—¿Qué? ¡No! —gritó su padre antes de recibir otro golpe.

Shanaya entrecerró los ojos y vio una cabeza morena que se acercaba cada vez más hasta mostrar el rostro de un tipo con una serpiente tatuada desde la sien a la mandíbula. A toda prisa se levantó disparándole en la frente. El Mustang relinchó levantando las patas delanteras mientras el tipo la miraba sorprendido antes de caer hacia atrás sin vida. El caballo empezó a patear la puerta y Shanaya se subió a uno de los tablones de su cercado para caer en el cubículo de al lado mientras aquel tipo gritaba que saliera o mataba a su padre. Se quedó muy quieta. —¿No me has oído, puta?

¡Le voy a matar! —De repente el tipo empezó a disparar dándole al Mustang en la cabeza y la rabia la recorrió de arriba abajo. —¡Sal, puta! —Volvió a disparar varias veces y una bala atravesó la tabla a la altura de su oreja haciendo que se cubriera con las manos.

—¡Hija, vete! ¡Pide ayuda!

—Te voy a...

Shanaya se levantó a toda prisa y apoyando un pie en el cercado, se elevó con el arma en alto. El tipo a punto de disparar a su padre ni sintió el tiro en la nuca antes de caer sobre Frank, que sentado en una silla maniatado cayó hacia atrás con él encima. Se hizo el silencio y Shanaya con la respiración agitada apuntó a distintos sitios del establo.

—Papá, ¿hay más?

—No, hija. ¿Me lo quitas de encima? Joder, cómo pesa.

Abrió la portilla sin dejar de apuntar con el arma y caminó por el pasillo hasta él. —¿Seguro que no hay más?

—Estaba aquí y oí el motor de un coche. Pensaba que era alguno de los hombres de Malcom y no salí a mirar. Entraron a punta de pistola y después el otro alejó el vehículo hasta la antigua carretera. Tardó en llegar como una hora. Entonces hicieron que

hablara contigo por radio. Lo siento, hija, no pude avisarte, amenazaron con ir a la casa y matar a tu madre y a tu hermana.

—No te preocupes, no estaba desprevenida. —Dejó el arma en el suelo y agarró su musculoso brazo lleno de tatuajes para volverle. —Leche, cómo pesa.

Cuando pudo ver a su padre parecía que iba a echarle la bronca. —¿No estabas desprevenida? Hija, ¿qué has hecho?

—Provocarle para librarnos de él, papá.

—¿Y si viene otro? —gritó furioso.

—No va a venir otro porque nadie sabrá que ha muerto aquí, ¿de acuerdo? Solo tengo que enterrarles y sacar la camioneta del estado.

—¿Solo eso? —preguntó con ironía.

—Solo eso. Un ajuste de bandas, seguro que están mosqueados con lo que pasó en México. Solo será una desaparición más y a los que quedan allí les importamos una mierda.

—¿Cómo estás tan segura?

—Bueno, segura al cien por cien no estoy, porque estos tipos hacen juramentos y esas cosas. La lealtad es muy importante. ¿Pero

al nuevo jefe crees que le preocupa que este desaparezca? Para él mejor, le acabo de ascender.

—¡El segundo era ese!

Miró hacia el pasillo. —¿Ese?

—¡Sí!

—Pues habrá un tercero. Ese estará aún más agradecido. En una profesión tan peligrosa como la suya, seguro que no creía que llegara para vivir el momento de ser el jefe de los víboras.

—Hija, estás fatal.

—Vaya, gracias. Encima que te acabo de salvar la vida.

—¡Estás castigada!

—Papá, no puedes castigarme, soy adulta.

—¿Adulta? Espera que se lo cuente a tu madre. Desátame que ya verás.

Después de enterrar los cuerpos en la antigua colina que habían heredado de su bisabuela, se subieron a sus caballos ya de noche y fueron en dirección a la carretera general en busca del coche. Pero no lo encontraron.

—¿Dónde estará? —preguntó su padre exasperado—. ¡Ya nos hemos recorrido la carretera tres veces hasta donde está el hombre de Malcom!

Preocupada porque era un cabo suelto le dijo —Papá vete a casa. Mamá se preocupará si no vamos a cenar. Dile que he tenido un problema con una de las reses nuevas y que me quedaré con ella un rato por si tengo que llamar al veterinario.

—¿Seguro?

—¿No te ha quedado claro ya que sé cuidarme sola?

Su padre sonrió. —Y bien orgulloso que estoy de ello.

Sonrió y le guiñó un ojo. —No te preocupes si tardo. Igual lo encuentro y me lo llevo lejos.

—De acuerdo. Recuerda quemarlo, los mafiosos hacen eso.

—Descuida.

Su padre se alejó y Shanaya hincó los talones en su caballo para volver sobre sus pasos. Hizo cálculos mentales de cuán lejos podía estar el coche del establo. Había tardado una hora en ir y volver. Su padre tenía muchas cosas, pero calculaba el tiempo como un reloj suizo, estaba segura de que había sido una hora. Una hora. Mucho tiempo para regresar andando, así que había dejado el coche

lejos, pero por muy lejos que iba no lo encontraba. Entonces se le cortó el aliento. Después de comer ella había ido a la descarga mientras su padre dormía la siesta. ¿Cómo sabían que se reunirían en el antiguo establo? Porque su padre se lo había dicho en la comida. Habían hablado del Mustang y de lo que harían. Habían pensado en comprar otros dos caballos y empezar la cría... Lo habían hablado en la comida. Entrecerró los ojos pensando que se estaba imaginando cosas. Ellos no podían haber puesto micros en su casa. Ellos no, pero Malcom sí. Había entrado mil veces en ella con la excusa de comprobar si era segura. El secuestro de Tyler, su mal trabajo, todo encajaba... ¡Dios, les habían utilizado para librarse del que vivía en México, todo había sido un montaje! ¡De ahí su negligencia al protegerles! Por eso tenía contactos en México, todo fue una mentira desde el principio. ¿Pero por qué? ¿Por qué va a ser, tonta? Por la pasta, ese quiere pasta. No, no quiere pasta, Shanaya, se habría quedado con la que había en México que seguro que era mucha y después se hubieran largado, pero se habían quedado... Entonces recordó que el FBI no pensaba hacer nada en su caso. ¿No era raro? Sí que lo era. Recordó también que le habían dicho que todos los que trabajaban con Malcom eran exmilitares. Entonces lo entendió. Exmilitares, trabajaban para el gobierno, por eso el FBI no

había hecho nada. No es que no les estuvieran protegiendo, es que les estaban utilizando como cebo. Incluso puede que les dejaran pinchar alguna de las radios para informarles de donde podían encontrarles en su finca. Claro, les habían dejado entrar en la ratonera para luego liquidarles, pero como eran unos inútiles, algo había salido mal y habían llegado hasta su padre. Pensó en ello un rato. Por eso actuaron en México, ese era el objetivo, acabar con todos, pero de manera discreta. Simulando que otro cartel está implicado. Por eso cuando ella amenazó con ir se puso como loco, porque él ya tenía sus planes. Sintió que la rabia la recorría mirando hacia donde estaba la casa de Tyler. —Y tú lo sabías, por eso te dejaste coger. Eras el cebo que les informaría desde dentro de aquella nave.

Se asomó por la ventana y vio a Malcom hablando con Tyler y sus padres en el salón. —¡Joder, tienes que encontrarles! —gritó su exprometido realmente furioso.

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¿Y si están en peligro?

—Te digo que la casa de los Prescott está segura. ¡Tengo a mis mejores hombres con drones vigilando la zona! ¡Esto acabará esta noche!

Tenía sospechas, pero ni aun escuchándolo se lo podía creer con toda la gente que habían puesto en peligro.

—Mañana seréis libres. Mi equipo de Houston está liquidando el tema mientras hablamos.

—He hecho cada maldita cosa que has sugerido, pero como a Shanaya le pase algo...

Le dio un vuelco al corazón por lo mucho que había llegado a importarle.

—Y he cumplido, ¿no? Esos mamones han muerto en prisión, no os molestarán nunca más y todos los demás han muerto o morirán esta noche. No podía hacerlo justo cuando incendiaron los barracones, hubiera sido sospechoso, pero así... Así solo es un problema de bandas.

—¿Seguro que no tocarán a los Prescott?

—Jefe... —se escuchó. Malcom sacó una radio enorme que tenía asegurada a la pernera del pantalón negro que llevaba. —Dime, Jeff.

—El padre acaba de volver y está lleno de golpes.

Ella juró por lo bajo.

—Parece que le han dado una paliza.

Tyler gritó —¿Dónde está Shanaya?

—No lo sé —dijo el de la radio—. Ha llegado solo.

Malcom sonrió. —Ahora entiendo por qué no les encontramos, tu novia ha zanjado este asunto. Por eso cavaba ayer por la tarde en esa colina.

—¿Cavaba? —preguntó Michael sorprendido.

—Tres nichos, eso es lo que cavó.

Elisabeth se llevó la mano al pecho. —Qué valiente.

—Cuando la pille —dijo Tyler yendo hacia la puerta.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó Malcom furioso—. ¡No se te tiene que ver bajo ningún concepto con la cara en ese estado!

Tyler no hizo ni caso y Shanaya volvió la cabeza para verle bajar del porche e ir hacia su camioneta. Malcom le siguió. —¡Ni se te ocurra ir por la carretera! ¡Como te vea un periodista a la mierda el plan!

—¿A la mierda el plan? —gritó ella enderezándose.

Ambos miraron hacia ella y Tyler no podía estar más sorprendido. —¿Yo te oculto cosas? —Pisó las flores de Elisabeth fulminándole con la mirada. —¿Yo soy la que te oculto cosas?

—Nena... ¡Estábamos en un lío muy gordo!

—¡Eso es, estábamos! ¡Los dos y nuestras familias! ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Niña, si te consuela, al principio nosotros tampoco lo sabíamos —dijo Michael.

—Claro, hasta que le sacamos de allí.

—Si me lo hubiera dicho antes no le hubiera dejado ir.

Dio un paso hacia Tyler. —Llevabas un micro, ¿no?

Este apretó los labios antes de decir —Me implantaron un micro en el interior del oído. Allí no lo encontrarían. Fue el médico que conociste en México.

—Y mientras te molían a palos les ibas diciendo todo lo que pasaba en aquella nave, los hombres que la vigilaban, las armas que tenían, todo.

—Hasta que me encerraron, sí. Los drones no daban señal en aquella zona. No había forma de que Malcom pudiera averiguar lo

que había ni dentro de la casa ni en aquella nave aparte de las imágenes por satélite.

—Claro, y te necesitaban a ti para entrar y dismantelar la organización. Genial, como yo había matado al hermano del jefe, les vinimos estupendamente. La excusa perfecta para que alguien entrara allí.

—Mis hombres aceptaron un soborno para que le secuestraran en el hotel. Todo estaba previsto.

Miró a Malcom como si quisiera matarle. —Felicidades, espero que te den una medalla por esto.

—Solo es un caso más.

—Como nuestras vidas, ¿no? ¡Qué importa un muerto más que menos!

—Te aseguro que a mí sí me importa.

—Por eso nos dejaste ir a México.

—¡Os dejé ir porque estabais a punto de enviar el plan a la mierda!

Apretó los labios. —¿Dónde está el coche?

—En un camión rumbo a Canadá.

—¿No tengo que preocuparme ya?

—No, mañana seréis libres.

Se volvió para ir a por su caballo. —¿Nena? Preciosa, lo hice por nosotros.

Le miró furiosa. —¿Por nosotros? ¡Arriesgué mi vida por ti y en ningún momento, ni cuando te recogí de aquel suelo pensando que estabas medio muerto fuiste capaz de decirme la verdad! Ni se te ocurra volver a acercarte a mi familia o a mí, ¿me oyes? ¡Nunca más te acerques a nosotros!

Capítulo 11

Cinco meses después

Sonrió colgando el manos libres del coche. —Parece que se lo pasa bien en la universidad.

Su madre bufó a su lado. —California, con lo buenas que son las universidades en Texas.

—Mamá, dale un poco de cuerda, ¿quieres?

—¡Para que se ahorque! ¡Seguro que va de fiesta en fiesta! ¡Cómo no lo apruebe todo, la agarro de la oreja y me la traigo de vuelta!

Al llegar al parking apagó el motor y sonrió con pena. —No le va a pasar lo que a mí. Afortunadamente es más lista.

—¿Crees que me preocupa que me haga abuela?

—¿Y qué te preocupa, mamá?

—Que sufra como estás sufriendo tú.

La miró asombrada. —No sufro.

—Le rehúyes, en la iglesia no quieres ni verle ni hablar con él.

—¿Y crees que por eso sufro?

—He estado casada demasiados años y todavía sufro si me enfado con tu padre, aunque se lo merezca.

—Lo nuestro no es un enfado, ha sido una ruptura.

Su madre sonrió con tristeza. —Cielo, tienes el corazón roto y debes hacer algo para repararlo.

—Esto no es una bujía en mal estado. Es que no puedo confiar en él.

—Te falló y...

—¡Me mintió y me puso en riesgo a mí y a mi familia! ¡Pero eso no es lo peor, lo peor es que aparenta que me comprende, pero jamás ha sido así!

—Sí que te comprende.

Furiosa abrió la puerta. —Veo que la charla que tuvisteis ayer fuera de la iglesia ha dado sus frutos. —Se detuvo en seco al ver a Christine ante ella. —Ah, entiendo, esto es una encerrona.

—Hola, Shanaya.

—Si me disculpas he venido a hacer la compra.

—Anda, yo también. Os acompaño.

Gruñó por dentro pensando qué se traerían entre manos ellas dos, que empezaron a parlotear la una con la otra como si fueran amigas de toda la vida cuando antes se saludaban con un buenos días como si no fueran vecinas. Llegaron a la puerta del super y su madre dijo —Hija, el carro.

Asombrada vio como la dejaban atrás como si ella fuera su porteadora oficial. —Tranquila Shanaya... —Fue hasta los carros y tiró del primero, pero estaba enganchado. Empezó a tirar con ganas, pero nada no se soltaba. Entonces la recorrió una mala leche que empezó a pegar fuertes tirones como si estuviera poseída haciendo que varios que estaban detrás la miraran con los ojos como platos.

—Señorita...

Se volvió con cara de psicópata hacia la mujer. —¡Sí!

—Esos están atados con una cadena. Si quiere un carro, coja el de la fila de al lado.

Miró los carros y parpadeó al ver la cadena. Mierda. Como si nada fue hasta el carro de al lado y tiró de él haciendo que saliera

de la fila. —Gracias.

—No hay de qué —dijo apartándose para que pasara como si tuviera la peste.

Al entrar en el supermercado no las vio por ningún sitio y perdió media hora buscándolas por los pasillos del enorme supermercado. Cuando llegó hasta ellas su madre riendo preguntó —¿Por qué has tardado tanto?

—A lo mejor si me hubierais esperado en ...

—Da igual. —Miró el carro. —¿Y el de Christine?

—Elisabeth no te preocupes.

Su madre la fulminó con la mirada. —Tráele un carro a Christine.

Mejor no tener movidas con su madre. —Perdona Christine, no me he dado cuenta. Ahora lo traigo.

—Gracias, cielo.

Regresó a la salida y en el aparcamiento cogió otro carro. Lo estaba sacando de la fila cuando vio una camioneta muy parecida a la de Tyler aparcando al lado de la suya. No, no podía ser. La puerta del conductor se abrió y al ver que su ex bajaba quiso gritar de la frustración. —Pues conmigo no vais a poder. —Entró a toda prisa

con el carro y buscó a aquellas dos alcahuetas que estaban en la sección de ropa femenina con un vestido en las manos. —Ya estoy aquí.

—¿Has visto que bonito, cielo?

—Precioso. ¿Empezamos?

—Te quedaría muy bonito para la fiesta de Navidad.

—Mamá, queda un mes y tengo vestidos de sobra de la boutique de Houston.

—Que nunca te pones, por cierto. ¿Sabes Christine? Le dio más de veinte vestidos a su hermana para cuando se fue a la universidad.

—Qué generosa. Aunque ya sabemos que es muy generosa, se rumorea por el pueblo que tu hermana no consiguió una beca completa y que tú le pagas el resto con el dinero que has conseguido de la casa de Mildred.

—Ella también trabaja en California para pagarla —dijo queriendo cambiar de tema.

—No todas las hermanas harían algo así.

—La mía se merece eso y más. —Se tensó porque le sintió detrás antes de que hablara.

—Hola, nena...

Le miró sobre su hombro. —Hola.

—Hijo, qué sorpresa —dijo Christine exageradamente.

Qué mal disimulaban.

—Tenía que comprar unas camisetas para el trabajo —dijo sin quitarle ojo—. Nena, te has soltado el pelo, estás preciosa.

—Es que hoy le dolía un poco la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo con ganas de salir corriendo—. ¿Hacemos la compra, por favor? Mamá, tengo mil cosas que hacer.

—Es que ahora mi hija ha decidido criar perros de raza. De esos que lleva la policía y el ejército.

—¿De veras? —preguntó su exsuegra.

—Se te dan bien los perros —dijo él—. Billy es un buen ejemplo.

—El departamento de policía de Houston se ha enterado del papel de Billy al salvarle la vida y le preguntaron si puede criar y adiestrar a cinco perros más para su uso. Dicen que el adiestrador que tenían antes ha fallecido y que no encuentran a nadie para hacer ese trabajo.

—¿Tendrás que trasladarte a Houston para enseñar a sus compañeros a cómo tratarles?

—No, eso es lo mejor —dijo su madre entusiasmada—. Serán ellos los que vengan aquí en un periodo de adaptación con sus nuevos perros. Shanaya dijo que si no se hacía así ella no pensaba dar un solo perro, que quería asegurarse de que saben tratarles para no tirar por la borda su entrenamiento.

—Eso vendrá muy bien a la zona —dijo Christine—. Alojamiento, comidas...

—¿Verdad que sí? —dijo mirándola orgullosa.

—Felicidades, nena...

—No es nada —dijo incómoda.

Se hizo el silencio.

—¿Compramos? —preguntó irónica.

—Oh, sí claro.

Su madre metió el vestido en el carro. —Mamá, ¿es para ti? Porque ya te he dicho que no lo necesito.

—Estarás preciosa con él en la fiesta de Navidad. El blanco te queda muy bien.

—No voy a ir a la fiesta de Navidad —dijo entre dientes. Agarró el vestido y lo puso en el perchero—. ¿Ahora compramos la puñetera comida?

Su madre apretó los labios antes de asentir. —Sí, vamos.

Tyler alargó la mano y cogió el vestido para meterlo en el carro de su madre. Ella le fulminó con la mirada. —¿Qué haces?

—Lo que me da la gana, como tú.

—Te va a quedar estupendamente —dijo antes de empujar el carro.

—No es para mí, es para mi novia, seguro que le gusta.

Se detuvo en seco y apretó la barra entre sus manos intentando digerirlo antes de respirar hondo y empujar el carrito dejándole atrás. Tyler apretó los labios antes de decir —Cogeré las camisetas.

Christine y Elisabeth que se habían quedado en shock con la noticia le miraron con los ojos como platos. —Le da igual, ¿no lo veis?

Elisabeth entrecerró los ojos. —Acabas de cagarla del todo. Si lo que buscabas era que te mostrara sus celos, lo has estropeado todo —dijo antes de irse furiosa.

—Se lo ha tomado genial —dijo con ironía.

—Hijo, no la entiendes.

—Sí que la entiendo, pero estoy harto —siseó.

—Pues entonces esto se acaba aquí.

—Pues muy bien.

El día de su cumpleaños hizo que era otro día normal y corriente. Así que se levantó al alba para encargarse de los animales y a media mañana se acercó al pueblo para ir a la ferretería. Estaba comprando unas cadenas para colgar los hombres de paja que había hecho cuando el padre de Tyler entró por la puerta. —Pero mira a quién tenemos aquí... Hola, Shanaya.

—Señor Woldenberg.

—¿Qué tal te va? He oído que has puesto un nuevo negocio.

—Todavía está en pañales.

—Ahora está preparando una especie de circuito para que los perros entrenen—dijo el señor González muy orgulloso.

—¿Ya tienes cachorros?

—No, pero Billy ya me ha preñado a tres de mis mejores ejemplares.

—Eso es estupendo.

—En verano ya empezarán a venir los agentes. Ya está hablado con ellos.

—Más gente en el pueblo, eso está muy bien. Por cierto, felicidades.

—Gracias.

—Anda, es verdad que es tu cumpleaños. Espera que... —El señor González se volvió y cuando lo hizo de nuevo le mostró un paquete.

—¿Qué es esto?

—Te lo han hecho las mujeres del pueblo y me lo han dejado aquí porque sabían que vienes a mi tienda a menudo, sobre todo últimamente. La señora Colbert me dijo que te lo diera en tu cumpleaños si podía ser.

Sin entender nada preguntó —¿Seguro que es para mí?

—Sí, creo que es algo para que te pongas mañana.

Separó los labios de la impresión y Michael carraspeó. —¿No vas a abrirlo? Es un detalle precioso.

—Sí que lo es —susurró. Abrió el envoltorio con cuidado y se quedó de piedra al ver un vestido blanco hecho de encaje. Hasta le dio miedo tocarlo.

—Parece una obra de arte —dijo Michael con suavidad.

—Tengo entendido que han trabajado muchas de las mujeres del pueblo en él —dijo el ferretero—. Es su manera de decirte que están de tu lado por mucho que haya idiotas por ahí que siguen con sus bromas.

Le miró asombrada porque a ella nadie le había dicho nada en mucho tiempo. —¿Aún siguen con sus bromas?

Michael hizo una mueca. —Algún listo que pasado de cervezas se ha ido de la lengua, ya sabes.

—¿En el bar de Mick?

—Mi hijo ha tenido algún encontronazo sin importancia, no te preocupes. Sácalo, me muero por verlo.

Se miró las manos. —No quiero estropearlo y...

Michael le mostró sus manos. —Yo me las acabo de lavar. ¿Puedo?

—Sí, por favor —dijo impaciente.

Con cuidado lo cogió de los gruesos tirantes y lo elevó para dejarlo caer ante ella. Era realmente hermoso. El escote era cruzado sobre el pecho y la tela caía desde ahí en distintas alturas hasta los tobillos. —Parece un vestido de novia —susurró—. Es hermoso.

—Como tú mereces —dijo Michael sonrojándola de gusto mientras lo doblaba con cuidado para dejarlo sobre el papel—. Estarás preciosa.

A ver cómo decía ahora que no tenía pensado ir. La crucificarían en el pueblo. La verdad es que era un detalle precioso por su cumpleaños, no podía negarse ir a la fiesta con todo lo que se habían esforzado. Mierda, ahora tendría que depilarse las piernas. Las piernas y todo lo demás. Uy, y debería ir a la peluquería, ¿no? Miró la hora en el viejo reloj y agarró el paquete. —Tengo prisa. Adiós. —Salió corriendo haciendo que los hombres sonrieran.

—¡Niña, las cadenas!

—Yo se las llevaré, ella tiene otras cosas en las que pensar —dijo satisfecho.

Corrió hasta la única peluquería del pueblo y llegó sin aliento. La señora Harris parpadeó al ver que abría la puerta casi con la lengua fuera. —Niña, ¿hay fuego?

—Necesito cita para mañana.

Sonrió encantada. —¿Para hacer qué?

—Pues...

—Cejas, piernas, peinado, uñas, pedicura...

—Lo que se dice un completo.

—Leslie apúntala a las seis de la mañana.

—¿A las seis de la mañana? —preguntó asombrada.

—Y tráete un sándwich porque estoy segura de que comerás aquí.

Su madre hablaba con la peluquera que le ponía los rulos mientras Leslie la depilaba en una sala privada.

—¡Ay! ¡Ayyy! ¡Serás bruta!

—¿Te quito los del culo?

—¡Yo no tengo pelos en el culo! —dijo indignada. Las que estaban esperando soltaron una risita.

—Unos poquitos.

—¡No seas mentirosa Leslie Lou!

Su hermana que ya estaba allí de vacaciones chasqueó la lengua mientras Betty le hacía la manicura. —Es que está un poco asilvestrada.

—¡Espera que salga y te digo lo asilvestrada que estoy! ¡Ay!

La puerta de la peluquería se abrió y todas volvieron la cara hacia Tyler que se detuvo en seco para decir por lo bajo —Mierda, el baile.

—¿Querías algo?

—¡Ay! ¡Qué me levantas la piel, bestia!

—Oye, soy una esteticien titulada.

—¿Titulada? ¿En dónde, guapa? ¡Si nunca has salido del pueblo!

—¡Me he titulado por internet!

—¿Qué? ¿Qué?

Mirando hacia la puerta dijo —¿Va todo bien?

—Protesta demasiado. ¿Qué quieres, guapo?

—Tenía un corte de pelo.

—Uy, es verdad... Pasa, pasa... Perdonad chicas, no lo recordaba.

Todas estaban de lo más encantadas de tenerle allí, solo había que verlas.

—¡La madre que te parió! ¡Aaaaay!

Tyler se tensó. —¿Qué pasa ahí? Nena, ¿estás bien?

Se hizo el silencio y todas miraron hacia la puerta. —¿Tyler?
—preguntó tímidamente.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose.

—¡No entres! —Se escuchó un gemido de dolor.

Tyler miró a la peluquera. —¿Qué le hacen?

—Mejor que no lo sepas. Hala, a cortar que vas a romper la magia.

—¿Qué?

—Siéntate aquí, hermoso, que te voy a dejar que no te va a reconocer ni tu padre.

Él fue hasta el asiento mirándolas con desconfianza mientras las Prescott le miraban como si quisieran tirársele encima para arrancarle los ojos. Carraspeó sentándose.

—¿Y cómo te va, Tyler? —preguntó Natasha con mala leche—. Hace mucho que no te veo, tengo entendido que tienes noticias que contar. ¿Cómo es esa novia tuya?

Varias jadearon demostrando que no lo sabían y él incómodo le dijo a la señora Harris —Lo quiero como siempre.

—Chico, llevo cortándote el pelo desde que mamabas de la teta de tu madre, creo que sé cómo quieres el corte —dijo mirándole con los ojos entrecerrados. Agarró las tijeras del estante como si fuera a apuñalar a alguien.

—Igual debería venir otro día.

Intentó levantarse, pero ella le agarró por el hombro. —No majo, ya sabes las normas, tenías hora y no se desperdician las horas... —Dio un tijeretazo. —Así que novia, ¿eh...?

—Sí, Teresa —dijo Elisabeth—. Se lo dijo a mi niña delante de mí.

Varias murmuraron.

—Os recuerdo que ella me dejó.

—Hombres... Son todos unos insensibles —dijo una—. Si hasta le salvó la vida, menudo sinvergüenza.

—¡Señora Higgins, que la estoy oyendo!

—¡Mejor!

—Matilda no le interrumpas, nos estaba contando las virtudes de esa muchacha. —Dio otro tijeretazo. —¿Verdad que sí?

Tyler entrecerró los ojos. —Creo que me voy a ir, ya me cortaré el pelo otro día.

—Levántate de esa silla y tendrás que ir a cortarte el pelo a Houston —dijo la peluquera con ganas de sangre.

Se sentó de nuevo.

—Ya me parecía. —Cogió el bote de agua y empezó a rociarle con el toda la cabeza. —¿Qué era lo que estabas diciendo?

—Es de Douglee, ¿de acuerdo?

—Una forastera —dijo una con desprecio.

—Es... —Miró de reojo hacia la puerta y gruñó. —Es veterinaria.

Se escuchó que algo se caía al otro lado de la puerta.

—Así que veterinaria —dijo su hermana con cara de asesina en serie.

—Es nueva en la zona. Su tía vive en el pueblo y pasaba temporadas aquí en las vacaciones.

—¿Y es guapa? —preguntó Natasha.

Todas estiraron el cuello pendientes de su respuesta. —Sí, es muy guapa.

—Bah... —dijo Matilda—. Como nuestra chica ninguna. No hay mejor vaquera en todo el contorno.

—¿Y valiente? La que más —dijo su hermana—. Aunque seguro que otros lo aprecian más. ¿Sabéis lo que me ha dicho Cecil?

Todas negaron con la cabeza.

—Que su hermano Peter se muere por pedirle una cita desde hace años. Que estaba deseando que lo suyo con Tyler no fructificara, porque estaba seguro de que con él sería mucho más feliz pues él contestaría a sus llamadas ansioso. Que Dios da pan a quien no tiene dientes.

—Pues mi hijo Tom, que como todas sabéis es médico en Houston, siempre se sintió atraído por nuestra Shanaya. Y va a venir a la fiesta. En casa le tengo. Y va a ir guapísimo con un traje italiano hecho a medida. Se lo hizo en Milán en uno de sus viajes y le costó una pasta.

—Tu hijo es muy buen partido, Matilda —dijo la peluquera—. Pero mi sobrino Chester, que vende coches y le va muy bien como

todas sabéis, está pensando en casarse. Harían una pareja preciosa. Además, a Chester le encantaría vivir en un rancho.

—Oh, pues a nosotros no nos importaría que se hicieran una casita en nuestras tierras —dijo Elisabeth—. Sería práctico, ella trabaja allí y cuando hubiera nietos yo se los podría cuidar.

—Seguro que ahora le salen mil candidatos, mamá.

—Claro que sí.

Tyler apretaba las mandíbulas tanto, que ellas soltaron unas risitas, encantadas con haberle fastidiado. La peluquera le dio un tijeretazo cerca de la oreja y casi se la corta. —Uy, por poco.

—Señora, más cuidado.

—Claro que sí, chico.

En ese momento se abrió la puerta y la mejor amiga de Natasha entró deteniéndose en seco al verle allí sentado.

—Cecil...

—Me debes mil pavos.

—¿Perdón?

—¡Mi primo Lewis encargó la caravana para vuestra luna de miel y no fuisteis a recogerla! ¡Tuvo que pagarlos él si no quería

perder el empleo! ¡Encima que os había conseguido un descuento y no os había cobrado fianza!

—Cecil... —dijo Natasha intentando advertirla.

—¿Una caravana? —Se volvió en el sillón para mirarla.

—¡Sí, para vuestra luna de miel! ¡La había encargado Shanaya!

La puerta se abrió y la aludida salió pálida con una toalla cubriendo su cuerpo. —Yo te los pagaré, Cecil. Siento no haberlo recordado antes.

—No, me los tiene que pagar él. Si hubiera querido que me los pagaras tú te los hubiera pedido a ti. —Le miró con inquina. —¡Él es el culpable de todo, que lo sé de muy buena fuente! —Alargó la mano. —¡Mil pavos!

Las miradas de las presentes le decían que más valía que pagara y cuanto antes. Se levantó sacando la cartera del bolsillo trasero del pantalón. —Creo que no llevo esa cantidad encima.

—Pues dame lo que lleves.

Sacó seiscientos dólares y Cecil se los arrebató antes de mirarle con rencor. —El resto me lo das esta noche. Que no se te olvide. —Levantando la barbilla fue a sentarse al lado de su amiga.

Tyler miró hacia ella que entró en la habitación a toda prisa cerrando la puerta. Pensativo se sentó en el sillón mientras a ella los ojos se le llenaban de lágrimas y Leslie dijo en voz baja —No, no, no, no... —La cogió por los hombros y la llevó hasta la camilla. —Ni se te ocurra llorar.

—No me importa —dijo con rabia.

—Claro que te importa, lo que pasa es que simulas que no es así como llevas haciendo años y eso no puede ser. Siéntate.

Lo hizo y agachó la cabeza mirándose las manos. —Eh... — Leslie le levantó la barbilla. —Fuimos las mejores amigas.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo, fue culpa mía alejarme de ti sin averiguar qué era lo que te estaba pasando. Yo soy la responsable de no haberte ayudado, no estuve a la altura.

—No digas eso.

Leslie apretó los labios. —Este último año he pensado mucho en ello, ¿sabes?

—Pues menudo aburrimiento de vida tienes.

Su amiga se echó a reír. —Pues te aseguro que los niños me tienen de lo más ocupada. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Siento

no haberte invitado a la boda como siento mil cosas más. Creí que no me querías a tu lado y te odié por ello. Me porté fatal contigo, lo siento mucho.

—No pasa nada, no es culpa tuya. Yo me alejé de todos.

—Y te alejaste tanto que no sabes tratar a los hombres.

La miró sin comprender. —En mi trabajo tengo que tratar con muchos hombres y...

—Y no sabes ligar con ellos, no sabes seducirlos.

—Es que cuando lo seduje me salió el tiro por la culata.

—Por eso mismo. Te encerraste en ti misma y tachaste a los hombres de tu lista. No sabes tratar a Tyler.

—¿Qué quieres decir?

—Los tíos son a veces muy insensibles, pero no es porque lo hagan a propósito. En su cabeza les faltan cosas que a nosotras nos sobran. Son más prácticos y nosotras más emotivas. Mi John ni se acuerda de mi cumpleaños, pero es porque sus despistes llegan a límites insospechados. Ahora tiene que ponerlo todo en su móvil para que se lo recuerde y aun así si el recordatorio es dos días antes hasta puede que se le olvide. Hace dos meses fue nuestro aniversario y una semana antes tenía un recordatorio que ponía

comprar regalo, solo eso. Creyó que era el cumpleaños de mi hija Sara y trajo a casa una piñata tan grande como el estado de Texas.

Sonrió. —La cara que debiste poner.

—Pero nos lo pasamos genial rompiéndola. Con esto quiero decirte que igual no puede ofrecerte todo lo que esperas de él, igual te defrauda, pero eso no significa que no te quiera.

—Hay palabras que duelen.

—Vuestra historia tiene muchas piedras en el camino, pero con los nuevos recuerdos eso quedara atrás. Y discutiréis, claro que sí. A veces tendrás ganas de arrancarle la piel a tiras como él a ti, pero serán el resto de los momentos lo que os mantenga juntos, lo que mantenga el amor.

—Ya no quiere nada conmigo, tiene a esa.

—¿Esa? —preguntó divertida—. Esa no te dura a ti ni dos asaltos. Le guiñas el ojo y la deja plantada al momento.

Sus preciosos ojos la miraron esperanzada. —¿Eso crees?

—Chica, tuviste el valor de meterte en su cama. ¡Tú eras la que no tenía un pelo en la lengua en el instituto y todos los chicos iban detrás de ti! ¡Vuelve!

—Leche, mira que lo intento, pero es que con él...

—Está ahí. Shanaya está ahí, en algún sitio dentro de ti y la has escondido. Sacas tu fuerza en tu trabajo, con esos jefazos de la policía, incluso cuando te fuiste a México. Tía, si hasta has matado gente.

—Bueno, no tanta. La gente exagera mucho.

—No han podido contigo unos narcos, ¿se te va a resistir un tío que daría lo que fuera por ti?

Entrecerró los ojos mientras su amiga cogía unas pinzas de depilar. —Te voy a dejar que se le va a caer la baba. Levanta la cara que vamos con las cejas.

Alejó la cara unos centímetros. —¡Leslie ponte las gafas!

—Si se ven a kilómetros.

Capítulo 12

Tyler se levantó de su asiento escuchando los gritos de Shanaya. —¿Seguro que está bien?

—No está acostumbrada a estos tratamientos —dijo la peluquera—. Es una pena porque sería la más bella del contorno. —Miró tras él hacia el escaparate. —¡Uy, mi sobrino! —Salió corriendo y abrió la puerta. —¡Cielo, Shanaya va a ir a la fiesta!

Este sonrió bajándose de un Porche. —¿De veras? Qué buena noticia. Tía, dile que me reserve un baile.

Tyler se tensó con fuerza antes de abrir la cartera, pero al ver que la tenía vacía gruñó mirando a Cecil, que sonrió de oreja a oreja. —Cóbreme con tarjeta.

—Ya me lo pagará tu madre que estará al llegar. —Salió del establecimiento para abrazar a su sobrino y él salió tras ella.

Chester le sonrió. —Tyler, qué bien verte. ¿Cómo te va?

—Podría estar mejor —dijo furioso antes de ir hacia su camioneta con ganas de matar a alguien.

—¿Qué diablos le pasa?

La señora Harris sonrió maliciosa. —Nada, ahora tiene novia.

—Pues no parece muy contento.

—Y menos que lo va a estar esta noche.

Entró con sus padres y su hermana en el deportivo del instituto y dejaron los abrigos en el guardarropa. Al entrar en el pabellón le vinieron a la memoria miles de recuerdos de aquella noche sin darse cuenta de cómo la gente se volvía para mirarla. Su cabello caía en ondas a media espalda y su maquillaje ligero la hacía estar más bonita que nunca, eso por no hablar del vestido que era una auténtica obra de arte. Su hermana desapareció antes de que se dieran cuenta y Frank dijo —Es que no sé cómo lo hace. Es como Houdini para escaparse.

Rieron divertidas y la señora Colbert se acercó a ella. — Preciosa.

—Gracias por el vestido, Clare. A todas. Es hermoso.

—Nos ha encantado hacerlo. Espero que disfrutes mucho de la noche.

—Gracias. —Cuando la mujer se alejó se volvió hacia sus padres y para su sorpresa no estaban allí, sino que estaba Peter, el hermano de Cecil. —Oh, hola.

—Estás tan guapa que tengo que pedirte un baile. —Puso el brazo para que se lo cogiera y pensando en que estaba allí para divertirse se lo cogió para alivio de Peter. —Intentaré no pisarte.

—Yo llevo tacones, tú corres mucho más peligro. —Entraron en la pista que estaba atestada de gente del pueblo y familiares que habían ido para pasar las fiestas. —Así que no te confíes. —Puso la mano sobre su hombro antes de iniciar el baile que era una canción lenta como les gustaba a los mayores.

—¿Qué tal te va? Me han dicho que tu negocio canino va viento en popa.

—Todavía casi ni he empezado, pero pinta bien.

—Cuéntame, por favor.

—Se ha puesto en contacto conmigo el departamento de policía de Chicago para que críe a los agentes caninos en los

próximos cinco años. Y un delegado del departamento de defensa va a venir a visitarme para hablar conmigo.

—Impresionante. Billy es la envidia del contorno, buen trabajo.

Sonrió. —Gracias. Me parece increíble que mis bebés se dediquen en el futuro a cuidar y proteger a la gente.

—Supongo que te dará pena desprenderte de ellos.

—Todavía no ha pasado, pero sí, supongo que después de trabajar con ellos les cogeré cariño. Pero como voy a supervisar a sus compañeros humanos me quedará más tranquila. Al fin y al cabo soy ganadera, estoy acostumbrada.

—¿Y todos son pastores belgas?

—Sí, es la mejor raza para los agentes. Ágiles, rápidos y muy muy listos.

Se pasaron hablando tres bailes y se enteró de que su familia estaba pensando abrir otra sucursal de la tienda de ultramarinos en Douglee. Eso le hizo recordar a la veterinaria y sin darse cuenta miró a su alrededor para que sus ojos se encontraran con los de Tyler, que estaba bailando a unos metros con una exuberante rubia con un vestido rojo. Pero casi ni se fijó en ella porque la mirada de Tyler

decía que no estaba nada contento. Chúpate esa. Levantó la barbilla antes de apartar la mirada para sonreír a Peter, que por cierto era uno de los mejores amigos de Tyler. Su pareja de baile seguía dando la lengua sin que ella se hubiera enterado de nada. Acabó la canción y ella dijo —¿Bebemos algo?

—Sí, claro.

Pero cuando Shanaya se volvió se encontró con Tom, el hijo de Matilda, que le pidió un baile. No pudo negarse y Peter tuvo que alejarse a regañadientes.

Tom era muy inteligente. Era pediatra en Houston y según decía su madre muy reputado. Pero apenas le dio tiempo a meter baza en su monólogo cuando acabó la canción y el hermano de Cecil allí estaba de nuevo con un ponche en la mano. Tom tuvo que irse y apenas había bebido el ponche cuando uno de los vaqueros de Tyler le pidió un baile. Se pasó dos horas sin dejar de bailar haciendo que se lo pasaba genial y que le interesaban todas aquellas cosas que le decían esos hombres, cuando en realidad lo que le importaba era lo que estaba pasando al otro lado de la pista porque esa rubia no dejaba de sobar el brazo de Tyler mirándole con adoración. Y no le extrañaba que le mirara así porque estaba guapísimo con su traje

gris. Gruñó y Tom frunció el ceño. —¿Tienes problemas de garganta? Si quieres te receto algo.

—No, estoy bien —dijo con una dulce sonrisa en el rostro—. Así que esperas que te den el departamento pediátrico del hospital. Es un gran ascenso.

Hinchó el pecho orgulloso de sí mismo. —El director del hospital dice que casi está hecho.

—Felicidades.

—He trabajado muchísimo para ello, pero creo que ya ha llegado el momento de parar un poco y pensar en formar una familia —dijo comiéndosela con los ojos.

Se sonrojó con fuerza. —Pues... Qué bien, ¿no?

Alguien tocó el hombro de Tom y este se volvió mostrando a Tyler. —¿Me permites?

—Sí, claro —dijo algo molesto—. Toda tuya.

—Lo es.

Jadeó indignada, pero Tyler no le hizo ni caso cogiendo su mano para pegarla a su cuerpo robándole el aliento. —Nena...

Encantada de sentir su mano en su cintura casi ni le entendió, pero le miró a los ojos y dijo sin darse cuenta —¿Sí?

—Tienes a todos los solteros del pueblo detrás de ti. —Ella levantó una ceja. —Y no me extraña porque estás preciosa.

Se sonrojó de gusto, pero la rubia pasó a su lado bailando con Michael y ese gusto se le pasó enseguida. —¿A tu novia no le molesta que bailes con tu exprometida?

—Novia es una palabra muy fuerte.

—La llamaste así en el supermercado.

—¿En serio? Pues es una amiga.

—Oh, una amiga. —La miró. —Parece maja.

—¿Quieres que te la presente? —preguntó divertido.

—Claro.

Perdió la sonrisa de golpe. —Ah, ¿sí?

—Sí, si vas a salir con ella en serio la veré a menudo, supongo. Es lógico que nos presentes. Igual en el futuro somos vecinas.

Él gruñó. —Nena, ¿no te acabo de decir que es una amiga?

—¿No me la presentas? —preguntó inocente.

—¡No!

—Se la has presentado a tus padres, algo serio es.

—Ha sido casualidad por la fiesta.

—Ah...Pues en la peluquería parecía serio.

—¡Pues no lo es!

—Pues deberías decírselo. Ya estás mayor para estar de flor en flor, Tyler.

Shanaya miró por encima de su hombro y sonrió mosqueando a Tyler que miró hacia atrás para ver allí esperando a Chester. — ¿Qué coño haces ahí?

—Quiero un baile.

—Ya has bailado con ella, ahora estoy bailando yo. No seas baboso.

—Tyler sé educado.

—Nena, este pone la mano de la cintura demasiado baja.

—¿Insinúas que me toca el culo?

—Eso quiere él, tocarte el culo y otras cosas, solo hay que verle.

Chester la miró avergonzado. —Te juro que yo voy muy en serio y te respeto muchísimo.

Tyler se volvió furioso. —¿Cómo que vas en serio?

Varios se alejaron asombrándola mientras Chester no sabía dónde meterse porque todos les miraban.

—Tyler déjale.

—No, es que este mamón viene aquí y en mi propia cara dice que va en serio contigo. O es imbécil o este quiere un par de hostias.

Jadeó asombrada mientras Chester daba un paso atrás a punto de salir corriendo, lo que la hubiera decepcionado muchísimo si le interesara, aunque fuera solo un poquito. Menos mal que no era así.

Peter se acercó. —Tyler tío, tú ya no tienes nada con ella.

—Menudos huevos tienes, así que estabas deseando que lo dejáramos para que te diera una oportunidad, ¿no?

Su amigo se sonrojó. —No ha sido así exactamente.

—¡Si se lo ha dicho la mejor amiga de tu hermana a la mitad de las mujeres del pueblo en la peluquería! ¡Y yo estaba allí! ¿O insinúas que tu hermana miente? —preguntó incrédulo—. Por cierto, dile a tu primo que le pagaré el resto del alquiler de la caravana, pero antes de dejarme mal ante todo el pueblo, podría haberme llamado.

Peter cada vez entendía menos. —¿Qué alquiler? Si no te cobró nada.

—¡Claro que sí! Joder, da igual, acabemos con esto. —Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y le tendió un fajo de billetes. —Aquí tienes los cuatrocientos que le debo.

—¿De qué hablas?

—Tu hermana me exigió mil dólares por no ir a recoger la caravana. Al parecer el jefe de Lewis amenazó con despedirle si no los pagaba él.

Peter gruñó asombrándola y Shanaya vio por el rabillo del ojo como su hermana y Cecil huían por la puerta que daba a los vestuarios. Uy, qué cara de culpables.

El hermano de Cecil levantó la mano. —No hace falta que me des nada.

—¿Seguro? —preguntó molesto.

—Seguro.

—Sobre mi baile...

Todos miraron a Chester que intentó enderezarse, pero ni con calzas llegaría a la estatura de Tyler. —¿Qué pasa con tu baile? —le espetó dando un paso amenazante hacia él.

—Yo soy pacifista.

—¡Tú eres un caradura que quiere meterle mano! —Le agarró por la corbata elevándole hasta ponerle a su altura. —Y antes de que le toques un pelo, te mato.

Peter le puso una mano en el hombro. —Amigo, la estás avergonzando.

Miró sorprendida a Peter porque hasta el momento estaba encantada con la reacción de Tyler. —No tranquilo, podéis seguir que esto me tiene de lo más entretenida.

—No hablaba de ti.

Todos miraron hacia la cita de Tyler que se sonrojó con fuerza. —¿Por qué me has invitado a venir?

—Para darme en las narices, bonita —dijo Shanaya mosqueada.

—Ah...

Tyler dejó a Chester. —Nena, no ha sido así. ¡No la estaba utilizando y te recuerdo que me dejaste tú!

—¡Porque eres un insensible!

—¡Es que si estoy con mi mujer espero no tener que medir cada una de mis palabras como si estuviera en misa!

—¡Y me mentiste!

—No te mentí —dijo entre dientes.

—Sí que te importaba lo que hice.

—¿Acaso a ti no te importa? ¡No sufriste por ello y no dejas de darle vueltas! ¡Y si alguien mintió aquí esa fuiste tú! ¿Te recuerdo tus pantalones llenos de barro?

Le miró asombrada. —¡No sabes lo que pasó realmente!

—¡Pero pasó algo! ¡Nena, que no soy tonto y Malcom estaba seguro!

—¿Qué pasó con los pantalones? —preguntó Chester de lo más interesado.

—¿Y a ti qué te importa? —le gritaron los dos a la vez.

El padre Benedict se puso ante ellos. —¡Bueno, ya está bien! ¡Os casáis dentro de dos domingos y no se hable más!

Ambos le miraron sorprendidos y este les señaló con el dedo. —¡Cómo no estéis allí a las once de la mañana, os excomulgo! ¡Y el obispo me dará la razón con las ganas que os tiene!

Shanaya sin saber qué decir susurró —Pero...

Tyler sonrió de oreja a oreja. —Pues asunto zanjado. —La cogió por la cintura para pegarla a él y darle un beso en los labios

con tanta intensidad que todo su cuerpo vibró mientras los del pueblo aplaudían entusiasmados. Cuando separó sus labios susurró contra ellos —Te he echado de menos, nena.

Emocionada le abrazó por el cuello pegándose a él y su madre con los ojos llenos de lágrimas cogió la mano de Frank viendo como Tyler la cogía en brazos para sacarla de allí. —Tyler no...

—Joder, no le des más vueltas, ya hemos esperado demasiado.

Se apartó para mirar su rostro. —Quería decir que dejas a tu cita plantada.

—Ha traído su coche, ya me disculparé. Esto es más importante. —Se abrazó a él. —Tú eres mucho más importante, nena, y no dejaré que me apartes de nuevo.

—¿Hago eso?

—Sí, constantemente.

—Soy una estúpida.

—No, preciosa. Solo tienes miedo a sufrir de nuevo y te voy a demostrar que yo siempre estaré a tu lado, aunque discutamos, aunque nos gitemos yo siempre estaré a tu lado.

Se sintió inmensamente feliz, un sentimiento que solo tenía cuando estaba con él. —Te amo.

A Tyler se le cortó el aliento y deteniéndose susurró — Repítelo, nena.

—Te amo, te amo y no puedo ser feliz si no estás a mi lado.

—Siempre estaré a tu lado. Siempre. —Se apartó para mirar sus ojos. —Siempre, eso no lo dudes nunca. Pero eso no significa que no vaya a echarte la bronca por mentirme con aquella historia de que te caíste del caballo. Porque solo lo hiciste para discutir conmigo e intentar alejarme de tu vida, nena. —Le miró sorprendida. —Tardé en darme cuenta, pero si te hubieras tirado, se lo habrías contado a Mildred para desahogarte y nunca lo hiciste porque ella no lo mencionó en la carta. También te echaré la bronca por los dos muertos que tienes en la colina de la abuela, porque lo has hecho sola y eso me cabrea muchísimo. Joder, nena, ¿qué haría si te pasara algo? —La besó suavemente en los labios, pero poco a poco ese beso se volvió más intenso hasta que empezaron a devorarse el uno al otro. Pero el apartó sus labios de repente y ella ansiosa intentó besarle de nuevo. —Espera, nena. Espera que... Hostia, las llaves del coche. —De repente la dejó en el suelo ante su camioneta y la besó en los labios mientras sacaba la llave del bolsillo

del pantalón. Abrió la puerta y antes de darse cuenta estaba sentada en el asiento del pasajero. Él se alejó cerrando de un portazo y Shanaya sonrió al ver como a toda prisa rodeaba la camioneta para sentarse a su lado. Metió la llave, pero de repente se detuvo en seco. —Mierda.

—¿Qué pasa?

—¿Vamos a mi casa?

Le miró horrorizada.

—Vale nena, lo pillo.

Intentó pensar rápidamente, pero a casa de sus padres tampoco podían ir. —Los que han comprado la casa de Mildred aún no se han mudado y se dónde está la llave de repuesto.

Él arrancó de inmediato y sonrió. —Menos mal que está cerca. —Conduciendo la miró de reojo como si quisiera asegurarse de que estaba allí. Alargó la mano y cogió la suya. —No te pongas nerviosa.

—Hace mucho que...

—La otra vez no sabías lo que hacías y no pudo estar mejor.

Se sonrojó de gusto.

—Nena, no tengo condones.

Le miró sorprendida porque ni lo había recordado y ella al final no había empezado a tomar la píldora.

—Si no quieres que vuelva a pasar...

—Sí quiero —dijo ella a toda prisa—. Nada me gustaría más que darte un hijo, ahora sí.

Él sonrió. —Ahora es el momento. —Se detuvo ante la casa de Mildred y se miraron a los ojos. —¿Lista?

Valor Shanaya, le amas por encima de todo y ha llegado el momento de vivir como siempre has soñado. —Sí.

Tyler se bajó del coche y lo rodeó para abrir la puerta. Cogió su mano para bajarla del coche y juntos fueron hasta la valla, que Tyler abrió para que pasara. Cuando llegaron a la puerta, Shanaya se agachó para levantar la maceta donde estaba la llave y la metió en la cerradura. En silencio entraron en la casa y ni encendieron el interruptor pues con la luz de la luna se veía perfectamente. Shanaya se volvió y apartó el cabello. Tyler empezó a bajarle la cremallera muy despacio y apartó un tirante para mostrar su hombro desnudo antes de besarlo suavemente. El vestido cayó al suelo y ella se volvió para rodear su cuello con el brazo mientras él agarraba el

borde de sus braguitas y tiraba de ellas hacia abajo haciéndolas caer al suelo. Mirándole a los ojos susurró —Te siento mío.

—Y lo soy, mi amor. Lo soy desde aquella noche, porque jamás he dejado de pensar en ti. —La besó apasionadamente cogiéndola por la cintura para elevarla y ponerla a su altura. Shanaya le respondió con toda el alma sin darse cuenta de que la llevaba hacia el salón y que la sentaba suavemente sobre el sofá. Tyler sin dejar de besarla se quitó con gestos bruscos la chaqueta del traje y ella impaciente tiró del nudo de su corbata para ayudarlo. Tyler apartó sus labios para quitarse la camisa por la cabeza y a Shanaya se le cortó el aliento al ver su torso, porque en ese momento podía tocar lo que quisiera. Alargó la mano pasándolo por su duro pectoral y Tyler cerró los ojos como si sentirla fuera lo mejor del mundo. —Nena...

Sin pensar se arrodilló en el sofá para besar el centro de sus abdominales y sus manos bajaron hasta el cinturón, que abrió lentamente mientras se tomaba su tiempo acariciando y besando su piel, simplemente sintiéndole. Los pantalones cayeron al suelo y sus manos rodearon su cintura metiéndose por debajo de sus boxers para tocar su duro trasero. Bajó su ropa interior lentamente y ante

ella apareció su sexo endurecido. Se lamió el labio inferior y le escuchó gruñir. —Nena, no que me voy a...

Ella no le hizo ni caso metiéndose la punta en la boca antes de pasar la lengua por su sexo lentamente. —Hostia. —Shanaya pasó la lengua de nuevo, pero él la agarró por la nuca para apartarla y reclamar su boca con una ansiedad que la hizo arder de pies a cabeza. Se besaron como posesos y se tumbó poco a poco mientras las manos de Tyler tomaban sus pechos y los amasaba con pasión. Él apartó su boca para mirar hacia abajo antes de meterse un pezón en la boca y chuparlo con ganas. El placer que la recorrió la hizo arquearse y cuando la otra mano de Tyler bajó hasta su sexo, ella tuvo que agarrarse en uno de los cojines de Mildred reprimiendo un gemido. Sus dedos pasaron por sus húmedos pliegues de arriba abajo y tembló de placer. Tyler dejó su pecho para mirarla a los ojos con tanto deseo que su necesidad aumentó. —No puedo más, nena.

—Ven a mí.

Se tumbó sobre ella y Shanaya le hizo hueco entre sus piernas. Sentir su sexo rozando el suyo le recordó aquella vez y como entonces no sintió miedo sino placer, un placer inmenso. Sujetándose en las palmas de sus manos Tyler empujó lentamente sus caderas para entrar en ella y Shanaya sintió cada centímetro de

su dureza en su interior. Impresionada porque era mil veces mejor que su última vez, elevó sus caderas para llenarse de él, que apretó su pelvis contra la suya cerrando los ojos. —Suave, caliente, perfecta. —Abrió los ojos y susurró —Y mía.

—Te amo.

—Y yo a ti, nena. No te imaginas cuanto, pero pienso demostrártelo esta noche. —Atrapó sus labios y se deslizó en su interior. Shanaya se agarró a sus hombros y la llenó de nuevo haciendo que todo su ser temblara de placer, tanto que tuvo que apartar sus labios porque le faltó el aire. Tyler besó su cuello saliendo de ella y cuando regresó, su cuerpo exigió más de lo que le daba. Mareada de placer abrió los ojos para mirar los suyos y Tyler entró en ella con más contundencia. Impaciente rodeó sus caderas con las piernas queriendo más y él no la defraudó llenándola de nuevo. Sus movimientos cada vez eran más exigentes, más rápidos y su cuerpo cada vez pedía más hasta que llegó un punto en que solo le importaba culminar. Desesperada apretó las uñas en sus hombros y él empujó sus caderas con tal ímpetu que gritó creyendo que ese placer la mataría, pero Tyler la llenó de nuevo antes de darse cuenta y todo a su alrededor desapareció para llegar al paraíso mientras él la acompañaba.

Tyler se dejó caer sobre ella con la respiración agitada. Agotados y sudorosos simplemente se abrazaron necesitando sentirse el uno al otro, mientras disfrutaban aún del placer que les recorría. Un placer que no podrían experimentar con ninguna otra persona en ese mundo.

Minutos después Tyler se incorporó para mirarla a los ojos. — ¿Peso mucho?

—No —susurró acariciando su nuca.

En ese momento se encendieron las luces y confundidos escucharon unas voces en el hall. Entonces los Mallory pasaron ante el salón para ir hacia las escaleras diciendo que la fiesta había estado muy bien. Ambos se quedaron muy quietos mirándose con cara de horror mientras el matrimonio subía las escaleras. —Mierda, me he olvidado las gafas abajo.

—Date prisa, cariño.

El hombre bajó las escaleras y entró en el salón pasando ante ellos para ir a la chimenea y coger las gafas de encima de una mesilla. Pasó ante ellos de nuevo y estaba a punto de salir cuando

se detuvo en seco. Shanaya gimió por dentro justo antes de que se volviera y les mirara como si estuviera teniendo visiones. Hasta se puso las gafas del asombro. Shanaya forzó una sonrisa. —Stephen, al parecer ya os habéis mudado.

Este aún con la boca abierta asintió.

—¿Conoces a mi prometido?

Tyler reprimió una risa. —Nena, creo que no es momento para presentaciones.

—No te rías —dijo entre dientes antes de mirar al hombre que no sabía qué hacer—. ¿Te puedes girar, por favor?

Steven se puso como un tomate antes de volverse a toda prisa. Suspiró del alivio, menos mal que tenía a Tyler encima y no se le veía nada importante. —Cariño, mi vestido está en el hall.

Tyler se levantó y como Dios le trajo al mundo salió del salón haciendo que Stephen le mirara de arriba abajo. —Esto es inconcebible —dijo el hombre molesto.

—Stephen, ¿qué pasa? —preguntó su mujer desde arriba.

—Por favor, ya nos vamos, ya nos vamos —dijo ella cubriéndose con la chaqueta de Tyler y agarrando sus cosas y sus zapatos antes de correr hacia el hall donde se encontró con su

prometido que estaba a punto de reírse a carcajadas con su ropa en la mano.

—¿Pero qué...?

Ambos miraron hacia arriba para ver a la mujer de Stephen vestida con una bata de seda verde esmeralda.

—Hola, creía que todavía no os habíais mudado. —Soltó una risita. —Que confusión más tonta, ¿no?

—¿Estás usando nuestra casa de picadero? —preguntó asombrada—. ¡Stephen llama al sheriff!

—Corre, corre. —Tyler abrió la puerta y ella salió corriendo por el sendero perdiendo un zapato de su novio por el camino.

—¡Pervertidos! —gritó aquella bruja desde la puerta—. ¡Ni se os ocurra aparecer por aquí de nuevo porque os pegaré un tiro!

Asombrada se volvió ante la puerta del coche y gritó —¡Pues ahora no te invito a la boda!

—¡Cómo si me importara! ¡Se lo voy a decir a todo el mundo!

—¡Díselo a quien quieras, me importa una mierda! ¿Y sabes por qué no me importa? ¡Porque ya he pasado lo mío como para que esto me importe! —Se metió en el coche y le hizo un dedo provocando que jadeara ofendida.

Tyler riéndose entró en el coche.

—Vamos, vamos. ¡Cariño, que saca la escopeta!

—Hostia... —Arrancó a toda prisa y pisó a fondo el acelerador antes de que el tiro cayera en el asfalto. Cuando se alejaron se miraron antes de echarse a reír a carcajadas. —Nena, de esto se va a enterar todo el mundo.

—Bah... —Le miró seductora. —¿Sabes qué?

—¿Qué?

—En la peluquería hay una camilla muy cómoda y se dónde está la llave de la puerta de atrás.

Muy emocionada vio cómo se abría la puerta doble y del brazo de su padre que sudaba y todo de los nervios, empezó a caminar por el pasillo de la iglesia cuando se escucharon las primeras notas del órgano. Al final del pasillo apareció Tyler con Jett, su padrino, y ella sonrió. Se iba a casar con él. Sus sueños se estaban cumpliendo. Emocionada se acercó mostrando su vestido de encaje y su padre retiró el brazo para ofrecerle la mano a Tyler que la cogió de inmediato. —Estás preciosa, nena.

—Es el vestido con el que se casó Mildred y fue muy feliz.

—Pues no podía ser otro. —Se volvieron hacia el padre Benedict que parecía algo incómodo. —Padre, ¿todo bien?

—Sí, claro. —Abrió los brazos hacia la audiencia. —Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio. Muchos diréis que ya era hora. —Varios rieron por lo bajo. —Y es cierto. Pero este momento ha sucedido por las palabras de una persona que aún tiene algo que decir.

Confundida miró a Tyler que por su cara tampoco sabía de lo que hablaba. Entonces un hombre vestido con un traje negro se acercó y le tendió un sobre al cura. Los novios se tensaron al reconocer al abogado de Mildred y Tyler dijo —Ni hablar.

—Hijo, no tengo otra opción.

—Nos vamos a casar —dijo entre dientes.

—De alguna manera tiene algo que decir en este día, no puedo negarme. ¿Recordáis lo que os dije en el curso prematrimonial sobre si alguien tiene algo que decir que lo diga o que calle para siempre? Pues... —Cogió el sobre y lo abrió mientras los invitados murmuraban.

El cura muy nervioso rasgó el sobre sellado y Shanaya creyó que se desmayaba, para qué negarlo.

—Mi querida niña —dijo el cura—. Si se está leyendo esta carta es que estás a punto de casarte con el hombre de tu vida y no sabes cómo me alegro, cielo. Me alegro muchísimo por ti porque eso significa que se ha arreglado todo y que puedes empezar a vivir tu vida con el único hombre que te hará feliz. ¿Llevas mi vestido? Sé que siempre te ha gustado. —Shanaya emocionada asintió. —Si es así espero que te dé tanta suerte como a mí. Sé que a partir de ahora todo te irá muy bien y yo lo veré desde donde esté. Disfrutaré de todas tus dichas como si estuviera contigo. No te diré que llames Mildred a alguna de tus hijas, no te haría eso, pero lo que sí me gustaría es que la llamasas Amanda que era como se llamaba mi madre, ¿me harías el favor? Siempre pensé ponerle ese nombre a mi hija y nunca pude hacerlo porque la hija que me dio la vida ya tenía un nombre precioso. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Sé que seguramente te has enfadado conmigo, pero quiero que recuerdes que a veces una madre hace simplemente lo que debe hacer por el bien de sus hijos, pero no dudes nunca que te he querido muchísimo. Te deseo toda la felicidad del mundo, mi niña.

El cura levantó la cabeza de la hoja y suspiró del alivio. —
¿Alguien más tiene algo que decir antes de que continúe?

—¿Pero qué dice, padre? —preguntó Michael—. ¡Cáselos de una vez!

Los asistentes se echaron a reír y ella miró a los ojos a Tyler que preguntó —¿Estás bien?

—Sí.

—Amanda es un nombre muy bonito.

—¿No te importa?

—No, nena. Ha demostrado que te quería y que solo deseaba lo mejor para ti.

—Gracias. —Miró de reojo al cura. —Padre abrevie, me muero por ser la señora Woldenberg.

El cura sonrió. —¿Los anillos?

Shanaya silbó y Billy entró en ese momento con una cesta en la boca que le llevó al cura directamente. Este acarició su cabeza antes de cogerla. Billy se puso al lado de Shanaya sentándose a su lado atento a posibles órdenes y el cura sonrió. —Pues vamos a ello.

Le entregó el de Shanaya a Tyler y dijo mientras el novio cogía su mano. —Tyler Michael Woldenberg, ¿deseas tomar a Mary

Shanaya Prescott como tu legítima esposa? ¿Amarla y respetarla, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad hasta el fin de tus días?

—Más que nada en la vida, sí quiero.

Ella cogió su mano y le puso el anillo en el borde del dedo mientras el cura decía. —Mary Shanaya Prescott ¿deseas tomar a Tyler Michael Woldenberg como tu legítimo esposo? ¿Amarle y respetarle, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad hasta el fin de tus días?

Mirando los ojos de Tyler muy emocionada le puso el anillo diciendo —Más que nada en la vida, sí quiero.

—Por el poder que me ha concedido nuestro señor y la sagrada santa iglesia, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Tyler la cogió por la cintura para atraerla a él y susurró —Te amo.

—Te amo.

Él la besó suavemente demostrándole cuanto la quería con ese dulce beso. Tyler apoyó la frente en la suya y susurró —Eres todo en mi vida. Lo demás ha dejado de tener importancia.

Billy ladró y miraron hacia él. Tyler ordenó. —Ve.

Su perro salió corriendo por el pasillo y Shanaya le miró divertida. —¿A dónde va?

—Ya lo verás.

Regresó con una maletita entre sus dientes, que llevaba unas llaves colgadas con un lazo rojo y todos rieron. Shanaya se agachó y cogió el lazo para leer en una tarjeta — “Feliz luna de miel.”—Le miró sorprendida—. ¿Nos vamos de luna de miel? Pero...

—Nena, todavía no han nacido las camadas, podemos tomarnos un mes. —Cogió su mano y tiró de ella fuera de la iglesia.

—Cariño, quieren felicitarnos y las fotos... —Al llegar fuera vio la caravana más grande que había visto nunca y chilló de la alegría antes de abrazarle loca de contenta. —¿Es para nosotros?

—Toda tuya, es mi regalo de bodas.

—¿Para mí? —dijo sorprendida.

Se acercó a ella y susurró —Tiene una cama enorme, así dejaremos de colarnos en casas ajenas.

Rio antes de bajar los escalones corriendo sujetándose las faldas y abrió la puerta a toda prisa. —¡Nos vamos a California!

—Nena, ¿y el banquete?

Asomó la cabeza y le guiñó un ojo. —Solo vamos a aparcarla, cielo. No me perdería ese baile contigo ni loca. —Tyler sonrió bajando los escalones y se subió con ella. Shanaya silbó y Billy también se subió antes de que su marido cerrara la puerta.

Elisabeth sin poder retener las lágrimas dijo —Ahora sí que es feliz. Ahora mi niña es feliz.

—Y estoy seguro de que lo será para siempre.

Epílogo

Tirados en la autopista de regreso a casa de su luna de miel, Shanaya estaba en el baño mirando la prueba de embarazo. Se mordió el labio inferior. Escuchó como Tyler subía y gritaba —¿Nena? Habrá que llamar a una grúa, no sé qué le pasa a esta cosa. ¡Joder! ¡Si es nueva! ¿No habrás tocado algún botón o algo?

—No he tocado nada.

—Pues no sé qué le pasa. Parece algo del sistema eléctrico.

Sin dejar de mirar el palito su corazón se aceleró. —¿Has mirado si algo se ha desconectado de las baterías?

—Nena, es lo primero que he mirado.

—¿Y?

—Y nada, allí no hay nada raro.

Entonces entrecerró los ojos recordando la tarde anterior. — Cielo, ¿hace cuánto que no echamos gasolina?

—Pues... ¡Joder, esto no nos puede estar pasando otra vez! ¡Si ayer paramos en la gasolinera!

Soltó una risita. —Sí, pero al final no echamos gasolina.

—¡Pero si el control del ordenador de a bordo dejó de pitar para avisarnos!

—Se quemaría el chivato de tanto insistir —dijo a punto de reírse a pesar de los nervios.

—La madre que me...

Parpadeó viendo las dos rayitas rosas. —¿Tyler?

—Preciosa, ¿otra vez en el baño? ¿Estás enferma? —Abrió la puerta y se la encontró con la prueba en la mano. —¿Ya?

Sonrió radiante. —Ya.

Tyler loco de contento se acercó para abrazarla y ella se aferró a su cintura muy emocionada. —Vamos a tener un hijo.

—Sí, nena. —La cogió por las mejillas para mirarla a los ojos, que estaban cuajados en lágrimas. —Y estaré a tu lado para todo. Te amo, preciosa.

Sonrió porque lo sabía, sabía que la amaba por encima de todo porque no dejaba de demostrarle cuanto le importaba. Su pasado había quedado atrás y volvía a ser ella, él lo había conseguido con su amor y no podía ser más feliz. Y les quedaba aún toda una vida juntos, una vida llena de sorpresas como esa. Sorpresas maravillosas que aumentaban su dicha. —Yo también te amo, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- ViloX (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)

- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás

- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)

- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)

- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?

- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
- 217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
- 218- Mi otra cara de la moneda
- 219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
- 220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
- 221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
- 222- Algo único (Serie Australia)
- 223- Volver a enamorarte
- 224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
- 225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
- 226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
- 227- Juramento de amor 2 (Serie época)
- 228- Siento tu corazón
- 229- ¿Has pensado en mí?

- 230- La oportunidad de enamorarle
- 231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
- 232- Te siento mío (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca
- 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada

4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

